

EL SILENCIO DE LAS INOCENTES

- BASADO EN UN HECHO REAL -



CAROL FLORENSA

EL SILENCIO DE LAS INOCENTES

CAROL FLORENSA

© 2024 Carol Florensa

© Diseño de cubierta: Dani Triana (@primmrosse_design)

Corrección: Cristina Guerrero Jerez (@eryaescribe)

Maquetación: Cristina Guerrero Jerez (@eryaescribe)

Primera edición: diciembre 2024

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del autor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.

In loving memory S.A.N.

«Tierra le dieron una tarde horrible
del mes de julio, bajo el sol de fuego.
A un paso de la abierta sepultura,
había rosas de podridos pétalos».

En el entierro de un amigo,
Antonio Machado.

Pequeñas y preciosas amigas

Respiro. Noto cómo el aire entra en torrente por mis pulmones que parecen ser agitados por una tremenda tempestad. El ambiente es pesado, asfixiante. Huele a tabaco, por el hombre que se encuentra sentado en frente de mí con las manos entrelazadas sobre la mesa.

Mi pierna izquierda se mueve nerviosa, y mi pie da golpecitos contra el suelo.

«Díselo...».

Desvío la mirada hacia la mujer que parece esconderse entre las sombras para analizar con esos ojos azules como el hielo cualquier signo, cualquier evidencia que le demuestre por qué estoy aquí una vez más. Trato de enfocar la mirada, pero me siento vulnerable, mareada. ¿Es así como te sientes cuando estás a punto de morir? Por lo que a mí respecta, llevo muchos meses muerta.

Muevo una mano temblorosa para coger el vaso de agua y darle un trago. Bebo con ansia mientras que en mi cabeza las palabras y los recuerdos se amontonan componiendo una melodía caótica manchada de color escarlata. Me miro las manos con disimulo. Ojalá tener conmigo el gel desinfectante. Ojalá. Porque esas putas manchas rojas no se van nunca. Nunca. Nunca. Nunca.

El hombre me mira interrogante, inclinándose hacia mí. Quiero gritar. Golpear la mesa. Golpearle a él. Dentro de mi pecho, se funden en un mismo ser un animal salvaje y un huracán lleno de cólera que amenazan con asesinarme desde dentro mientras noto cómo aprietan mi corazón con sus gélidas manos.

Todo esto es mi culpa.

Tengo muchísimo miedo. Aunque no sé si este miedo se puede comparar al que ella tenía. Recuerdo sus ojos. Sus enormes ojos azules que en ese momento eran más enormes todavía, como si quisiera entender, como si con ellos estuviera gritando esa palabra que su boca susurraba...

—Nosotras la apuñalamos. —Siento que disparo cuchillos con cada palabra, apagando la última esperanza que ambos albergan en su interior desde el inicio de esta pesadilla. Pero los dos tenientes de policía no mutan su expresión—. No fue un accidente. La asesinamos.

Me llevo una mano a la boca. Voy a vomitar.

«Y lo hicimos a la cuenta de tres».

TEAGAN

Cambios. No puedo evitar sentir un cosquilleo en el estómago cuando pongo un pie por primera vez en el Saint Aidan's Community High. Los tenues rayos de sol se cuelan por uno de los ventanales del pasillo que da a uno de los enormes jardines. A mi alrededor, todo son caras desconocidas, rostros sin nombre que deambulan de un lado para otro llevando consigo libros y materiales de las diferentes asignaturas.

En Dublín tenía muchos amigos y nos lo pasábamos muy bien en el instituto. Siento que me va a costar encajar aquí, todos los chavales con los que me cruzo tienen caras largas y aburridas que parecen ir en perfecta sintonía con la atmósfera de Cork, la ciudad más aburrida de Irlanda.

Me echo a un lado para dejar pasar a dos chicos que parecen ser mayores que yo y que visten chaquetas idénticas del que supongo es el equipo del instituto. Uno de ellos desvía por un momento la mirada de su amigo y la posa sobre mi cabello anaranjado. Yo le dedico una tímida sonrisa mientras agacho la cabeza hacia mi horario de clases. Tengo Biología a primera hora en el aula 2.11.

Echo a andar, esquivando mareas de alumnos. Subo las escaleras dando saltitos y continúo avanzando por el corredor hasta que doy con el aula de Biología. Por suerte, el profesor aún no ha llegado, y una docena de estudiantes charlan divertidos en pequeños grupos, sentados sobre las mesas o en las sillas. Un avión de papel sobrevuela a mi lado para acabar aterrizando en el alféizar de la ventana. Encuentro un asiento libre hacia la mitad del aula y acelero el paso para sentarme e ir sacando todos los materiales. Un par de mesas delante de la mía, dos chicas ríen a carcajadas. Una de ellas de cara risueña, pelo castaño oscuro y ojos azules repara de repente en mí. Disimuladamente veo cómo le dice algo a su amiga, más esbelta y alta, pero con los ojos igual de azules y un largo cabello oscuro. Parecen hermanas.

Estoy sacando de mi mochila mi ejemplar de *A todos los chicos de los que me enamoré* para avanzar en su lectura hasta que empiece la clase cuando veo que las dos chicas están delante de mí.

—Hola. Es tu primer día, ¿verdad? —La más bajita me sonríe con dulzura.

—Sí... Hace poco que he llegado a la ciudad y bueno... No conozco mucha gente.

La alta se coloca el pelo por detrás de los hombros. Su amiga lanza una mirada hacia la portada de mi libro que ahora reposa sobre el pupitre.

—No te preocupes, seguro que te adaptas en seguida. Soy Queenie.

—Y yo Lilith —se presenta la bajita.

—Encantada de conoceros. Yo soy Teagan. —Les devuelvo la sonrisa, más relajada.

—Si te apetece, en el descanso podemos enseñarte el instituto. —Queenie lanza una mirada hacia mi horario de clases mientras Lilith saluda con entusiasmo a un chico que acaba de pasar por nuestro lado. Estas dos son unas verdaderas relaciones públicas—. Vaya, ¡estaremos juntas también en Francés!

Sonrío. Al menos el coincidir con ella en esa clase me hace sentirme un más segura. Así pasaré menos desapercibida como *la nueva*. Lilith apoya la cara en sus manos mientras también echa un vistazo.

—Compartimos también el horario de SPH¹ y Física. Te podemos pasar los apuntes de lo que llevamos dado para que te pongas al día.

Asiento, emocionada. La campana del inicio de clases me sobresalta. Lilith me dice algo, pero no llego a entender sus palabras, ya que se encamina hacia su pupitre junto a Queenie.

¹ Educación social, personal y de la salud

I

—Es una asquerosa. ¿Leíste la indirecta que puso ayer en Twitter?

—Se está pasando de la raya. Ya se lo dijo también a Becka. Me estuvo preguntando ayer si era verdad...

—Becka es una bocazas.

—... pero obvio le dije que no, que *ella* es una puta mentirosa.

—Es una puta, a secas. Y una envidiosa entrometida.

—La odio...

—Yo también. Deberíamos matarla.

Me quedo en silencio unos segundos.

—¿Estás hablando en serio?

—Claro. ¿O es que tú no estás harta ya de que vaya lloriqueando por los rincones, contando secretos y amenazando por Twitter?

—Sí, pero... ¿crees que sería una buena idea?

—¿Se te ocurre otra manera para quitárnosla de en medio?

Niego con la cabeza de manera que solo ella pueda verme. Lanzo una mirada de soslayo al resto de la clase que trabaja en silencio mientras que nuestra profesora termina de corregir exámenes. Nadie parece escuchar nuestros susurros. Nadie se da cuenta de que estamos hablando de cometer un asesinato.

—Vale, tienes razón, pero ¿cómo lo vamos a hacer? No podemos matarla así como así, nos pillarían.

—Tenemos que planearlo bien, tonta. ¿O es que te crees que soy estúpida? No nos van a pillar. Pensaremos el plan perfecto. Y le daremos la lección que tanto se merece.

Trago saliva. Noto un leve cosquilleo en la boca del estómago mientras que mi corazón martillea en mi pecho, emocionado y muerto de miedo.

LILITH

Estamos en el McDonalds de la calle Winthrop tomando unos refrescos y unas patatas fritas. Teagan es una chica simpática y alegre. Tiene unos gustos muy parecidos a los que tenemos Queenie y yo. Nos cuenta que ella vivía antes en Dublín, pero que han tenido que mudarse aquí por el trabajo de sus padres. No tiene hermanos, al igual que yo. Y le encanta el teatro, de hecho se ha apuntado al grupo de artes escénicas del instituto. Yo le he dicho que puedo sacar alguna oferta para que vayamos a ver las obras o musicales del teatro de la ciudad, ya que trabajo en el Opera House a media jornada como acomodadora.

Queenie le ha pedido su número de teléfono y acto seguido ha creado un chat grupal. Miro mi reloj de pulsera, regalo de Queenie cuando cumplí diez años. Le doy un último sorbo a mi Coca-Cola y me despido de ellas. Me queda media hora para entrar a trabajar.

Ando a paso ligero mientras me pongo los cascos para escuchar mi lista de reproducción de música favorita. Meto las manos en los bolsillos de la chaqueta, aunque hoy hace un día bastante soleado para estar a finales de septiembre. Me quito con un movimiento de cabeza un mechón de pelo rebelde que me cae por la cara. No tardo en llegar a mi destino, y en cuanto entro por la puerta, Aidan, mi compañero en este turno, me saluda con una sonrisa. Es muchísimo más alto que yo. Me quito los cascos y corro hacia él para darle un abrazo mientras que me río. Él finge que se ahoga debido a la fuerza que estoy empleando para abrazarle. Aun así, sé que le encantan mis abrazos de oso. Me revuelve el pelo por la coronilla y yo me escabullo hacia el vestuario mientras que le saco la lengua. Cuando me dirijo a mi taquilla, me doy cuenta de que una rosa roja asoma por una de las rendijas. La saco con cuidado de no pincharme y aspiro su aroma. Este Aidan sabe cómo sacarme una sonrisa.

Me cambio de ropa para ponerme el uniforme, y aún me queda algo de tiempo para mirar mis perfiles en redes sociales y contestar algún que otro mensaje. Voy directa hacia el grupo que Queenie ha creado hace un rato.

Queenie

¿Pijama party mañana por la tarde en mi casa?

Me apresuro a contestar. Tengo un montón de ganas de hacer una fiesta de pijamas. La última vez que habíamos hecho una Queenie y yo fue a principios de mes, una noche que su madre había salido y Morgan se había ido a pasar el fin de semana con sus amigos a Limerick.

Lilith

¡Claro! Ya va siendo hora

Queenie

;)

Teagan

¡Sí! ¡Va a ser genial!

Sonrío mientras miro el chat grupal que empieza a llenarse de mensajes. Y tanto que va a

ser genial. Apago la pantalla del teléfono y me hago una coleta. Como el pelo me llega a la altura de los hombros, se me escapan algunos mechones por la parte de delante.

Me emociona tener una nueva amiga. Aunque conozco a bastante gente y conservo muchos otros amigos de cuando iba a primaria, al final, siempre hemos sido Queenie y yo.

Este nuevo curso va a ser increíble.

II

Estamos en clase de Biología. No puedo evitar soltar un bostezo de puro aburrimiento, aunque también de cansancio. Anoche nos quedamos hablando hasta tarde acerca de *nuestro plan* y hoy ha sido una verdadera tortura tener que levantarme para venir a clase.

Me rasco el antebrazo distraída mientras que observo a Becka con ojos somnolientos: parece no tener ni idea de lo que llevamos ya un par de semanas planeando. Mejor.

Otro bostezo. Creo que debería aplicarme más en todas las materias, ya que este cuatrimestre mis notas han bajado. Y por consiguiente mi media, que hasta hace poco era de sobresaliente.

Miro mis apuntes mientras golpeo con la tapa del bolígrafo mi frente. Leo el último párrafo que he anotado: no sé qué rollo sobre el ADN. Lo mejor será que cuando llegue a casa estudie, porque estoy empezando a escribir todo lo que explica la profesora de manera mecánica y la verdad es que no me estoy enterando de nada. De pronto oigo cómo le da la palabra a alguien. No llego a enterarme bien de la pregunta, pero en cuanto escucho el final, algo se activa dentro de mí y levanto la cabeza de mi hoja.

—... ¿Cómo se podría eliminar cualquier rastro de ADN de un cuerpo?

Miro a mi alrededor. Esta chica es imparable. No creía que se iba a atrever nunca a hacer esa pregunta en clase, por mucho que me dijera que lo haría. No lo puedo creer. A mi alrededor, algunos sueltan risitas nerviosas. Pero nadie nos mira a ninguna de manera sospechosa. Nadie parece saber que esa pregunta tiene un trasfondo real. Ni siquiera *ella*, que me mira mientras se ríe con ternura y me hace un gesto diciendo lo loca que ha sido esa pregunta. Yo le respondo con otra sonrisa. Una falsa. Llevo tantos meses practicando mi sonrisa falsa que ya he logrado adaptarla y convertirla en una sonrisa incluso más dulce que la mía propia.

Al final, la pregunta puede quedar como una más de las tonterías que decimos en el aula. No tiene importancia. Y es por eso que la profesora responde. No nos da muchos detalles, pero llega a la conclusión de que es muy difícil hacer eso sin que se queden montones de partículas de ADN esparcidas por ahí, ya que en el mejor de los casos quedarían piezas dentales, pelos o fluidos y, de esta manera, se podría identificar de quién se trata. Si hay ADN, hay evidencia, aunque no haya cuerpo.

En seguida nos cambia de tema —no sin antes decirnos de una manera seria que esas preguntas no son propias de alumnos de instituto—, y volvemos al punto en el que nos habíamos quedado. Me aburro y decido desconectar. Fantaseo. La sangre de las manos se puede quitar con agua. Con agua y jabón. Incluso con toallitas de bebé, y si el estropicio es demasiado grande, con lejía. Una vez vi en un capítulo de *CSI* que la lejía es bastante eficaz para deshacerte de rastros y partículas de sangre. Tal vez podría serlo también para eliminar las partículas de ADN que puedan quedar atrapadas tanto en los materiales que usemos como en el cuerpo.

Aunque, a decir verdad, la sola idea de tener que lavar el cuerpo con lejía para eliminar nuestro ADN me pone los pelos de punta. Tendremos que ser muy cuidadosas en ese aspecto.

Lo ideal sería llevar ropa oscura para que no se note tanto si se quedan salpicaduras. Y para que a la hora de lavarla, tampoco desentone mucho con el resto de la ropa. Además,

siempre puedo decir que me sangró la nariz y me manché entera. Supongo que es cuestión de limpieza. De no dejar rastro. Y como ya hemos hablado en varias ocasiones, de tener un buen plan.

QUEENIE

Acabo de hacer la última bolsa de palomitas. Huele que alimenta. Mi madre ha llamado tanto a los padres de Lilith como a los de Teagan para decirles que estaremos aquí toda la noche, viendo películas y tomando helado. Oigo a Morgan despedirse desde el salón. No la escucho cerrar la puerta, pero sé que se ha ido antes de que mi madre le pregunte sobre qué hora volverá.

No es justo. Ella puede hacer lo que quiera, salir hasta la hora que le apetezca, pero a mí no me deja llegar más tarde de las diez. Mamá dice que es una hora demasiado generosa para una jovencita de dieciséis años. Pero Morgan puede salir todos los fines de semana hasta por lo menos las dos de la madrugada.

Me llevo una palomita a la boca y la mastico despacio mientras cojo el móvil y me meto en Twitter. Tecleo a gran velocidad mientras me apoyo en la encimera.

Queenie @_queeniie.

he hecho otra bolsa más porque están deliciosas.

Abro la cámara de la aplicación y fotografío las palomitas. *Twitteo*. Joder, qué ricas están. Me llevo otro par de ellas a la boca y oigo el timbre de la puerta. Corro como una bala aún con la boca llena, pero mamá es más rápida y ya ha abierto. Ahí están mis dos amigas. Lilith tiene una sonrisa estupenda, y en cuanto me ve, viene a darme un abrazo. Teagan habla educadamente con mi madre. Lilith me cuenta que han venido en el coche de su padre. De momento, mi amiga tiene que compartir coche con él hasta que logre ahorrar lo suficiente para comprarse uno de segunda mano.

No entiendo bien el porqué. Los padres de Lilith tienen dinero, es más, le han dicho varias veces que ellos le comprarán un coche. Pero ella siempre les dice que no es necesario, que hacen mucho por ella y que para eso es su trabajo a media jornada en el Opera House.

En ese aspecto, las dos somos muy diferentes. Yo soy mucho más caprichosa que ella. Pero también es verdad que soy la única que tiene coche propio. Y eso me permite moverme con libertad y tener una independencia que ella no tiene.

Por esto muchos de mis compañeros de clase me tienen envidia. Soy la única a la que le regalaron un coche nuevo nada más sacarse el carnet. Yo también podría tener envidia de sus familias perfectas. En mi casa somos solo mamá, Morgan y yo. Y siempre he creído que es por eso por lo que mi madre nos da casi todos los caprichos que queramos.

Subimos entre risas a la habitación, con las palomitas entre las manos. Nos hacemos muchas fotos. Nos reímos. Subimos alguna a Instagram y a Twitter. Ponemos música a todo volumen. Teagan se pone a cantar, y la verdad es que tiene una voz preciosa. Debería plantearse dedicarse a hacer teatro, canto o alguna de esas cosas que le gustan a ella. Pero de manera seria y profesional. Además, es muy guapa. En realidad, creo que las tres lo somos. Lilith está contando alguna tontería, pero yo la ignoro. Escucho las risas de mis amigas mientras que yo miro una de las fotos que he subido a Twitter. La verdad es que las tres juntas quedamos muy bien en la foto. Veo que tengo nueve *retweets* y veinte me gusta. Sonrío y dejo a un lado el aparato para unirme a la conversación que en ese momento mantienen mis dos amigas.

—... Y entonces decidimos que nos íbamos a comprar la misma sudadera para ponérsola para estar en casa cuando estuviéramos juntas. Bueno, y para salir al bosque a hacer excursiones cuando hiciera frío —explica Lilith mientras le muestra a Teagan en su teléfono móvil un vídeo que grabamos las dos en nuestra última fiesta de pijamas y en la que llevamos la misma sudadera azul oscuro mientras cantamos y tocamos la guitarra de Morgan.

Teagan se ríe. Dice que parecemos hermanas y que nosotras también cantamos muy bien a pesar de que la guitarra esté desafinada y no nos esté dando el tono correcto. Entonces se me ocurre una idea. Toqueteo la pantalla del móvil de Lilith y veo que son las once y media de la noche. Mi madre ya estará acostada.

—¿A dónde vas? —pregunta Teagan mientras me levanto derecha al armario. Rebusco al fondo y saco mi pipa de agua. Lilith me mira con sus enormes ojos azules muy abiertos.

—¿Desde cuándo fumas tú? —pregunta, asombrada. Yo me encojo de hombros.

—La compré el día que fui con Morgan a buscar vestidos para su graduación. Ella se compró otra igual.

—¿Tu hermana fuma?

—Bah, a ratos. Cuando sale de fiesta y esas cosas. Pero vamos, que la pipa no es fumar como tal. Es como... aspirar vapor. Aire y agua. Ni lo notas.

Lilith inclina la cabeza para observar más de cerca el artilugio y lo coge.

—Yo nunca he probado esto, como mucho he fumado marihuana y ya —dice Teagan, bajando la voz estratégicamente en la palabra «marihuana».

—¿Y qué tal la experiencia?

La pelirroja se encoge de hombros.

—No sé. Sientes que te mareas, como que la cabeza flota. Es divertido.

—Pero si te pillan fumando marihuana, se te cae el pelo... —Lilith me mira ensimismada mientras preparo la pipa que aún sostiene—. Quiero decir, es ilegal y todo eso.

—Lo sé, por eso siempre que hemos fumado lo hacíamos en casa de alguien o nos íbamos al bosque o a las afueras para poder estar tranquilas sin que nadie nos viera.

Agarro la pipa para encenderla, apoyo mis labios en la boquilla y aspiro. Mis amigas me miran embobadas. Le tiendo la pipa y el mechero a Lilith. Me mira dubitativa, pero no necesita que le lance una mirada de aprobación para aspirar también el vapor. Acto seguido, tose.

—Tal vez podría ser divertido un día fumar marihuana. Por probar —comento mientras cojo uno de los cojines de mi cama y me apoyo en él. Lilith suelta una risita. Ahora es Teagan quien tiene la pipa.

Podría ser divertido. Nunca lo sabré si no lo pruebo. Y yo siempre he sido de las que nunca se queda con las ganas de hacer algo.

MORGAN

Moira me da un abrazo en cuanto nos encontramos en la feria que han puesto a las afueras de la ciudad. Todos los años, como colofón del verano, Cork se viste de luces, atracciones y un montón de comida grasienta en la última semana de agosto.

—¿Y Queenie? ¿No se ha apuntado esta vez?

Me encojo de hombros tratando de restarle importancia al hecho de que mi amiga, antes de preguntarme que qué tal estoy, haya preguntado por mi hermana.

—Ha quedado con Lilith y otra chica nueva en casa para ver películas o qué sé yo.

—Bah, otra noche se apuntarán seguro. Espero que la nueva no sea un muermo como esos amigos que trae a veces Lilith.

Sonrío. Aunque no sea algo que me guste hacer muy a menudo, hay veces que invito a Queenie y Lilith a venir con nosotros. Tenemos varios amigos en común y eso hace que pueda desentenderme un poco de ellas e ir a mi bola, porque sé que no se van a quedar como dos pasmarotes sin hablar con nadie. En cambio, cuando Lilith trae a alguno de sus amigos no puedo evitar sentirme incómoda por cómo nos miran. Son los típicos niñatos que piensan que somos una mala influencia.

Moira me agarra del brazo y tira de mí. A mi alrededor todo son luces de colores, gritos y risas. La música está demasiado alta como para escuchar nada y no es hasta que noto que alguien pone su mano en mi espalda que me giro y me encuentro con el resto de nuestros amigos.

Justin quiere que vayamos a montarnos en alguna atracción, Allie hace un gesto con la mano queriendo indicar que quiere comer algo, Nora se mueve al ritmo de la música como si estuviera en un mundo paralelo. Lleva un cigarrillo entre los dedos que a saber qué porquería llevará. Con un gesto le digo que me lo pase y le doy una calada.

Decidimos que nuestra primera parada va a ser una tómbola en las que se pueden conseguir unos peluches bastante feos si ganas la partida. Pago, soy la primera en jugar. Agarro la pistola de agua y le pido a Moira que me saque una foto empuñándola, mientras que el porro sigue estando entre mis labios. Me siento como una auténtica gánster. Mi amiga se ríe mientras me indica qué pose poner. Una señora con un niño pequeño en brazos pasa por mi lado y, tras rozarme accidentalmente, me mira de arriba abajo con desaprobación. Tal vez sea por mis pantalones negros con agujeros o el pintalabios rojo que hace juego con las mechas de mi pelo, pero me apuesto un ojo de la cara a que su mirada se ha posado un momento en mi cigarro antes de perderse entre la muchedumbre.

Comienzo a disparar. De cinco tiros acierto cuatro; no está nada mal. Le paso el testigo a Justin, que tras depositar un billete de cinco euros en el mostrador, comienza a jugar. Nosotras gritamos para animarle, pero es malísimo.

Con la euforia del momento, no me doy cuenta de que una mujer se ha acercado a nosotras hasta que escucho a Moira chillar:

—¡Agua, agua! ¡La secreta!

«Mierda».

Justin sale corriendo en el preciso momento en que la mujer le enseña la placa a Nora, quien se queda pasmada sin saber qué hacer. La policía nos grita algo, pero es demasiado tarde porque todos echamos a correr en direcciones diferentes. Tiro lo que queda de porro

sin siquiera molestarme en ver dónde ha caído.

El aire nocturno me despeina y siento que me quema los pulmones. Corro hacia el aparcamiento como si me fuera la vida en ello, no puedo dejar que me pillen, no quiero tener que pagar otra puñetera multa. Lo siento por Nora, espero que haya reaccionado a tiempo.

Siento el móvil vibrar en el interior de mi riñonera pero sigo corriendo. Decido que voy a esconderme durante unos minutos y me meto debajo de un coche. La adrenalina golpea mi pecho. Como puedo, saco el teléfono y veo que tengo un mensaje de Moira en el que me dice que nos reuniremos de nuevo a la entrada del recinto de conciertos. Pues vale.

Me quedo unos minutos que parecen horas acurrucada en mi escondite. Noto la tierra que se mete por los agujeros de mis pantalones, me estoy poniendo perdida. Al cabo de un rato, salgo de ahí y le respondo a mi amiga con un escueto «voy».

Limpio con mis manos mi camiseta nueva de Gun N´Roses y echo a correr hacia el punto de encuentro donde me esperan mis amigos.

III

No me lo puedo creer. Otra vez. Otra maldita vez. Y siempre lo mismo, siempre me entero de todo por Twitter y estoy harta. Odio enfadarme con ellas, lo odio de verdad. No soy rencorosa ni nada por el estilo, pero no puedo evitar que me moleste porque me dijeron que hoy no podían salir.

Excusas.

Y han subido un pequeño vídeo de ellas yendo al centro comercial y riéndose un montón. Encima van vestidas muy parecidas. He notado que ya ni me avisan para que vayamos todas con ropa similar a clase.

Se me forma un nudo en la garganta que no sé deshacer por más saliva que trague. ¿Están pasando de mí? ¿Se están riendo de mí? ¿Por qué me mienten sabiendo que voy a ver que me están ignorando? Siento rabia y tristeza a la vez.

Me meto en mi perfil. Comienzo a escribir y enviar *tweets* uno detrás de otro, sin pensarlo. He mandado seis del tirón. Me sorprende de la rapidez que tengo escribiendo.

A veces no me reconozco. Observo lo último que he *twitteado*:

Algún día le voy a contar a todo el instituto toda esa mierda que sé de vosotras. Que es muchííííísimas. #SiSoloPudieraSalirmeConLaMía.

Cuando le conté lo que le conté a Becka, tan solo necesitaba desahogarme. Ver el punto de vista de otra persona porque la verdad es que escribirlo todo en mi diario no me aclaró las ideas y necesitaba entender si era un buen motivo o una excusa para que ellas actúen como lo hacen conmigo, o simplemente porque son malas y retorcidas.

Pero populares.

A veces, solo desearía que la gente pudiera ver las víboras que se esconden detrás de esas miradas y sonrisas perfectas. Miradas y sonrisas que tanto se parecen a las mías. Y me da miedo estar convirtiéndome también en una mala persona. En algo que no soy.

No soy tan cabrona de ir a contarle a todo el mundo lo que sé de ellas. Nunca lo haría. Pero no está de más dar un toque de atención, porque a veces siento que me dan por supuesto, que me infravaloran y que se aprovechan de mí. Una de mis grandes virtudes —y a la vez un enorme defecto— es que doy todo por las personas que me importan. Incluso hasta llegar al punto de arrastrarme con tal de satisfacer las expectativas. Y yo valgo mucho más, por más que a veces me hagan sentir que soy la mayor basura del mundo.

LILITH

Estoy pletórica de felicidad. He sacado la nota más alta en el último examen de Economía. Aunque le he dedicado mucho tiempo, los ejercicios me resultaban un poco difíciles y me puse muy nerviosa a la hora de hacerlo. Pero ya está, lo he logrado. Era la única asignatura que me quedaba para saber si sigo manteniendo mi media impecable en este trimestre, y ¡sorpresa!, así es.

—¡Yuhuuuuuu! —grito mientras que salgo de clase. Voy a buscar a Teagan y Queenie que estarán saliendo de Francés. Ellas también están sacando muy buenas notas en este trimestre. Nos lo estamos tomando muy en serio, aunque todos los fines de semana, sin excepción, hagamos algún plan. Por el camino me encuentro a Izan, que me mira con una sonrisa.

—Pero bueno, qué contenta te veo esta mañana, pequeña Lilo. —Yo suelto una risita y le abrazo. Izan es más alto que yo, con lo cual para abrazarme tiene que arquear la espalda. Es muy gracioso, porque parece que me envuelve con su cuerpo cuando lo hace. Además, es bastante guapo. Su pelo, despeinado, forma graciosos bucles negros. Siempre le he dicho que me encantaría tener su cabello.

—Claro que lo estoy, he aprobado Economía, no está lloviendo hoy, quedan dos días para que llegue el viernes... ¡Todo va muy bien!

Izan me mira con una sonrisa y se coloca bien la mochila.

—Eres única, te juro que me encantas. —Sonrío y le doy un leve golpecito en el hombro. Tengo que apoyarme en las puntas de mis dedos de los pies para poder hacerlo. Izan es maravilloso, aunque qué voy a decir yo, ¡es mi mejor amigo!—. ¿Tienes algo que hacer el finde? Iba a quedar con Brooklyn para ir de excursión a Kinsale.

Me quedo pensativa. El viernes tengo la fiesta del diecinueve cumpleaños de Morgan, el sábado por la mañana iba a ir con mis padres a desayunar fuera y el domingo quería estudiar. Y tal vez el domingo por la noche me escape un ratito con Teagan y Queenie para dar una vuelta.

—Pues el sábado por la tarde no tengo nada que hacer, así que me apunto. —Los ojos de Izan se iluminan—. Puedo incluso pedirle permiso a mis padres para llevar el coche, no hay problema con eso.

—No te preocupes, Brook se ofreció ya a llevar el suyo, no hay ningún problema, Lilo.

Asiento con la cabeza. Recuerdo que quiero encontrar a mis amigas antes de que comience la próxima clase para poder charlar.

—Entonces, ¿me pasáis a buscar a casa?

Izan calcula la distancia que hay desde su casa a la mía y por fin me da una respuesta.

—Perfecto. Cuenta con que estemos en tu puerta a eso de las tres como tarde.

Nos despedimos con otro abrazo e Izan me besa la coronilla antes de que yo eche de nuevo a andar hacia donde está la taquilla de Queenie, que es siempre el punto de reunión. Mis dos mejores amigas están ya allí, hablando muy animadas. Llego hasta ellas y nos damos un abrazo de tres. Sonreímos. Observo que aunque anoche nos pusimos de acuerdo en ir a clase con un jersey de color pastel, hemos coincidido sin saberlo en el resto de nuestro conjunto: las tres nos hemos vestido con vaqueros y con zapatillas Vans, las mías de color blanco y las de Teagan y Queenie de color negro.

IV

Es viernes por la tarde y hemos quedado para ir al cine. Nosotras y otras dos chicas más que conocemos del instituto. Quedamos con ellas porque todas queríamos ir a ver la misma peli. Luego es posible que vayamos a cenar algo antes de irnos a casa.

Hoy, *ella* está muy pesada. No para de pegársenos y tratar de sacarnos conversación todo el rato hablando de cualquier estupidez que le ronda la cabeza. No la soporto, de verdad, qué tonta es. Siempre con esa sonrisita y esa cara de niña buena. No puedo con ella.

Nuestras dotes de actrices están saliendo a escena con el papelón que hacemos cada día con ella fingiendo que somos amigas, aunque la realidad es que quedamos con ella por pena. Y porque pensamos que, si nos seguimos comportando con ella como si fuéramos íntimas, nos será más fácil que confíe en nosotras. Como si nada estuviera pasando. Así será más sencillo deshacernos de ella, porque si empieza a darse cuenta que la rechazamos, dejará de confiar, y puede incluso que se aleje. O peor: que diga todo lo que sabe y nos arruine la vida. Sé que intentará hablar las cosas con nosotras para ver si es que ha hecho algo mal, o incluso empezará a ir con otros amigos que tiene. Así sería imposible poder quitárnosla de en medio para siempre y habríamos perdido el control de todos nuestros secretos.

Se ha sentado a mi lado en el cine y yo me he levantado y me he ido al asiento más cercano a las escaleras con la excusa de que «igual me dan ganas de hacer pis en medio de la peli y tengo que ir al baño». Ha torcido un poco la sonrisa, pero creo que no ha notado nada raro.

Antes de que se apaguen las luces, hemos hecho una foto para subirla a Twitter. He podido ver que su sonrisa luce un poco más apagada que de costumbre.

Estamos de regreso andando con calma. Mi casa es la que está más cerca del centro comercial, por lo que hacemos la primera parada para que yo me quede ahí. Nuestras compañeras se han ido en otra dirección, así que, como nos hemos quedado solas, *ella* aprovecha para soltar la bomba:

—Me ha dado la sensación de que os ha molestado que nos hiciéramos fotos juntas.

—¿Cuándo?

—Antes, en el cine.

—¿Y eso por qué?

—No sé, solo es una sensación. —Me mira directamente a los ojos—. No te suelen dar ganas de ir al baño en medio de una peli.

—Creo que estás sacando las cosas de contexto. ¡Anda, tonta!. —Le paso un brazo por los hombros, tratando de aparentar una muestra de complicidad.

—Es una sensación, ha habido un momento que me he sentido un poco ignorada y no sé si he hecho algo mal o qué.

Parece que se le van a saltar las lágrimas, pero antes de llegar a ese extremo, le decimos que no nos habíamos dado cuenta y que no lo hemos hecho aposta.

Claro que nos dimos cuenta. Pero eso no se lo decimos. Su expresión se relaja y vuelve a

poner esa mirada aniñada y dulce. Esta chica nos lo perdona todo. Pero ya está bien, no puedo estar más harta. No podemos estar más hartas de ella.

Tenemos dieciséis años, ya es hora de que madure y deje de solucionar todo con sus lágrimas de cocodrilo. No entiendo cómo puede ser que alguna vez llegara a considerarla mi amiga. Si quisiera, podría destruirme. Destruir a mi familia. Y eso no lo puedo tolerar.

Nos despedimos como si nada y ellas enfilan el camino hacia sus respectivos hogares mientras que yo me quedo unos segundos parada entre medias de la puerta de la entrada de casa y el jardín.

Ojalá dentro de poco podamos dejar de ver su sonrisa de idiota.

TEAGAN

Es sábado por la tarde y Queenie y yo hemos quedado en mi casa para estudiar. Lilith no puede venir porque ya había hecho planes con otros amigos y no les iba a avisar de que no iba con ellos con tan poco tiempo de antelación.

La verdad es que estudiar con amigas en casa es mucho más divertido que hacerlo en la biblioteca o incluso que estudiar sola. Así cuando hacemos descansos podemos hablar, nos hacemos fotos, bajamos a la cocina a picar algo o estamos con el móvil cotilleando redes sociales o mandando mensajes.

Queenie es superdivertida. Nos reímos mogollón y nos contamos un montón de cotilleos. Le cuento que creo que me está empezando a gustar un chico del grupo de teatro que se llama Logan y que es, junto conmigo, el coprotagonista de la obra que estamos montando para finales de curso. Ella me anima a que le pida salir, cree que soy preciosa y que tengo que tomar la iniciativa.

Me cuenta que ella ha quedado con el hermano de la mejor amiga de su hermana mañana por la noche. Me dice que lleva ya un par de semanas escapándose de casa en cuanto su madre y Morgan se van a dormir para poder ver a este chico. Otras veces le ha colado a él en su habitación y han pasado la noche juntos. Noto que me empiezo a poner roja. Yo creo que no sería capaz de hacer eso con nadie. Me aterroría pensar en qué pasaría si en medio de la noche mis padres se despiertan y entran en mi habitación para lo que sea y me ven con un chico.

Pero Queenie es Queenie. Y no le da miedo nada. Me encantaría ser tan atrevida como es ella.

Mis padres han salido a pasear con unos amigos, de manera que las dos estamos solas en casa. Hemos decidido hacer un parón en el estudio un poco más largo y mi amiga me pregunta si tengo cigarrillos de marihuana. Me quedo pensativa y recuerdo que llevo sin fumar nada de eso desde que me mudé de Dublín, pero aún conservo un pequeño cogollo en la caja que tengo al fondo del cajón de mi ropa interior donde tengo el tabaco de liar, el papel y los filtros.

Mientras que preparo dos cigarrillos, Queenie abre la ventana de mi habitación para que no se quede el olor reconcentrado. Mis padres no saben que de vez en cuando fumo, me matarían si se llegan a enterar. Me matarían si se enterasen de la mitad de lo que hago y que he hecho. No soy mala chica, la verdad, pero siento que a veces necesito no pensar, dejarme llevar y vivir cosas que creo son importantes vivir.

Fumamos. Nos reímos. Decimos frases estúpidas sin mucho sentido. Seguimos fumando. Queenie se queda mirando mi pelo, que he recogido en una coleta de lado y me dice que le encantaría tener mi color. Yo me río. La verdad —y no es por sonar egocéntrica— es que mi pelo es, junto a mis ojos, lo que más me gusta de mí. Es gracioso porque tanto Queenie como Lilith como yo tenemos los ojos azules. Pero yo soy la que más destaca porque soy pelirroja y ellas tienen el pelo castaño oscuro.

—¿Sabes? Me estoy empezando a hartar de mi color de pelo. —Con ambas manos finje hacerse una coleta para luego soltarla y colocarse el pelo de diferentes maneras: raya al medio, al lado... Queenie se mira las puntas, siempre de un liso impecable.

—Debería teñirme de algún color llamativo, que hiciera que la gente me mirara cuando

pasara por su lado.

—No digas tonterías, Queenie. Terminarás por estropearlo, no merece la pena.

Ella entrecierra los ojos, desafiante.

—Habló la que acapara miradas allá donde va.

—Tú también las acapas, sabes que a mí no me gusta destacar.

—Ya, claro. Por eso te has apuntado al grupo de teatro. Porque quieres pasar desapercibida. —Ella pone los ojos en blanco. No sé muy bien qué decir ni si tomármelo o no en serio. Al segundo, Queenie, se echa a reír.

—Ay, ya. No seas tonta. Es una broma, sabes que me encanta como eres.

Sonríó y acepto el cigarrillo que de nuevo me pasa. Le doy una larga calada y le pregunto de qué color se teñiría.

—Rubio. Es más que obvio. Como Marilyn Monroe. —Mi amiga se pone de pie y empieza a contonearse como si estuviera en un desfile de modelos. Entre risas se acerca a un florero que tiene sobre su mesita de noche y extrae una rosa mustia que no va acorde con la decoración tan Tumblr de su habitación. Es más, diría que las flores secas pegan más en la de su hermana.

—*Happy Birthday, dear President.* —Queenie hace sus mejores esfuerzos por imitar la voz aireada de Marilyn mientras juguetea con la rosa que se va descomponiendo con cada uno de los rápidos movimientos que hace con la mano. Estaría muy guapa de rubia, seríamos como el trío de las *Supernenas*: rojo, amarillo y negro.

Fuego, aire y tierra.

Lirios y rosas.

V

Que nos adoramos no es ningún secreto, por lo menos para nosotras. Y eso es así. Cuando no está la echo mucho de menos, me río un montón con ella y nos confiamos todo. Hacemos todo juntas. *Todo*.

Cuando pasó lo que pasó, no pensé que *ella* pudiera estar despierta o que lo hubiera visto. Un día que le pedí el móvil para llamar a mi madre porque el mío se había quedado sin batería, me metí en la galería de imágenes y hasta vi que tenía fotos de *ese día* de momentos antes de que eso pasara. Se nos veía a nosotras al fondo, en mi cama, y a ella en primer plano, haciendo un *selfie* estratégico con cara de *what the fuck*. La verdad es que ni me acuerdo del momento en el que tomó la foto, supongo que estaba demasiado borracha para ello.

Y se lo ha contado a Becka. Y a saber a quién más. Igual le ha enseñado hasta las fotos, cosa que arruinaría nuestra reputación. Hay secretos que nunca deben salir a la luz, pero ella sabe cosas. Podría arruinarlo todo si esa información llega a quien no debe.

Lo cierto es que mucho antes de que *eso* pasara ya comenzaba a irritarme su presencia. Su voz. Su risa. Toda ella. Bueno, nos irritaba. Es nuestra amiga, pero creo que se ha quedado muy, muy atrás y noto que nosotras estamos creciendo más deprisa que ella, que es todavía una cría. ¿Me puedes explicar cómo es posible que con dieciséis años no hayas tenido nunca novio? ¿Que nunca te hayas besado con nadie? ¿Que te interese salir de fiesta con tus amigas y estar todo el día pegada a ellas como si fueras una niña pequeña que no sabe valerse por sí misma en vez de intentar liarse con algún chico en la discoteca?

Es una niñata infantil. Una cría tonta que se cree una princesa Disney montada sobre un unicornio. Y nosotras estamos a años luz de ella. No solo en el tema chicos, sino en otros muchos. Tenemos una relación muy especial y por lo que se ve, *ella* es incapaz de entenderlo. Y su envidia, esa envidia que nos tiene porque nos comportamos como adultas es la que le hace ir hablando de más con las personas que no tiene que hacerlo.

Pero se acabó.

Nuestra decisión está más que tomada. Y no hay manera alguna de que nos echemos atrás.

QUEENIE

Es la hora del almuerzo y salgo escopetada de clase para reunirme con mis amigas. Llegamos casi a la vez a mi taquilla. Cuando nos ve, Lilith nos mira a Teagan y a mí con una sonrisa congelada.

—Ayer no me dijisteis que hoy teníamos que venir conjuntadas.

Teagan y yo nos miramos. Mierda. Anoche estuvimos chateando hasta tarde y decidimos que hoy íbamos a venir las dos con nuestros jerséis de rayas y el mismo peinado. Y ninguna nos acordamos de ponerle un mensaje a Lilith.

—Habrá sido casualidad... Qué gracioso, si es que hasta pensamos igual.

Trato de sonreír mientras que miro a Teagan, que compone una sonrisa dulce. Me da bastante igual que no vayamos las tres conjuntadas. Esta vez era algo que habíamos decidido entre Teagan y yo. Lilith nos mira de nuevo, pero al final compone una sonrisa nerviosa y comienza a parlotear sobre no sé qué tontería que le pasó en el trabajo ayer.

Echamos a andar hacia la cafetería. La mesa donde nos solemos sentar está libre, así que vamos hacia ella y sacamos el almuerzo de las mochilas. Teagan comienza a mordisquear una manzana, mientras que Lilith se bebe un zumo de frutas. Yo saco un paquete de galletas con chocolate y me dispongo a comerlas despacio.

—Ey, ¿qué pasa, mosqueteras?

Un chico de nuestro curso para al lado de la mesa para saludarnos. Retiro la mirada, no me acuerdo de su nombre. Mis amigas le saludan y entablan conversación con él, pero a mí no me apetece, así que sigo mordisqueando las galletas. Desconecto y me pongo a pensar en mis cosas. Estamos a martes todavía, pero debido a que mañana no tenemos ningún examen ni nada importante en el instituto, tal vez podríamos escaparnos y hacer un mini botellón. No se me había ocurrido hasta ahora mismo el proponerles a las chicas que quedáramos por la noche. Yo ya lo he probado, es una sensación de adrenalina indescriptible, porque en la oscuridad me siento más libre de poder hacer lo que me dé la real gana. Y eso me encanta.

Puedo ser yo la que lleve el coche para que en sus casas no sospechen nada y no pongan pegas para venir. Total, yo ya lo he hecho muchas veces y por experiencia puedo decir que ni mi madre ni Morgan se enteran de cuando me escapo por la noche con el coche. Morgan solo me pilló una vez, pero jamás se lo contó a mamá. Sabe que conmigo tiene las de perder porque conozco muchos de sus secretos y los he vivido de primera mano cuando hemos salido de fiesta con ella.

—Queenie, ¡Queenie! —Lilith me saca de mis pensamientos y regreso a la realidad.

—Mmm...

—Benjamin nos ha invitado a la fiesta que dará el viernes por su cumpleaños.

—¿Benjamin? —El chico me mira sonriente, enseñando sus dientes apiñados. ¿De qué se supone que le tengo que conocer?

—Voy con vosotras a álgebra.

—¡Benjamin! —Mi voz suena tan falsa que me extraña que él siga sonriéndome como un bobo. A mi lado, Teagan eleva las cejas y Lilith contiene la risa—. Claro, claro, estaremos. Cuenta con ello.

El chico se despide con una sonrisa y las tres, como si lo hubiéramos ensayado, le

hacemos un gesto de despedida con la mano.

—Menudo planazo para el viernes. Benjamin, el de álgebra, nos ha invitado a su patética fiesta llena de *nerds* con gafas y espinillas. —Pongo los ojos en blanco cuando pienso en lo que me agota que gente con la que no tenemos trato se piense que puede acercarse y abordarnos con gilipolleces que ni nos van ni nos vienen. Trago un trozo más de galleta.

—Bueno, igual no es tan malo, seguro que invita a gente que conocemos y pasamos una buena noche. —Lilith sonrío. Teagan me mira con la súplica emergiendo de sus pupilas.

—Mira, Lilith. —Trato de ser lo más clara posible—. Sinceramente no creo que invite a nadie con quien nos sintamos cómodas. En el hipotético caso de que eso pase, serán frikis que se nos pegarán en todas las fotos para ver si así consiguen ser un poco más populares y que más gente los siga en Twitter e Instagram. No sé, pensaba que estábamos por encima de esta... *gente*.

La expresión de Lilith se torna seria, pero no dice nada. Teagan desvía la mirada. ¿He sido demasiado cortante? ¡Bah!

—Por cierto, ¿os apetecería que esta noche hiciéramos una locura?

Es entonces cuando ellas dos se miran, me miran y componen una sonrisa pícara.

MORGAN

Eliot King

Los chicos dicen que esta noche no salen.

¿Te apuntas a una de palomitas y peli de terror?

Morgan

No hay de terror en the Gate.

Eliot King

Ey, no he dicho de ir a cine ;)

Morgan

WOOOOOW echa el freno, Romeo.

Eliot King

No estaba ligando contigo



Aunque si has pensado que sí es porque igual te gustaría que fuera que sí.

Morgan

Mmm... ¿Respuesta correcta?

Eliot King

JAIAJAJA. En serio, Morgan. En el centro están echando un ciclo de cine clásico de terror y Justin y yo queríamos ir a media noche.

Había pensado...

Oigo a mi hermana llamarme desde la planta de abajo. Suspiro y bajo corriendo. Al pie de la escalera, está Queenie muy arreglada. Está rebuscando algo en su bolso.

—Déjame tus llaves, no encuentro las mías.

Suspiro con pesar. Esta chica es un desastre. Meto la mano en el bolsillo trasero de mis vaqueros y se las lanzo. Queenie las caza al vuelo.

—¿Dónde vas? —Mi hermana alza una ceja. No le ha sentado bien mi pregunta.

—Por ahí. —Me mira de arriba abajo, como horrorizada. Menos mal que en cuanto a moda se refiere, no compartimos los mismos gustos—. ¿Dónde vas tú?

Me encojo de hombros.

—A un ciclo de cine de terror con unos colegas. ¿Te apetece pasarte cuando vengas de *por ahí*?

Queenie se encoje de hombros.

—Te aviso.

Mi hermana se marcha sin despedirse. Yo me apoyo en la pared y me dejo caer hasta sentarme en el primer escalón. Sin terminar de leer el último mensaje de Eliot, respondo:

Morgan

¡Venga, me apunto! Estoy lista, llámame cuando vengas a recogerme.

VI

La confianza es lo más importante. Y es verdad eso que dicen de «ten a tus amigos cerca, pero más a tus enemigos». Así que, aquí estamos. Nos hemos venido solas las dos a tomar unos helados. Llevamos ya semana y media de vacaciones de verano y me he venido con ella porque no tenía a nadie más para salir y me aburría en casa. Nos hemos puesto a charlar de tonterías y comer helado.

Hablamos de ir mañana todas a hacer alguna ruta para aprovechar el día. Puede estar bien. No sospecha ni media, y yo procuro que no se note el rechazo que me produce. Porque no quiero seguir siendo su amiga. Sabe demasiado y podría arruinarnos la vida. No sé cómo sentirme con respecto a lo que pasó aquella noche, pero juro que no estaba planeado. Si no hubiéramos bebido tanto, no tendría que estar ahora lamentando las consecuencias de mis actos.

De verdad que no me importaría para nada que muriese. Creo que ese acto sería incluso un acto de misericordia para ella misma; desde luego si yo tuviera su personalidad de mierda, me suicidaría.

Saca el móvil, se mete en Twitter y me enseña la última imagen que ha subido: Es una foto de mi coche, mal aparcado. Se ríe. Yo me río con ella —aunque en realidad no me hace ni pizca de gracia, pero bueno—. Puede que a mí se me dé mal aparcar, pero ella conduce como una abuela de ochenta años. Encima tiene que ponerse gafas para conducir, porque no ve bien de lejos, y por la noche, le cuesta descifrar las señales y los semáforos. De hecho hoy las lleva, y no entiendo por qué, la que ha traído el coche he sido yo. Con ellas tiene todavía más pinta de niña pequeña si cabe.

—¿Cómo te va con tu nuevo rollete?

«¿*Rollete*? Pero ¿esta qué se cree?».

—Mmmm...

—Joder, tía. Es que ya no me cuentas nada.

«Pero vamos a ver, ¿qué quieres que te cuente, pedazo de idiota? ¿Acaso entenderías algo de lo que te pudiera contar o de lo que hago con él? ¿Acaso...?».

—Nada, tía. Si es que está todo genial. No hay mucho que contar.

Parece triste. A esta zorra le gusta el morbo, lo tengo claro. Bah, que se joda.

Le cuento cosas con todo lujo de detalles, ella me mira sin decir nada con una sonrisa, pendiente de todas y cada una de mis palabras, emocionada. Le cuento hasta los detalles más picantes, y de vez en cuando, suelta alguna risita. Yo le sonrío con complicidad mientras continúo con mi relato. No sé qué estará pensando de mí, pero la verdad es que me da igual. Prefiero ser como soy a ser una estrecha y una vergonzosa como lo es ella.

Nos quedamos calladas. Entonces es ella la que comienza a hablar.

—Nos hemos peleado mucho este año... Y no me gustaría que siguiéramos así. —La miro. Finjo que yo también estoy arrepentida de todas las peleas que hemos tenido—. Sé que le conté alguna cosa a Becka que no le tendría que haber contado. Pero es que en ese momento estaba tan cabreada... Sabes que yo no soy así, me conoces. Siento mucho si hice algo que os hiciera sentir mal.

Asiento. Compongo la más dulce de mis sonrisas y me levanto de mi asiento para abrazarla. Ella me devuelve el abrazo.

—No seas tonta, no pasa nada. A veces yo también puedo ser una zorra de cuidado.

—¿Estás insinuando que yo lo soy? —Simula enfado y yo niego con la cabeza mientras sigo sonriendo.

«Sí, hija, sí. Te estoy llamando zorra en tu cara, pero eres tan cortita que te crees todo lo que te digo».

—De verdad, está todo olvidado. ¿Cómo me voy a enfadar contigo? Si eres un ángel.

—Te quiero mucho.

—Yo también a ti.

Nos quedamos un momento en silencio. Ella juega con una servilleta. Desde siempre le ha gustado la papiroflexia, cuando éramos más pequeñas me regalaba figuritas por mi cumpleaños. Tengo las manos pringosas de restos de mi helado, de manera que me levanto para ir al baño a lavarme.

Cuando regreso, ella está terminando su helado. Sobre mi asiento, ha dejado una rosa blanca hecha con la servilleta de papel.

—¿Y esto?

Estoy perpleja.

—Gracias por hacer que, a pesar de todos los malentendidos, nuestra amistad siga floreciendo.

Sonrío para mis adentros. «Nena..., ten bien cerca a tus enemigos...».

LILITH

Llego de trabajar, dejo las llaves del coche encima de la mesa del salón y saludo a mis padres.

—Cielo, ¿todo bien? Parece que no tienes muy buena cara.

—Claro, es solo que estoy agotada. Ha sido una jornada muy intensa y solo quiero tumbarme en la cama.

Me voy derecha a mi cuarto. Me tumbo en la cama con la ropa puesta y hundo la cabeza en uno de los cojines. Estoy muy cansada.

Antes de ir al trabajo, he discutido con Queenie porque le he dicho que para este finde no iba a poder sacar entradas con descuento para ir al teatro. No tenemos ningún musical en cartel que esté terminando la temporada. Se lo ha tomado como que parecía que yo no quería que fuéramos. Eso es mentira. Quiero decir... Ya que tenemos esa posibilidad, mejor que podamos ir con los descuentos para empleados que me dan a mí porque de verdad que las entradas son muy caras. No tenemos tanto dinero como para gastarnos 80 o 90 euros en una noche.

Me estuvo diciendo que Teagan se iba a enfadar un montón también, y por más que trataba de hacerle entender que no era culpa mía, y que encima lo de los descuentos lo hago para que no gastemos tanto, ella parecía no entenderlo.

Me he ido triste al trabajo. Saco el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón y me pongo a leer mi *timeline* de Twitter. No encuentro nada interesante, así que me pongo a *twittear*. Necesito desahogarme.

Lilith neissel @littlelilith_lilo.

todo el mundo que me rodea hace cosas que me molestan.

Lilith neissel @littlelilith_lilo.

si es obvio de mi parte que no me interesa la conversación que estamos teniendo... Por favor, deja de hablar y de decir tonterías.

Lilith neissel @littlelilith_lilo:

cállate, por favor. Porque te estás pasando.

Envío el último *tweet* que aparece el primero en mi *timeline* cuando refresco la página. Me quedo mirando la pantalla por un momento, absorta en mis pensamientos. Veo que me llega una notificación nueva. Entro sin pensarlo. Es un *tweet* de Becka, que me pregunta si estoy bien. Me dispongo a contestarle cuando mi teléfono empieza a sonar. Lo cojo al segundo tono.

—Becky, justo te iba a responder ahora.

Escucho cómo mi amiga suspira al otro lado de la línea.

—No te preocupes, me apetecía hablar contigo, que últimamente estás muy desaparecida. ¿Todo bien?

Ahora la que suspira soy yo. Me incorporo en la cama y me peino el pelo.

—Sí, bueno, estoy cansada del trabajo, y hoy no he tenido muy buen día...

—¿Ha pasado algo con la *Abeja Reina*?

—¡Becky! Es mi mejor amiga, no la llares así.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Becka?

—Sí, estoy aquí, es solo que sabes que Queenie...

—... No te cae bien. Lo sé.

—Es como que... No me gusta esa chica, no me parece buena influencia. Os trata como marionetas a Teagan y a ti.

—Eso no es así.

—¿Cómo que no? El otro día Izan me dijo que os vio a las tres fumando a la salida del instituto. ¿Desde cuándo fumas tú, Lilith? Estoy segura de que la que os ha proporcionado el tabaco ha sido Queenie, porque su hermana fuma como un carretero y es una fulana...

Noto que me arden los mofletes de ira. Becka lleva siendo mi amiga desde que estábamos en primaria. Y es verdad que cuando comenzamos el instituto y conocí a Queenie dejé de salir tanto con ella, pero no tiene derecho a hablar así. Soy mayorcita para tomar mis propias decisiones.

—Para, para, para. Primero, Morgan no es una fulana, dices eso porque no la conoces, pero es una chica muy maja. Y segundo, el tabaco no lo trae Queenie, lo trae Teagan.

—¡Me da igual de quién sea! El caso es que parece que Teagan y tú, o mejor, *tú* haces todo lo que te dicen ese par de víboras.

Ya he escuchado bastante. Se acabó. Me paso la mano por la frente, quitándome el pelo de la cara.

—Becka, mira... Estoy muy cansada, he tenido un día de mierda y necesito dormir, de verdad. Mañana hablamos en clase, ¿vale?

Sin esperar respuesta por su parte, le cuelgo. Genial. ¿Algo más me podría salir mal hoy? Vuelvo a meterme en Twitter. Y sí, algo puede salir todavía peor para rematar mi noche. Ahí está, al inicio de mi *timeline*.

Queenie Endler @_queeniiie.

es increíble lo que te echo de menos @_teeaag

Teagan @_teeaag.

@_queeniiie yo sí que te echo de menos! <3

VII

Podría decir sin temor a equivocarme que es la mejor amiga que he tenido. Hoy nos hemos ido juntas a comprar ropa y hemos comprado un par de conjuntos iguales. Como si fuéramos hermanas. Luego hemos ido a Taco Bell a comer y nos hemos echado unas buenas risas. Es increíble la compenetración que tenemos, nos reímos de cualquier cosa, porque de alguna manera sabemos qué es lo que está pensando la otra. Es la persona que mejor me entiende en este mundo. Nuestras conversaciones telefónicas se extienden hasta las tantas de la madrugada, y a veces, incluso, mis padres vienen a regañarme porque no les dejo dormir.

Todo es genial cuando estamos juntas.

Antes de despedirnos, nos hacemos un par de fotos. Somos muy fotogénicas. Decido ponerme una en la que las dos salimos sacando la lengua como foto de perfil tanto de Twitter como de Instagram.

Y sin darme cuenta, me sorprendo pensando en que estas fotos quedan mucho mejor que las que nos hacemos cuando está *ella*. Estas se ven más naturales y frescas, ya que no tenemos que estar sujetando el móvil de una manera determinada o posando de manera estratégica para que nadie quede en un segundo plano.

TEAGAN

Hacemos un descanso del ensayo de la obra que estamos preparando. Hoy estoy bastante cansada y se me nota en la voz, de hecho he desafinado bastante en mi solo de *When the night's over*.

Me acerco canturreando hacia mis compañeros que están sentados formando un corro en el escenario. Me siento al lado de Logan y le cojo la rosa de plástico que forma parte del atrezzo y con la que él estaba jugueteando. Finjo aspirar el aroma de la flor y le sonrío de forma coqueta. Él pasa un brazo por mis hombros y me atrae hacia él para darme un beso en la mejilla: aunque es más que evidente que estamos juntos, preferimos mantenerlo un poco «en secreto» en el instituto, porque aquí la gente es bastante metomentodo y las noticias corren como la pólvora.

Sophia está contando que esta tarde va a ir con Tara al Oliver's a escuchar no sé qué concierto. Martha, Saoirse e Ian se animan a ir con ellas. Logan me mira y me susurra un «¿Vamos?».

—Yo hoy no puedo, lo siento —le digo, alto para que me escuchen el resto de compañeros—. Ya he quedado. Queenie está sola en casa y va a hacer una fiesta...

—¿Vais a beber en casa de Queenie? —pregunta Saoirse arqueando una ceja. Me encojo de hombros.

—Sí, pero no vamos a estar solas las tres. Tanto Queenie como Lilith han invitado a más gente. Lo pasaremos bien. Si queréis pasaros después del concierto, estáis todos invitados.

—Uff no, yo paso de ir a casa de esa zorra —dice Sophia haciendo un gesto despectivo con la mano.

—¿Por qué? Es muy maja, si la conocierais de verdad como la conocemos Lilith y yo veríais que es genial.

Ian se ríe por lo bajo y Saoirse le lanza una mirada envenenada.

—Va por los pasillos como si fuera la reina del jodido instituto, mirando por encima del hombro a todo el mundo y metiéndose con la gente... Además de que se ha tirado a casi todos los novatos y a alguno incluso de tercero. —Ian se encoje de hombros.— Es una víbora mala. —Se acerca más al centro del círculo como queriendo dar a entender que lo que va a decir a continuación es algo del todo confidencial—. En primero, se pasó el curso entero difundiendo rumores sobre las chicas más populares del curso.

Las caras de interés de Martha y Sophia hacen que resople y baje la mirada hacia la flor de plástico que se mueve ligera entre mis manos, sin pincharme ni hacerme daño.

—¿Os acordáis de Elisabeth Grant, esa chica que cuando te saludaba siempre lo hacía con un «Hola, corazón de melón»? Bien, pues Queenie comenzó a decir que se había enrollado con el suplente del entrenador... Y cuando le echaron a él, Elisabeth comenzó a sufrir un *bullying* brutal por parte de los del equipo y las animadoras.

—¡Cierto, cierto! —La voz chillona y sobreexcitada de Sophia hace que vuelva a levantar la cabeza hacia todos ellos—. Me acuerdo cuando Ashley Kosakov le quitó toda la ropa y toallas cuando estábamos en las duchas del vestuario.

—Sí, y fue luego cuando se la destrozaron con unas tijeras. Si tuvo que venir la madre a por ella con un cambio de ropa y ya después de esa no la volvimos a ver...

—Creo que se fue del instituto, o incluso de la ciudad, porque yo no la he vuelto a ver

nunca.

—Qué asquerosa Queenie, con lo maja y agradable que era Elisabeth... Creo que su caso fue el más grave, pero difundía unos rumores que lograban destrozarle la vida a cualquiera...

Yo pongo los ojos en blanco. Seguro que es por envidia por lo que dicen esas cosas de Queenie. Ella, Lilith y yo somos tres de las chicas más populares del instituto. Y mis amigos del grupo de teatro solo consiguen unos efímeros momentos de popularidad las dos semanas antes y la semana después del estreno de la obra. Martha lleva un rato mirándome en el más absoluto silencio, y es entonces cuando interviene.

—No te lo tomes a mal, reina, pero es que Queenie nos parece un poco lianta... No pensamos que sea muy buena persona. —Coloca la mano en mi rodilla con cariño—. Y te lo decimos con todo el cariño del mundo porque creemos que no eres como ella. Aunque es verdad que últimamente parece que estás, no sé... Diferente. No sabría explicarte en qué sentido, pero es como si te estuvieras volviendo un clon suyo, no sé si me explico.

Paseo mis ojos por cada uno de ellos, y luego me quedo un momento mirando a Logan que se ha quedado mudo y con las orejas encendidas. Le conozco lo suficiente como para saber que él piensa lo mismo.

—Bueno, genial. —Me pongo en pie. Se me viene el pelo a la cara y me lo echo hacia la espalda con un movimiento de mano derecha—. Si eso es lo que pensáis, yo ya no tengo nada más que decir.

Me doy la vuelta mientras escucho las voces de mis amigos llamarme, pero no me vuelvo. Me apoyo contra la salida de emergencia del teatro y salgo a la calle. Fuera, el día es muy gris y el ambiente huele a tierra mojada. Me apuesto lo que sea a que ha parado de llover hace poco tiempo. Me apoyo contra la pared del instituto mientras que el viento me revuelve el pelo y me despeina. Me estiro las mangas del jersey para cubrirme con ellas las manos y me doy cuenta que todavía sostengo la rosa que le he cogido a Logan. Comienzo a tirar de uno de sus pétalos con fuerza hasta que lo desgarro. Me quedo unos segundos mirándolo antes de apretarlo con fuerza dentro de mi puño para al cabo de un rato liberarlo y dejar que se lo lleve el viento.

Mis ojos siguen la trayectoria del pétalo falso por unos segundos. Luego, le doy una patada a una piedrecita que está en el suelo.

Nadie tiene ni idea de cómo soy. Estoy harta de que me den por supuesto y que al final yo tenga que ser lo que el resto quiere que sea para darles gusto a todos. Soy como esta rosa: hay que hacer un esfuerzo más grande de lo normal para poder romperme. Aunque a diferencia que esta pieza de decorado, yo no soy una falsa.

Envidia. Qué mala es la envidia.

Yo no tengo culpa de ser popular.

VIII

Llueve un montón, así que hoy hemos quedado todas en casa para ver una película, porque con la que está cayendo es imposible ir a ningún lado sin riesgo de ponernos malas.

Nos hemos puesto a ver *A Star is born*, que justo la acaban de subir a Netflix, pero es imposible verla, ya que en seguida nos ponemos delante de la tele a cantar las canciones y a hacer el tonto. Y nos ponemos a hablar. Al final optamos por apagar la tele para poder charlar sin distracciones. La verdad es que la conversación está siendo entretenida; agarro el móvil, abro la cámara y me pongo a grabar. Fingimos que estamos en un programa de la tele y comenzamos a hacernos preguntas. Pero parece ser que una de nosotras es la que lleva la voz cantante en el juego. Puede ser que sea porque, en este momento, ella es la única que está de pie y nosotras tres estamos sentadas.

—En fin, chicas, la verdad es que aunque fuera está tronando como si no hubiera un mañana, yo tengo ganas de comerme un helado. Un polo mejor. Aunque lo más seguro es que me muera de frío; me congelaría. —Reímos. Es imposible querer comerse un polo con el frío que hace—. No sería una muy buena muerte, la verdad. Y hablando de maneras horribles de morir. ¿Alguna vez habéis visto el programa ese en el que salen mil maneras absurdas de morir? La verdad es que da bastante miedo, y muchas de las muertes tienen pinta de ser dolorosas de narices... No sé, yo casi que preferiría morir... De un disparo. —Hace un gesto con las manos como si se estuviera disparando en la sien, para luego soplar sus dedos índice entre risas. Nosotras nos reímos con ella—. Y, vosotras, ¿cómo preferiríais morir? ¿Ahogadas o de un disparo?

No lo dudamos y respondemos a la vez:

—De un disparo.

Yo me quedo un momento pensando mi respuesta y decido añadirle algo más.

—Bueno, a ver, en realidad depende muchísimo de dónde sea el tiro.

—En la cabeza —afirma ella convencida.

—Disparo. —Volvemos a responder nosotras—. Es rápido y limpio, no sufres.

—Vale, vale... ¿Ahorcadas o ahogadas?

—Ahogadas. Aunque en realidad es la misma cosa.

—No. Si te ahogan con una almohada, te mueres más lento... Y si te ahorcas, te rompes el cuello, y eso tiene que doler mogollón aunque sea una muerte más rápida... Bueno, no sé.

Ella se echa a reír, nosotras también. Estamos comenzando a desvariar bastante y eso que no hemos bebido ni fumado nada. Son tonterías, hablamos de chorradas, pero la verdad es que necesitaba una tarde así. Juntas.

—¿Qué método elegiríais si tuvierais que matar a alguien? —Su nueva pregunta nos pilla por sorpresa. Por un momento, las cuatro nos quedamos calladas, escuchando el repiqueteo de las gotas de lluvia golpear la ventana. Decido romper el silencio.

—Creo que elegiría matar a alguien con una pistola. Es la mejor manera para que la persona no sufra. Vamos, es que incluso si lo fueran a usar conmigo, yo preferiría mil veces que me pegaran un tiro a que me ahorcaran.

Ellas me miran y por un breve instante pienso que me he pasado contestando la pregunta.

—Sí, supongo que tienes razón... —Ella clava su mirada en un punto de la pared que de

repente parece ser más interesante que nosotras y nuestras tonterías. La conozco lo suficiente como para saber que está maquinando algo en su cabeza. Llego a intuir una sonrisita asomarse por la comisura de sus labios—. Si algo nos ha enseñado *CSI*, es que las personas que mueren a causa de un arma blanca son las que más sufren... Creo que pegarle un tiro a alguien es la mejor y más compasiva manera de acabar con la vida de una persona.

QUEENIE

Hoy, vienen Teagan y Lilith a casa a pasar la noche. Hemos cenado las tres con mamá y Morgan. Luego mi hermana se ha encerrado en su habitación a hablar por teléfono con su novio. Nosotras hemos visto media hora la tele en el salón con mamá —una película sosísima de esas que le gustan a ella con una historia de amor edulcoradísima. Me he aburrido como una ostra, pero Teagan y Lilith se lo han pasado bien— y luego ya nos hemos subido a la habitación. Le hemos dicho a mamá que hablaríamos un poco y que luego ya nos echaríamos a dormir. Ella se despide con una sonrisa y un beso de buenas noches. Subimos a la habitación y cerramos la puerta.

Mi cama es bastante grande, de manera que las tres nos sentamos en la colcha.

—¿Has conseguido alguna botella? —pregunta Lilith. Yo me hago la ofendida y me voy derechita al armario, donde tengo guardadas dos botellas de ginebra.

—Por quién me tomáis vosotras, señoritas —susurro mientras alzo ambas botellas por encima de mi cabeza. Teagan y Lilith fingen que aplauden y me lanzan vítores entre susurros. Yo les hago reverencias y me siento con las piernas cruzadas. Abrimos las dos botellas. Le doy una de ellas a Lilith y la otra la tengo agarrada yo.

—Brindemos, por nosotras —digo con tono solemne mientras que echo mi espesa mata de pelo hacia atrás.

—Porque somos las tres puntas de una corona —añade Teagan.

—Somos reinas.

Lilith choca con suavidad la botella con la que yo sostengo. Las dos le damos un trago. Lilith pone cara de haber chupado un limón y abre la boca aspirando aire. Le tiende la botella a Teagan y esta le da un sorbo mayor.

—Puaj, qué asco, no me gusta nada la ginebra —comenta Lilith. Yo me encojo de hombros.

—Son las únicas botellas del mini bar que he podido coger porque sé que mi madre no se dará cuenta de que faltan.

Bebo de nuevo, esta vez un poco más. Teagan se ríe y le pasa la botella a Lilith que, al tragar, vuelve a poner esa cara arrugada tan fea.

—Deberíamos pensar qué vamos a hacer en las vacaciones de primavera, quedan solo un par de semanas y aún no tenemos ningún plan —comento.

Me está empezando a dar mucho calor y a molestar el pelo horrores. Cojo la goma de pelo que llevo siempre en mi muñeca y, estirando un poco el cuerpo fuera de la cama para llegar a verme en el espejo, logro hacerme un moño. Me siento muy guapa y favorecida con el pelo rubio que me teñí el fin de semana pasado. Me ha quedado supernatural y parece que es mi color. A Teagan le encantó cuando me vio, pero Lilith se limitó a sonreír, decir un tonto *wow* y pasarme la mano por mi larga melena.

—Mmm... Vamos viendo, ¿no? Total, es una semana de vacaciones nada más, nos vamos a quedar aquí todas. Improvisemos día a día. —Teagan bebe de su botella.

—Yo creo que sí, es lo mejor, además, de lunes a viernes trabajo todas las tardes —dice Lilith. Compongo un puchero y me dejo caer sobre sus piernas.

—Jooooo, Liliiiiith. Siempre trabajando. *Siempre* ocupada. No tienes tiempo para pasártelo bien con nosotras...

Ella me da cariñosos toquecitos con la palma en la frente.

—Mira que eres exagerada. ¡Si estamos juntas todo el día!

—Ya, pero maaaaaás.

Teagan se tumba sobre las piernas de Lilith. Unas gotitas de ginebra caen sobre la colcha. Escucho la risita de Lilith mientras que, como puedo, me llevo la botella de nuevo a la boca, derramando un poco del contenido sobre la camiseta de mi pijama. Noto los dedos de la pelirroja que me hacen cosquillas en el brazo. Lilith encoje las piernas y Teagan se revuelve en la cama hasta quedar tumbada sobre su estómago con los codos apoyados en la colcha.

—Tenemos que ir pensando en si vamos a ir a la fiesta de promoción de los senior —dice Teagan. Yo estoy mirando el techo de la habitación que por un momento parece que da vueltas. Creo que estoy bebiendo demasiado deprisa, siempre me pasa igual.

—¿Nos ponemos vestidos conjuntados? —pregunta la morena.

—Que yo recuerde ahora mismo conjuntados y de fiesta solo tenemos vestidos negros... Pero, oye, son originales. Seguro que todas van con vestidos de promoción rosas, verdes pastel, azul y demás.

En serio, el techo está dando vueltas. O él o es mi cabeza. Me llevo la botella a la boca y doy otro trago, aunque no sé cuánto del líquido ha llegado a rodar por mi garganta y cuánto se ha desparramado por mi pijama. Mañana la ropa va a echar una peste a alcohol que va a tirar para atrás. Qué le vamos a hacer.

—Aaaaaay no. Que el negro es color de funeral, qué feeeeee. —Teagan ya arrastra las palabras. Apoya su frente contra la mía mientras se ríe.

—Nosotras estamos guapas con lo que nos pongamos. Somos guapas y preciosas como un ramo de rosas. —La voz de Lilith es la única que parece cuerda.

—Como un ramo de rosas negras, no te jode. Es lo que vamos a parecer como al final vayamos vestidas de esa guisa con vestidos que, por muy bonitos que sean, parecen que son el vestuario de la temporada de las brujas de *American Horror Story*. —Teagan comienza a reírse de nuevo con mi ocurrencia. Yo hago lo mismo—. Y tenemos espinas para herir a todo aquel que nos lleve la contraria.

Me da un ataque de risa. Mis amigas se ríen conmigo, pero la risa de Lilith parece estar en otra dimensión.

Empiezo a toser, atragantada por mi propia risa, de manera que me incorporo un poco y vuelvo a tumbarme boca arriba, al igual que lo está Teagan. Me tapo la boca para ahogar mi tos en la mano y así evitar que se escuche lo menos posible. Después, bebo un trago largo de la botella para tratar de frenar la tos. Madre mía, estoy llorando de la risa y todo me da vueltas.

Tengo en frente a Teagan que me mira partida de la risa también. Tiene las pupilas dilatadas y las mejillas coloradas, casi llegando al mismo tono que su pelo, que le cae en cascada enmarcando su cara. Es muy guapa, siempre se lo digo. La pelirroja le da otro trago a la ginebra. Al final nos estamos bebiendo una botella entera cada una de nosotras, porque Lilith no las ha probado apenas. Veo por el rabillo del ojo que está un poco más retirada, mirando algo en su móvil. Entonces nos muestra una foto de las tres un día que llevamos los vestidos negros.

Eso fue en la fiesta de no sé quién, en no sé dónde ni recuerdo cuándo.

—Pues eso, bellísimas —alaba Teagan mientras que apoya su cabeza en las piernas de la morena de nuevo.

O ¿soy yo la que se apoya en Lilith? Nos reímos otra vez, pero no sé quién es la primera que empieza a reírse. Bebemos. Con cada trago me siento más eufórica y se me va la cabeza. Me imagino que me apetecería estar ahora mismo con Steven. ¿Por qué siempre que bebo me apetece estar con Steven? Noto un leve y suave beso en la punta de la nariz. Bebo. Este Steven me vuelve loca. Loca de verdad.

Más risas. Espera... ¿Desde cuándo Steven es pelirrojo y tiene los ojos azules? Bebo. Risas. Noto que alguien se levanta de la cama porque de repente hay mucho más espacio. Noto una mano en la cintura. Más risas. Yo pongo la mano que me queda libre en su pecho. Pero no es el pectoral de Steven. Nos reímos. Huele a alcohol. Nuestros labios se rozan. No sé en qué punto empieza Teagan y en qué punto termino yo.

IX

Lo intento entender, no sé si he hecho algo malo. Pero el domingo pasado volvió a pasar, y me quedé más sola que la una. Tenía ganas aunque fuera de ir a pasear, salir, que me diera el aire, porque ahora todo mi tiempo libre lo dedico a trabajar y a hacer horas extras. Estaba tan aburrida que me puse con el móvil y escribí a cuatro personas diferentes a ver si hacían algo, si les apetecía dar una vuelta, chatear un rato o incluso si les apetecía venirse a casa a ver una peli. Pero nada.

Recuerdo el *tweet* que he puesto hace poco más de un minuto:

He escrito a cuatro diferentes personas esta noche. Si eso no prueba mi nivel de aburrimiento, yo ya no sé...

Y todos los fines de semana mi nivel de aburrimiento crece. Es que ya ni me concentro siquiera en leer. He tratado de ponerme hoy con una novela dos veces pero me he sorprendido a mí misma leyendo en bucle un párrafo sin tener ni idea de lo que decían las palabras.

Suspiro. Estoy todo el día pegada al móvil. No es de extrañar que vuelva a *twittear*:

Tres de mis mejores amigas se han ido de fiesta fuera de la ciudad dejándome sola sin planes. Fml²

Entonces veo un *tweet* que ha puesto una de ellas:

Siempre con ropa que tiene menos clase que una mierda.
#NoMeHablesSiNoVistesDeTemporada #GentePopularSoloVisteDePrada

Cómo no. Ella siempre criticando a los demás. Siempre mirando a los demás por encima del hombro. Y a pesar de eso, la gente sigue queriéndola y admirándola. Eso es lo que más me molesta de todo. Abro un nuevo *tweet* y escribo:

Hay cosas de ti que nunca podré puto entender.

Pulso la tecla de enviar. Al final esto se está convirtiendo en un pulso. En una relación en la que hay sonrisas a la cara y puñaladas a la espalda. Yo me he perdido en algún momento del camino y ya no sé cómo reparar algo que está tan podrido. Tan podrido como un puñado de rosas secas.

Pero quiero creer que soy diferente. No hago las cosas con maldad. Y por muy enfadada que esté ahora, sé que mañana, cuando me levante, ya se me habrá olvidado.

¹² Siglas que en inglés significan *Fuck my life*, traducido al español como «Putita vida de mierda».

LILITH

Las cosas vuelven a estar regular. Qué digo regular. Mal. Llevo dos días que no hago más que discutir con Queenie, por tonterías, según ella. Y he notado que Teagan también está esquivando conmigo. Pero yo necesitaba hablar con ellas lo que pasó ese día en casa de Queenie. No me hizo maldita gracia, la verdad. Y tampoco podía coger mis cosas, salir de allí, despertar a la madre de Queenie y a Morgan a la una de la madrugada porque me iba a ir. Porque entonces descubrirían lo que había pasado. Y mucho peor. Descubrirían que habíamos estado bebiendo alcohol. Y ese tipo de cosas son sus secretos. Los nuestros.

Nos hemos metido en problemas alguna vez por este tema, de hecho un día nos pilló la policía fumando marihuana en las afueras. Me asusté tanto cuando nos montaron en el coche que llegué llorando a casa y les prometí a mis padres que no lo volvería a hacer, que no sabía en lo que estaba pensando. A nosotras tres, por ser menores de edad, al final no nos pasó nada, pero a Morgan (que es una más), le cayó una multa tremenda por ser mayor de edad. Y le dieron el aviso de que a la próxima, se la llevarían a comisaría.

Por eso no podía irme así como así. Además, era la una y pico de la madrugada. ¿Cómo iba a largarme de casa de mi mejor amiga a esas horas yo sola, y con qué cara me iba a presentar en mi casa cuando mis padres contaban con que iba a pasar la noche con mis amigas? En fin, era complicado. Así que me quedé ahí, como un pasmarote, mirando. O intentando no mirar. Me levanté de la cama y corrí a refugiarme con el móvil. Increíble.

Quiero decir, no tengo ningún problema en que mis dos mejores amigas se lleen, o se acuesten. A mí me da igual. Tenemos dieciséis años, somos jóvenes. Y mientras que lo que hagamos nos haga sentir cómodas en nuestra propia piel, no pasa nada.

Es más, es que ni juzgo que ambas tengan novio y aquella noche se olvidaran de eso para dedicarse *a estar juntas*.

Pero no conmigo delante. De hecho, antes de que las cosas se fueran de madre completamente, hice un par de fotos por si luego cuando lo hablara con ellas, no me creían. Yo no tengo ningún interés en enseñarle esas fotos a nadie. De verdad que no. ¿Qué gano con eso?

Intenté hablarlo con ellas y explicarles que me daba igual lo que hicieran con su intimidad, pero que, por favor, se cortaran un poco cuando estábamos las tres juntas.

Me llamaron de todo. Decían que era una mentirosa. Y entonces me di cuenta de que me estaban haciendo vacío. Desde hacía varios meses ya. Que preferían estar ellas dos muchas veces. Tal vez porque tenían una relación secreta o algo y no querían contármelo.

Yo no soy rencorosa, y muchas veces me trago mi orgullo y me callo. Porque son mis mejores amigas y las quiero. Pero es verdad que empieza a no hacerme gracia que parezca que poco a poco intentan desplazarme, me doy cuenta de cómo tratan a algunas personas del instituto. Y creo que ser popular no viene acompañado de ser unas verdaderas zorras.

Hoy he ido a casa de Becka y se lo he contado todo, porque necesitaba desahogarme y consejo de alguien para saber cómo afrontar esta situación y ver las cosas desde otra perspectiva. Lo escribí todo en mi diario, pero no me ha servido de nada, porque el papel no me va a dar ningún tipo de punto de vista ni consuelo. Aunque puede ser que al final todas estas tonterías de que me están desplazando no sean más que imaginaciones mías. El estrés de los exámenes. El estrés del trabajo.

Tal vez debería pasar página y hacer como si esto nunca hubiera pasado. Cualquier cosa es mejor que tener esta sensación de tanta angustia en la boca de mi estómago. Quizá todo esté en mi cabeza y con comportamientos así lo único que consigo es eso: que se alejen y que me dejen sola. Debería plantearme que el problema no es tanto mi alrededor y la que estoy podrida soy yo.

X

Veo que viene enfilando el puente del río mientras que la espero en la plaza. Hace un poco de viento, así que me subo más la cremallera de la sudadera y meto las manos en el bolsillo. En cuanto estamos a la misma altura, nos damos un abrazo.

Hemos quedado para pasear y hablar. Me ha dicho por teléfono que me tenía que contar algo muy importante.

—¿Lo pasasteis bien el fin de semana?

Pone los ojos en blanco.

—No. No puedo más. No sé por qué me fui con ella, la verdad. No la soporto.

—Pues te fuiste con ella para que no sospechara nada...

—No, no. Si sospechar no sospecha. Ella vive en su mundo de luz y color y no se da cuenta de que no la escucho cuando habla, de que cada vez sonrío menos en las fotos que nos echamos juntas.

—Entonces ya está. Lo importante es que no sospeche nada de nada. Confía en nosotras. Y cuando decidamos hacerlo, confiará en lo que le digamos. Y todo saldrá bien, ya verás.

Por nuestro lado, pasa uno de nuestros profesores del instituto. Cambiamos la expresión de la cara y le saludamos con la mejor de nuestras sonrisas. Intercambiamos unas pocas palabras con él hasta que sigue su camino.

Por un momento, un incómodo silencio se apodera de nosotras hasta que ella vuelve a hablar.

—Justo eso mismo te quería decir... Tenemos que hacerlo ya. Tenemos que aprovechar ahora que las cosas están más tranquilas y que confía.

Noto un vacío enorme en la boca del estómago. Sinceramente no esperaba que el momento fuera a llegar tan deprisa. No sé si estoy preparada.

—Pero... ¿estás segura que no hay otra opción?

—*¿Ni hiy itri ipciín?* Lo hemos hablado y vuelto a hablar y sabes que no. —Una pareja de ancianos que pasa a nuestro lado nos mira. Me muero de vergüenza y agacho la cabeza. Ella sigue—: ¿Quieres que arruine toda tu vida? ¿Que te señalen con el dedo? ¿Que tu familia te repudie? ¿Quieres que te lleven lejos de aquí?

—Claro que no. Pero, aun así, no dejo de pensar en que no teníamos que haber bebido esa noche...

—¡QUÉ MÁS DA LO QUE HICIMOS, NO SE PUEDE CAMBIAR! Pero sí que podemos hacer que nuestro secreto muera con ella.

—¿Cuándo?

Ella se para en seco, se pone en frente de mí y me mira a los ojos. La gente pasa a nuestro alrededor, ajenos a lo que vamos a hacer.

—En una semana. Justo en una semana. Más o menos lo tenemos todo planeado, nos queda dar unos pequeños retoques al plan, pero lo tenemos. No tiene fisuras. No nos van a descubrir.

Asiento con la cabeza. Una semana. Echamos de nuevo a andar mientras charlamos de tonterías y reímos, como siempre. Mientras *ella* no es capaz siquiera de imaginarse que en una semana, en siete días, estará muerta.

TEAGAN

Logan y yo estamos abrazados en el sofá de su casa. Sus padres no están y me ha dicho que me viniera a hacerle compañía. Le cuento que anoche nos volvimos a escapar para fumar en el bosque que está un poco antes de llegar al aeropuerto. La verdad es que esas noches me gustan un montón, me lo paso genial y me da un chute de adrenalina que es una pasada. Él me regaña mientras me acaricia el pelo: dice que fumar tanto, con la edad que tengo, puede ser perjudicial para mi voz.

Me pregunta sobre mis amigas, y yo le hablo sobre Sophia y Saoirse, que son mis mejores amigas del grupo de teatro y él lo sabe; le hablo de Izan y Brooklyn, que aunque son más amigos de Lilith, a mí me caen genial también; le hablo de Morgan, que se suele apuntar a muchos planes que hacemos y eso está maravilloso, porque es mayor de edad; y por supuesto le hablo de Queenie y Lilith.

—Lilith me parece muy buena niña. Es encantadora y muy dulce.

Pongo los ojos en blanco. Logan me mira sorprendido.

—¿Por qué haces eso? —Me giro hacia para poder mirarle a la cara—. Es una de tus mejores amigas.

—Que sea una de mis mejores amigas no quita que sea un poco pesada. No sé, siento que cada vez compartimos menos cosas.

—Bueno, que a ella no le interesen las mismas cosas que a ti en este preciso momento no es un problema.

—Es muy niña...

—Pues como tú, cielo, tenéis dieciséis años... —Odio cuando me dice eso. Él es solo un año mayor que yo.

—Logan, es virgen. —Enarca las cejas.

—¿Y el problema dónde está?

—En que hay muchas cosas que no le podemos contar porque no las entiende.

—Bueno, cariño, pues ya se las podréis contar. Os interesan diferentes cosas pero eso no es un problema. Por ejemplo, es la única de las tres que tiene un trabajo y tiene mucha más independencia de sus padres. Y seguro que ella no ve que eso sea un problema. Además, que dudo que haya algo de vosotras que Lilith no sepa...

Y ese es el problema. Lilith sabe *demasiado* de nosotras.

XI

Voy corriendo a abrir la puerta. Mis padres están en la cocina preparando la cena. Y ahí, parada en el felpudo, está ella, con sus ojos echando chispas de emoción. Hoy es la noche. La invito a entrar. Ella va hacia la cocina a saludar a mis padres con esa sonrisa tan bonita. Tienen una pequeña e insustancial charla antes de que las dos volemos hacia mi habitación. Una vez dentro, cierro la puerta con pestillo.

—¿Lo tienes todo preparado? —pregunta muerta de la emoción. Asiento con la cabeza y abro mi armario donde tengo guardada la mochila que llevo a todas las excursiones, la más grande que tengo. La pongo encima de la cama y ahí la abro para que vea el interior: he metido un cambio de ropa, dos paquetes de toallitas higiénicas enteros, un bote con lejía y, envueltos en una camiseta vieja que ya no uso para nada, dos cuchillos de cocina.

Nos miramos con una sonrisa. No hace falta decir nada.

—¿Tienes las palas? —inquiero.

—Sí, las he metido ya en el maletero del coche. Aunque nos falta una cosa. Salimos un momento, lo compramos y lo dejamos guardado junto con las palas. ¡Ah!, vamos a dejar también tu mochila, así lo tenemos todo preparado.

—Vale.

Agarra la mochila y cuando llegamos de nuevo a la cocina, nos paramos en la puerta para que pueda decir a mis padres que voy a salir un momento y que en seguida regreso para cenar. Ambas nos despedimos con una sonrisa.

Una vez que llegamos al coche, metemos en el asiento trasero mi mochila, y veo que la suya va también ahí. Nos subimos y emprendemos el camino mientras me cuenta hacia dónde vamos y para qué.

La floristería huele a las mil maravillas. Mire donde mire, hay cientos de colores diferentes. Nos acercamos al mostrador dispuestas a pedirle a la dependienta lo que queremos.

—Hemos visto en la entrada una oferta de seis rosas por doce euros —digo. Ella asiente en silencio y se acerca a un gran florero donde tiene preparados ya varios ramilletes listos para entregar. Nosotras sonreímos cuando nos entrega uno. Huele estupendamente y es muy bonito. Cada una sacamos un billete de cinco euros y una moneda de uno. Lo justo es que lo paguemos a medias. Y doce euros no es nada. La dependienta coge el dinero que hemos depositado en la mesa y se despide de nosotras.

—¿Seguro que tus padres se habrán ido a dormir para esa hora? —me pregunta cuando salgo del coche para dejar el ramo de rosas en el maletero y enfilarse el camino hacia mi casa.

—Seguro. Todo va a salir bien.

Sonríe. Yo también.

—Todo irá bien. Por fin.

Cierro la puerta del coche y veo cómo se aleja. Yo echo a correr hacia casa.

QUEENIE

Hoy es uno de esos días en los que todo me parece una auténtica mierda. Encima tengo mucho sueño, he dormido fatal. Por si no fuera suficiente, tenemos francés a primera hora. Menos mal que por lo menos esta clase la comparto con Teagan, así no se me hará tan pesada. Espero en la puerta del aula hasta que la veo aparecer por el pasillo con el cabello pelirrojo ondeando a su espalda. Hoy lleva solo la carpeta y el estuche.

Entramos a la clase sin decir nada, a la vez que otro compañero. Nos sentamos en nuestro sitio y puedo ver que ella también tiene cara de pocos amigos. Se coloca el pelo por detrás de la oreja mientras que prepara el material de la clase encima de la mesa. La profesora empieza a explicar la gramática que nos toca ese día (aburridísima a más no poder) y luego manda unos ejercicios para hacer mientras ella corrige los exámenes que hicimos la semana pasada. Mis compañeros comienzan a trabajar. Muerdo nerviosa un boli y Teagan parece que es incapaz de concentrarse. No soporto más estar callada y le doy un toquecito en el codo. Ella me mira y entonces, en un susurro, digo:

—Es una asquerosa... ¿Leíste la indirecta que puso ayer en Twitter?

—Se está pasando de la raya. Se lo dijo a Becka también. Me estuvo preguntando ayer si era verdad... —Teagan deja el bolígrafo. Puedo ver rabia en sus ojos.

—Becka es una bocazas —la interrumpo en un susurro aún más bajo.

—... pero obvio le dije que no, que *ella* es una puta mentirosa.

—Es una puta, a secas. Y una envidiosa entrometida.

XII

Llego agotada a casa. No me tengo en pie. No me apetece ni siquiera cenar, así que me siento un cuarto de hora a leer en el salón con mis padres. Cuando logro terminar el capítulo, me despido de ellos dándoles las buenas noches y me voy derecha a mi habitación.

Me tumbo en la cama con el móvil y abro Twitter. Leo unos cuantos *tweets* que aparecen en mi *timeline*. Yo también escribo. Tres *tweets*. Desde luego, ahora he llegado a un punto que utilizo Twitter más para desahogarme que para otra cosa.

Me llega un mensaje.

Son ellas. Me dicen que van a salir un rato a fumar, que si me apetece ir. Les digo que estoy muy cansada, que prefiero dormir, porque mañana voy a estar reventada. Prometen que será un ratito, que me vendrá bien para despejarme. Lo pienso un momento. Les comento que no me apetecería estar fuera más de una hora. Me aseguran que no. Y entonces me dicen esa frase que me hace clic en la cabeza...

Venga, va. Vente. Que luego nos dices que ya no te decimos ninguno de nuestros planes cuando salimos por la noche. Por fa... Nos lo vamos a pasar genial, ya verás.

Suspiro. Tienen razón. En verdad sí que me incluyen. Pero si siempre ando diciendo que estoy cansada..., la culpa no es suya, sino mía. Les escribo al instante que vale, que me avisen cuando estén en la esquina de casa para salir a su encuentro. Me mandan emoticonos de corazones y besos. Me incorporo de la cama. Decido no cambiarme de ropa. Me recojo el pelo en una coleta y peino con los dedos los mechones que dejo siempre sueltos y caen por mi cara. De puntillas, para que mis padres no me sientan, me encamino hacia mi mochila del instituto. Como ya hemos acabado, la tengo guardada en el armario. Abro uno de los bolsillos pequeños donde sé que tengo guardado mi mechero y lo saco de ahí.

Preparo una mochila pequeña con una sudadera más abrigada que tengo por si me entra frío en algún momento y meto también el mechero. Al cabo de un rato, la pantalla de mi móvil se ilumina. Es un mensaje en el que me dicen que están doblando la manzana de mi casa, que vaya saliendo. Me guardo el móvil en el bolsillo trasero de mis *shorts* y me coloco la mochila a la espalda. Procurando no hacer ruido, abro la ventana de mi habitación, lo justo para que pueda colarme por ahí. Tengo la suerte de que mi cuarto está en el primer piso de la casa, solo tengo que dar un saltito para caer en el pequeño jardín que la rodea. Siento la suave brisa nocturna cuando me giro hacia la ventana para bajar el cristal hasta que solo quede una pequeña abertura que me permita volver a abrirla cuando vuelva para entrar en mi cuarto. Abro con cuidado la verja para que no chirríe en medio de la noche. Echo a andar y llego a la misma vez que el coche, que se detiene a esperar a que abra la puerta de atrás y me siente en su interior. El coche arranca y nos perdemos en la noche, como tantas otras veces.

Pequeñas y preciosas embusteras

—112 Policía de Cork ¿cuál es su emergencia?

—Hola —saluda una voz nerviosa al otro lado de la línea—, buenas tardes, me llamo Brian Neissel. Es... mi hija... tiene dieciséis años. No está en casa... no ha ido a trabajar... ¡Estoy muerto de miedo!

—¿Cuándo se han dado cuenta de que la niña no estaba?

—Ahora mismo, nos han llamado del trabajo... No la hemos visto desde anoche que volvió de trabajar... Oh, Dios mío...

—Dígame su dirección y el número desde el que nos llama, por favor, en breve irá una patrulla a su casa para hablar con ustedes.

—Avenida Belgrave número 6. El teléfono es el 21 353 7108.

—¿Cuál es el nombre de su hija, señor Neissel?

—Lilith... Lilith Neissel.

TENIENTE WALSH

Entro en la comisaría con mi termo de café en la mano. Es verano, pero tengo adicción al café caliente. Tengo esa costumbre desde el instituto, y ahora, soy incapaz de ir a trabajar sin llevarme mi dosis diaria de energía.

—Pensaba que estabas de permiso, Walsh —comenta Ethan, mi compañero de servicio, cuando ve que me acerco hacia mi escritorio. Despido con una inclinación de cabeza a Joe, cuyo turno termina cuando el mío empieza. Doy un trago al café y dejo el vaso encima de mi mesa, desordenada y llena de papeles. Arrugo un *post-it* y lo tiro a la papelera que tengo a mis pies. De fondo se escucha el sonido de la radio.

—Comienzo mañana. Estoy deseando poder tener una semana para mí para poder despejarme del trabajo y de la vida en general. —Quiero terminar de sacar de mi piso todas las cosas de Alan, mi expareja. Su recuerdo hace que le dé vueltas de manera instintiva a la alianza que todavía llevo en el dedo y que en su momento no tuve valor para tirarle a la cabeza. Cuanto antes acabe de limpiar mi vida de su presencia, antes podré volver a tener una vida plena y sin preocupaciones. Ethan se da cuenta de expresión.

—Si necesitas una ayuda extra para sacar la basura... —Hace un gesto con las manos—. Puedo ayudarte, si quieres.

Sonrío. En la comisaría se portaron muy bien durante el mes que duró el luto tras sufrir el abandono del que había sido mi compañero de vida los últimos siete años. Agradezco en el alma haber estado ocupada ese tiempo y que me permitieran hacer turnos extra. Ahora, varios meses después y con la cabeza ordenada, me dispongo a aprovechar estos días para centrarme en mí todo lo que no me centré durante ese horrible mes. Por fin me siento fuerte como para dar carpetazo a mi antigua vida y recibir con los brazos abiertos esta nueva etapa.

—La basura es basura. En un viaje al contenedor, ya no quedará ni rastro de peste en mi piso. —Le guiño un ojo. Bajo la mirada hacia el montón de informes que tengo esparcidos por todo el escritorio. Ojalá fuera más ordenada. Suspiro con resignación recordándome que el orden iba a ser mi máxima a partir de ahora, ya que gracias a mi caos, tenía que ponerme a organizar y clasificar todos los informes antes de continuar con mis tareas para hoy.

Escucho el teléfono sonar. Espero que esta vez no sea por un gato que se ha escapado y se ha quedado en un árbol. O por adolescentes a los que han pillado robando unas latas de cerveza. El caso más emocionante que hemos tenido en las últimas semanas fue la noche en que tres vecinos del mismo bloque de pisos nos llamaron para quejarse de otro vecino que estaba viendo el fútbol y que, a voz en grito, blasfemaba o celebraba cada gol. Los casos que estamos teniendo están siendo todos de ese estilo. Ethan suelta un improperio y levanto la vista. Está con la mirada clavada en el ordenador y sus gafas parecen resbalar poco a poco por el puente de la nariz. Seguro que se le ha vuelto a bloquear el ordenador. Pasa a menudo. Tecnología de primera, nos dicen. Enciendo el mío y mis ojos se desvían hacia la hora. Son las cuatro y media de la tarde.

Me digo a mí misma que voy a invertir una preciosa media hora en organizar los informes de los casos en los que he estado trabajando los últimos meses. Con ese tiempo debería ser suficiente. La puerta del despacho de Ricci se abre y veo que se pone la

chaqueta marrón de manera apresurada.

—Walsh —dice haciéndome un gesto con el dedo mientras que camina hacia la puerta—, tenemos un caso.

Me levanto en seguida de la silla. No lo entiendo, el siguiente caso le tocaba a Ethan. No sé qué habrá pasado, pero desde luego no me gustaría comerme otra pelea vecinal. U otro altercado en algún bar. O unos jóvenes a los que les han pillado fumando marihuana. O unos adolescentes que estaban adornando fachadas con sus graffitis. En esta ciudad nunca pasa nada, y los trabajos más ambiciosos con los que nos hemos topado en los últimos días siempre venían derivados del departamento de homicidios de Dublín. Ethan nos mira a los dos. Me encojo de hombros.

—¿Otro caso, Ricci? Juraría que esta vez le toca a O'Brien — me aventuro. Agarro la chaqueta que reposa en el perchero de la entrada. Él me mira y arruga la boca, haciendo que su poblado bigote pelirrojo se mueva sutilmente.

—Creo conveniente que seas tú la que cubra el caso a pie de calle.

No puedo evitar una mirada de extrañeza. Por un momento, también desaparece de mi mente mi ansiada semana de vacaciones. Pero no rechisto. Ricci tendrá sus motivos para haberme dado el caso a mí. Y eso no hace más que aumentar mi curiosidad. Llegamos al coche patrulla y nos montamos. Él se pone al volante y suspira antes de arrancar.

—Tenemos una desaparición. Una chica de dieciséis años.

Llegamos a la Avenida Belgrave en diez minutos. Se trata de una zona residencial tranquila, aunque no es de los mejores barrios de la ciudad. La carretera es estrecha, pero no tenemos problemas para aparcar, encontramos un sitio más arriba de donde se encuentra la residencia de los Neissel.

Bajamos del coche y el viento despeina algunos mechones cortos que se me han salido del moño. Lo trato de colocar detrás de las orejas mientras que observo la fachada de la casa: se trata de una vivienda unifamiliar que forma parte de una estructura adosada. Las paredes exteriores son de un bonito color crema.

Noto cómo Ricci se para a mi lado unos segundos antes de caminar hacia la verja blanca. Entramos en el pequeño jardín de la casa, muy cuidado, y observo que una ventana de la primera planta está unos centímetros abierta. Mi compañero llama al timbre y dos segundos después, nos abre la puerta un hombre de mediana edad y pelo castaño cuyos ojos están enrojecidos. Intuyo que es el señor Neissel, el que ha efectuado la llamada.

—Buenas tardes, señor Neissel, somos el inspector Ricci y la teniente Walsh, de la brigada de homicidios y desaparecidos. Estaremos a cargo del caso. ¿Nos permite pasar?

Él se hace a un lado y entramos. Nos pide que esperemos mientras va a buscar a su mujer. El interior está decorado con mucho gusto. Miro con discreción unas fotos que hay sobre un mueble que se encuentra justo a la entrada del salón. Son fotografías familiares. Me parece un detalle muy bonito que, a pesar de encontrarnos en la era digital, todavía haya personas que se encarguen de enmarcar sus recuerdos. Tomo con delicadeza uno de los múltiples marcos de fotos donde se puede ver a una jovencita de ojos azules como el mar, pelo liso y castaño que le llega a la altura de los hombros, hoyuelos en las mejillas y una sonrisa simpática y llena de vida.

Unos pasos provenientes de la escalera principal me sacan de mi ensimismamiento y veo descender por ella a los señores Neissel. Dejo el marco de fotos en su sitio para poder saludar a la mujer como es debido. Tiene los mismos ojos que la niña y le tiemblan las manos. Me puedo imaginar muy bien por lo que estará pasando esta familia en estos momentos.

La señora Neissel nos invita a sentarnos en el sofá. Ella y su marido se sientan en uno más pequeño a nuestra derecha. No se atreven a abrir la boca, como si pensarán que el mero hecho de decir alguna palabra pudiera ser desencadenante de alguna terrible noticia. Saco una grabadora de voz del bolsillo de mi chaqueta y la deposito con un ruido sordo en el centro de la mesa de cristal en torno a la cual nos encontramos.

—Nos dijeron que se dieron cuenta de la desaparición de su hija esta tarde cuando ella tenía que haber acudido a su puesto de trabajo. —Mi compañero comienza a hacerles preguntas mientras yo me dedico a recorrer de nuevo con la mirada toda la estancia en la que nos encontramos, buscando algo anormal.

—Cuando llegué del trabajo observé que no había movimiento en la casa. Entré en su cuarto para ver si estaba ahí, pero... La cama estaba hecha, como si no se hubiera acostado. Entonces llamé a Amy a la oficina para contárselo...

—Fue mi culpa —interrumpe Amy Neissel, al borde de las lágrimas—. Yo le dije que esperara, que tal vez Lilith estaría con las chicas, que habría madrugado y se habría ido temprano para que les cundiera la mañana porque ella luego trabaja. Que luego a las cuatro la llamaríamos al trabajo.— Ricci anotaba todos los datos que creía relevantes en su cuaderno. La señora Neissel termina por romperse en lágrimas—. Pero a las cuatro en punto nos llamó su jefe para preguntarnos por ella... Lilith no es de ese tipo de chicas que no dice dónde va. Es muy responsable y este comportamiento no es propio de ella, no sabemos...

—¿Cuándo fue la última vez que vieron a Lilith? —intervengo.

—Anoche... Sobre las diez y cuarto más o menos —comenta el señor Neissel. Su esposa asiente—. Volvió cansada del trabajo, estuvo un rato con nosotros aquí, leyendo...

—...nos dio las buenas noches y se metió en su habitación a dormir. Y ya después de eso...

Ricci hace un movimiento de asentimiento con la cabeza. Nos quedamos un momento en silencio, interrumpido por los sollozos de Amy Neissel. Entonces me levanto y me paso la mano por la frente.

—¿Podría echar un vistazo en la habitación de Lilith? —pregunto. Ricci sigue anotando las respuestas que la da la mujer a las preguntas que le hace sobre las rutinas diarias de su hija. El señor Neissel se levanta y me indica que le acompañe.

Atravesamos el salón y giramos a la derecha. La puerta está cerrada, pero el hombre la abre. Me introduzco en el interior de la habitación. Es el típico cuarto adolescente con muchos cojines sobre la cama, un peluche gigante de un oso sobre una silla, un escritorio lleno de material, libretas, lápices, un jarrón con tres rosas rojas que tal vez vengan del jardín de la casa, un portátil; un corcho con fotos de la chica con sus amigos... No hay nada fuera de lugar. Entonces me fijo en la ventana, me acerco y veo que da al jardín. Recuerdo. Me coloco los guantes de látex mientras bajo la mirada y apoyo mis manos en el cristal. La ventana está dos dedos abierta, la manera perfecta para poder volver a entrar en la vivienda desde fuera sin tener que hacer ruido con las llaves en la cerradura.

—No hemos tocado nada, está todo tal cual lo ha dejado Lilith.

Vuelvo a mirar la habitación. Un par de zapatillas deportivas sobresalen de debajo de la cama, un montón de ropa sobre un silloncito que se encuentra delante de una estantería llena de libros, un atrapasueños y una guirnalda de luces led que adornan el cabecero de la cama. Entonces reparo en un cargador que cuelga de un enchufe y unas gafas que están encima del portátil.

—¿Cabría la posibilidad, señor Neissel, de que Lilith se hubiera escapado con alguien?

La cara de terror del hombre me da a entender que no sabe muy bien cómo funciona el mundo adolescente. Y me pregunto cuántas cosas no sabrá de su hija. Ahora es cuando entiendo por qué Ricci me ha dado este caso.

—No... Lilith es una persona muy responsable, no se hubiera ido sin avisar, no es propio de ella.

Me vuelvo hacia la ventana e introduzco mis dedos por la abertura justo en el momento en el que Ricci hace acto de aparición.

—Lilith se debió de escapar anoche —explico mi suposición—, poco tiempo después de meterse en la habitación. Y dejó la ventana un poco abierta para que, cuando regresara, pudiera entrar por aquí sin hacer ruido. Es algo típico para que los padres no se enteren de que sus hijos se han escapado de noche para salir con los amigos.

Levanto el cristal unos centímetros más demostrando mi teoría. Ricci me hace un gesto con la mano para que me acerque. El señor Neissel nos mira con preocupación. Mi jefe pone la mano en mi espalda y me conduce de nuevo al salón. Brian Neissel nos sigue.

—La mejor amiga de la niña acaba de llamar al teléfono móvil de Amy Neissel preocupada porque Lilith no le ha respondido ninguno de los mensajes de texto que le ha enviado a lo largo del día de hoy.

Asiento. Veo cómo el señor Neissel se acerca a su esposa para consolarla y escucho algunos fragmentos de la conversación que tiene la pareja, hablando de lo mismo que me ha contado Ricci. Mi compañero me devuelve la grabadora mientras yo resoplo.

—La noticia se va a extender como la pólvora. Tenemos que evitar que los padres entren en pánico, porque todo apunta a que la chica se fugó anoche. Y si eso es así... No van a activar de momento la Alerta AMBER³.

—No me gusta nada cómo pinta esto, Walsh... —Ricci mira a los padres de la niña—. La amiga de Lilith le ha confesado que anoche ella, Lilith y otra chica se escaparon de casa para dar una vuelta, pero que ellas dejaron a la niña a las doce menos cuarto al final de la calle para que no se escuchara el motor ni se vieran las luces del coche. Dice que la vieron entrar en la casa. Estaban solas en la calle, de manera que las dos únicas posibles testigos nos están desmontando la hipótesis de que se pueda tratar de un secuestro.

Le miro sin comprender. Si las amigas dejaron a Lilith en su calle y la vieron entrar en el jardín, no le pudo pasar nada en los tres minutos literales que hay desde el inicio de la calle hasta aquí. Lilith nunca volvió a entrar en su casa, como demuestra la pequeña apertura de su ventana y tampoco pudo ser secuestrada, porque sus amigas vieron cómo entraba en el jardín. Así que, lo único que pudo hacer, en cuanto vio el coche de sus amigas desaparecer, fue irse de nuevo. Pero... ¿por qué? ¿Con quién?

—Vamos a tener que interrogar a las amigas. Tal vez Lilith les dijo algo que nos pueda llevar a dar el siguiente paso —continúa mi compañero. Entonces recuerdo algo. Podemos

tener una cosa más.

—Las cámaras de vigilancia... —Le dejo con la palabra en la boca y me dispongo a salir de nuevo a la calle seguida por él y por los asustados padres.

Abro la verja y me coloco justo en el mismo lugar en el que me había quedado parada al salir del coche observando la fachada de la vivienda. Es entonces cuando mis ojos se dirigen hacia un ángulo superior, justo en la esquina de la segunda planta, y la veo; en un primer momento no había llamado mi atención de una forma tan significativa: una cámara de vigilancia. Ricci se coloca a mi lado. Antes de decirme nada, le señalo el pequeño aparato negro.

—Puede ser que tengamos más de lo que pensamos.

Él me mira, y mira hacia los señores Neissel, que nos esperan a medio camino entre la casa y la verja.

—¿Les importaría cedernos las grabaciones de las cámaras de seguridad?

¹³ Es un sistema de notificación de menores de edad desaparecidos, implementado en varios países desde 1996. Su nombre hace referencia a la niña Amber Hagerman que fue secuestrada y encontrada sin vida unos días después.

Los expertos alertan de que las primeras horas en la desaparición de un menor de edad son de vital importancia para poder encontrarle con vida. Sus datos, fotografías e incluso descripciones de posibles sospechosos son retransmitidas de manera casi inmediata en los medios de comunicación y pantallas electrónicas entre otras.

Una alerta AMBER se activa si el desaparecido es un menor de dieciocho años cuando su desaparición es validada por un departamento de policía y suponga un riesgo en cuanto a la integridad del menor (como por ejemplo, un secuestro).

XIII

QUEENIE

Me sorprende que Amy coja el teléfono tan deprisa. Estoy tumbada en la cama, con el portátil encendido sobre la colcha y jugueteo con un pequeño peluche.

—Hola, Queenie, cariño...

Noto que tiene la voz tomada.

—¡Hola, Amy! Verás, es que... Llevo todo el día escribiendo mensajes a Lilith para ver si le apetecía quedar después del trabajo, y no me contesta... A la hora de comer, la llamé al móvil pero no me da señal y ni siquiera la puedo localizar por redes sociales. —Bajo la pantalla del portátil—. ¿Puedes decirle que me llame cuando vuelva del trabajo?

Un silencio sepulcral al otro lado de la línea. Escucho un sollozo proveniente de la madre de mi amiga. El corazón me late muy, muy deprisa.

—Cariño... Estamos con la policía ahora mismo... Lilith... No sabemos nada de ella desde anoche. No sabemos si es que se escapó por la noche con alguien. No ha ido a trabajar... No sabemos...

La mujer se derrumba, aunque noto que está tratando de parecer serena para que a mí no me entre el pánico.

—Pero... ¿La policía? Si está la policía es porque la van a encontrar, ¿verdad?

El tono de mi voz comienza también a ser angustioso.

—Sí, cariño, claro que la van a encontrar, pero ahora necesitamos saber qué es lo que pasó y con quién se fue... ¿Hablasteis anoche?

Trago saliva. Ha llegado el momento de contárselo.

—Sí... Me dijo que estaba muy cansada del trabajo. Y yo le dije que iba a quedar con Teagan para dar una vuelta y... y... *Fumar*. —Es la primera vez que le digo a un adulto que fumamos. Espero que la madre de Lilith no se lo cuente a la mía—. Estuvimos dando una vuelta con el coche por el centro, pero es que ni nos llegamos a bajar... Y a las doce menos cuarto la dejamos al inicio de la calle, porque Lilith nos lo pidió para no despertarnos y que descubrierais que se había venido con nosotras a dar una vuelta. Ella no quería que la pillarais y os enfadarais con ella. Y sé que era esa hora porque Teagan miró el móvil y dijo que la dejábamos en casa casi a la misma hora que a Cenicienta. Lilith caminó hacia la verja, la vimos entrar y nos dijo adiós con la mano.

Me obligo a respirar más fuerte, lo que hace que el tono de voz se eleve. Mi madre ha entrado preocupada. Al ver mi cara, se sienta conmigo en la cama y posa la mano en mi rodilla.

—¡Oh, Dios mío, es culpa nuestra! Tuvimos que asegurarnos de que entraba por la puerta...

—No, no, cariño. Tranquila. Con esto que me has contado nos ayudas mucho. Esto les va a servir para poder encontrarla, ya verás...

Cuelgo el teléfono. Tengo que escribir a Teagan. Es todo lo que se sabe de momento. Se lo cuento a mi madre, calmada. Morgan entra también en mi habitación y se queda parada en la puerta, sin decir nada, mirándome con los ojos entrecerrados, unas ojeras hasta el suelo y la boca fruncida. Seguro que anoche se pegó una buena fiesta y bebió más de la cuenta. A

saber.

—¿Le ha pasado algo a Lilith?—miro a mi hermana. Ella sigue quieta y relajada, apoyada en el marco de la puerta. Joder. Lo sabe.

Me miró de una manera muy extraña ayer cuando me vio aparecer en el jardín. No esperaba encontrármela pero estuve hablando un poco con Teagan en la puerta de su casa y llegué más tarde de lo que tenía previsto.

—Lilith ha desaparecido —repito en un susurro—. Lilith... No. La van a encontrar. Claro que sí. No. La van a encontrar...

Mi madre me abraza, tratando de calmarme. Morgan me mira y me apunta con sus dedos como si estuviera cogiendo una pistola. Dispara hacia mí, articulando un insonoro pum con los labios.

INSPECTOR RICCI

Vuelvo a ver la grabación de la cámara de seguridad de la casa de los Neissel. A pesar de que está prohibido fumar dentro de la comisaría, me enciendo un cigarro mentolado mientras que la grabación se pone en marcha. Doy una profunda calada y me froto los ojos con los dedos índice y pulgar. Ahí está de nuevo. Lilith. La imagen está muy pixelada y es en blanco y negro, de manera que es complicado distinguir quién es la persona que conduce el vehículo o incluso la matrícula del mismo. En la cinta se ve que la chica sale del jardín de su casa sin mirar atrás y da cinco pasos como mucho. Paro la grabación en el momento en el que Lilith se mete en el coche y este arranca. Me acerco a la pantalla del ordenador y entrecierro los ojos con la esperanza de poder distinguir algo. Por la silueta del coche quiero creer que se trata de un Cadillac, y por la intensidad del blanco y negro de su carrocería en la grabación me aventuro a decir que el color del vehículo será bastante claro.

Anoto estos datos en un *post-it* que pego encima de la primera hoja del informe del caso.

- Cadillac
- Color: claro.
- Lilith se sube al coche. No coacción.

Continúo con la grabación y me doy cuenta de que con la calidad de vídeo que tenemos, estos datos que me he aventurado a adivinar valen lo mismo que nada. Compruebo una vez más la hora que he anotado en el informe redactado gracias a las declaraciones de los padres de Neissel con la que marca la cámara de seguridad: las doce y cuarto.

Según la declaración telefónica de la amiga de la niña, la grabación sería de media hora después de que sus amigas la hubieran dejado a pocos metros de su casa.

Le doy otra calada al cigarro. Media hora. Es extraño que las cámaras solo hayan captado la segunda vez que la adolescente salió de su hogar. Ningún coche pasa por la casa de los Neissel antes de las doce y cuarto. Las chicas son adolescentes, pueden tener sus secretos y protegerse las unas a otras con la vida si hace falta. La chica que habló con la señora Neissel es su supuesta mejor amiga.

Me rasco el mentón. Las horas no encajan. En ese tiempo que transcurre, se tendría que ver a Lilith moverse por el jardín, protegerse del frío, andar, asomarse a la verja a ver si venían a buscarla.

Lo más probable es que ni siquiera se fuera con sus amigas.

¿Un novio secreto, tal vez? Los padres de Lilith nos han asegurado que la chica no mantenía ninguna relación romántica con ningún chico. Aunque, por experiencia propia, si el chico en cuestión no resulta del agrado de los padres, las adolescentes pueden hacer bastantes tonterías con tal de verle o pasar un rato con él.

Suspiro mientras trato de apartar de mi mente el recuerdo de cierto caso acontecido hace ya bastantes años. Uno de mis primeros, en los que tuve que enfrentarme a una desaparición voluntaria de una menor de edad a la vez que a un 1.4.⁴ No fue el único caso de esas características al que me he tenido que enfrentar en todos mis años de servicio. Pero, sin duda, ha sido el que más repercusión ha tenido en mi vida.

Los adolescentes son complicados. Y cuando desaparecen sin dejar rastro, lo son más

todavía. Apago el cigarro espachurrándolo contra el suelo del cenicero y suspiro: si la chica entró en el auto por voluntad propia, el caso se tratará como una fuga, no como un secuestro. Y eso le restará importancia, porque se esperará en todo momento que la chica vuelva a aparecer haciendo que una posible víctima no lo sea. Pienso en Walsh. Tal vez ella pueda mover algunos hilos para conseguir que el caso sea activado de manera inmediata con la alerta AMBER, pero de momento me parece que es algo imposible. Siempre he pensado que, tratándose de menores de edad, la alerta AMBER debería ser el primer protocolo a seguir, sean cuales sean las circunstancias de la desaparición.

Como si me hubiera leído el pensamiento, veo la silueta de mi compañera recortada por el cristal de la puerta de mi despacho. Acto seguido, dos toques rápidos e insistentes. Le digo que pase. Entra con las manos en los bolsillos de sus pantalones, con el ceño fruncido y la mirada dura y fría como el hielo.

—No cuadran las horas, Walsh... —digo mientras que le hago un gesto para que tome asiento enfrente de mi mesa—. Lilith se mete en un coche desconocido media hora después de que sus amigas la dejen en casa.

Ella entrecierra los ojos. Entiendo por su expresión que intuye por dónde quiero llevar el caso.

—No tiene pinta de que la chica se haya ido y haya decidido no volver a comunicarse con los padres, ni con sus jefes y mucho menos con su mejor amiga. Tiene dieciséis años.

—Por eso es precisamente por lo que creo que ha podido escaparse con un noviete. Con alguien que a sus padres no les agradara, tal vez con un chico mayor de edad, un universitario. —Mi compañera pone los ojos en blanco. No trato de hacerle recordar malas épocas. Pero estoy harto ya de ver casos así donde los adolescentes se fugan un día, dos. Y luego vuelven con un novio rebelde del brazo y en algunos casos con un bebé en las entrañas.

—No tiene pinta de que Lilith sea ese tipo de chica. Ella, por lo que sabemos, es una persona feliz. —Tamborilea con parsimonia sobre la madera—. Quiero volver a la residencia Neissel, Ricci. Tengo varias teorías y necesito conocer un poco más sobre la vida de esta chica. Qué le gustaba, qué no, sus contactos en redes sociales, sus notas en el instituto...

—¿Qué tipo de teoría? —Walsh se inclina sobre la mesa y señala la pantalla del ordenador donde aún se encuentra congelada la última imagen de Lilith Neissel antes de desaparecer en el interior del vehículo. Como si fuera una aparición fantasmal que solo existe en el momento en el que pulsamos el *play*.

—Tal vez estamos enfocando esto de una manera equivocada. ¿Y si Lilith nunca llegó a ver a sus amigas? ¿Y si se fue con otra persona y su amiga está encubriéndola? Sería la única manera de poder situar a la chica en espacio tiempo durante esa media hora. —Walsh sonrío mientras que vuelve a posar su dedo índice en la imagen pixelada de la niña y me mira directamente a los ojos—. Pongamos que Lilith llega a casa y habla con su mejor amiga. Le dice que ha quedado con alguien que la pasará a buscar a casa a medianoche y que no puede escaparse con ellas. Y aunque no espera que sus padres se despierten y la pillen con las manos en la masa, la chica se asegura una coartada: dirían que esa noche estuvieron juntas. Ella se va, pero las cosas se tuercen.

»Es la única manera en la que puedo comprar tu teoría del posible novio: los chicos se van, tal vez consumen alguna droga ... Y a la chica le pasa algo: una intoxicación, una

discusión con la otra persona...

—Adara... No te vayas al terreno personal. —Ella me mira desafiante.

—No me voy al terreno personal. Me refería a que tal vez la persona con la que Lilith se marchó la puede tener retenida en el peor de los casos. O que tal vez le sucediera algo durante ese tiempo y la persona con la que estuvo no haya dicho nada por miedo a las represalias. Si estuvo con un chico mayor de edad que le suministró drogas, las consecuencias serían todas para él.

—Ya sabes que las primeras veinticuatro horas son cruciales para determinar la suerte de la víctima. Si algo así hubiera pasado, nos hubiera llegado algún tipo de aviso aunque fuera de un hospital.

Walsh frunce el ceño. Si me concentro lo suficiente, puedo ser capaz de ver sus neuronas trabajar a toda velocidad tratando de ensamblar todas las piezas del rompecabezas.

—Lo único que trato de hacer—continúa ella— es construir una hipótesis sobre los hechos, que sin duda es la que más fácil solución tendría. Solo tenemos una grabación de mala calidad y el testimonio de la mejor amiga de la niña que es contradictorio a lo que Lilith hizo en verdad. —Veo que mi compañera hace amago de hablar, pero sus palabras mueren en sus labios—. Repito, solo basándome en una hipótesis y en los pocos datos y testimonios que tenemos: la chica es menor de edad, por eso es de vital importancia que su caso sea visible desde ya por todo el país. La coartada de Lilith desaparece con el testimonio de su amiga, podemos dar la orden para que se active la alerta AMBER. —Walsh comienza a ponerse nerviosa. Sé lo que pretende al igual que sé que es casi imposible que funcione.

—Sabes de sobra que no lo van a tratar como un asunto prioritario por mucho que sea menor de edad. Las imágenes muestran una fuga adolescente, nadie estaba coartando a Lilith para que se fuera a ningún lado. No van a activar la alerta AMBER por mucho que les roguemos. Hasta que se demuestre lo contrario, la chica se ha marchado por voluntad propia.

—Por eso que quiero volver a hacerles una visita a los padres. Algo me dice que a la chica le ha pasado algo. Necesita nuestra ayuda, tal vez está retenida en alguna parte. Y, si me permites la observación, en las grabaciones solo se ve a la chica abandonar su casa una vez. No dos como estamos pensando. Estoy segura de que el motivo por el cual Lilith Neissel se metió en ese coche después de haber estado, supuestamente, con sus mejores amigas tuvo que ser por algo de extrema urgencia. Algo tan urgente y rápido que no le dejó tiempo para contárselo a sus amigas, si es verdad que la noche de su desaparición estuvo un rato con ellas y ese detalle no se trata solo de una falsa coartada que las amigas están repitiendo como loros para encubirla.

Mi compañera se levanta del asiento y se dirige hacia la puerta sin esperar a que le dé mi aprobación para llevar a cabo el siguiente movimiento. En vez de eso, le lanzo una pregunta.

—¿Cómo puede ser que sientas una certeza tan absoluta de que esto no es una fuga?

Walsh me lanza una sonrisa triste mientras abre la puerta y mira su reloj de pulsera.

—Porque los adolescentes solo necesitan una noche fuera de casa para darse cuenta que no se pueden valer aún por sí solos. Estamos casi a punto de cumplir veinticuatro horas sin tener ni rastro de la niña. Si se hubiera escapado por voluntad propia, ya habría vuelto.

[14](#) Código policial que hace referencia a un atropello.

XIV

TEAGAN

Hace un día muy bueno, pero hemos decidido coger los chubasqueros por si acaso. Respiro una bocanada de aire puro en cuanto llegamos a los acantilados de Moher. Mi madre charla animadamente con mi primo mayor mientras que hace una foto. Escucho a tía Elaine llamarme. Me he quedado absorta en mis pensamientos y no me he dado cuenta de que mis padres, tíos y primos han continuado con la ruta. Echo a correr para alcanzarlos. Noto que la herida de la pierna me da un pinchazo un tanto desagradable, pero no me importa, me siento ligera y feliz. Mi tía me mira sonriente y cuando llego a su altura me pasa el brazo por encima del hombro.

—¿Te lo estás pasando bien, Teagan?

Asiento y sonrío a su vez. Noto que cojeo un poco, pero a pesar de que es algo apenas perceptible, tía Elaine parece darse cuenta y se detiene, preocupada.

—¿Estás bien, cielo? —Vuelvo a asentir, restándole importancia. Ella baja la mirada y veo que sus ojos se posan en la herida. La miro sin mudar la expresión—. Madre mía, Teagan, ¿cómo te has hecho eso?

Se agacha para observar mejor. Miro hacia otro lado. Ha sido un logro que me dejara de sangrar: sin querer, he comenzado a rascarme la herida porque me picaba y me he fastidiado la débil costrilla que ya tenía.

—Antes, cuando he ido al baño, he tropezado y me he clavado la esquina de uno de los escalones. Soy una torpe. —Trato de quitarle importancia.

—Tenemos que desinfectarte esto bien... —Rebusca en su mochila. Creo que trata de encontrar la cantimplora con agua, pero la detengo.

—No, no, estoy bien, de verdad, tía. Ya me di agua y un poco de jabón en el baño para que parara de sangrar. —Compongo mi mejor sonrisa—. Prefiero desinfectarla ya en casa con tranquilidad, al final nos vamos a perder toda la ruta —añado señalando al resto de la familia, que se encuentra bastantes metros por delante de nosotras. Sonríe, aunque no sé si convencida—. ¿Nos hacemos una foto para que les enseñe a mis amigas dónde estamos?

Asiente mientras saco el móvil y enciendo la cámara. Nos juntamos y hago la foto. Me gusta como hemos salido. Ella echa a andar mientras que yo me dispongo a subir la foto a Twitter y a Instagram, justo cuando me entra un mensaje por privado de Queenie:

Queenie

Lilith ha desaparecido. He hablado con su madre hace un momento y me lo ha dicho. La policía está con ellos ahora.

Me quedo petrificada en el sitio. Trago saliva. Escucho que me llaman. Yo sigo mirando el mensaje de mi amiga. No soy capaz de moverme. Noto que la presencia de mi tía se hace tangible a mi lado porque me mueve con suavidad el brazo, pero mis piernas parecen haber olvidado cómo tienen que hacer para caminar. Escucho mi nombre como si viniera de muy, muy lejos.

La miro sin lograr articular palabra y le enseño la pantalla del móvil donde todavía está el mensaje de Queenie.

TENIENTE WALSH

Hacer una segunda visita al hogar de los familiares de una persona desaparecida suele traer varias posibilidades consigo: que la familia entre en pánico porque piensen que les vas a dar malas noticias; que piensen que estás ocultándoles detalles cruciales y comiencen a entorpecer la investigación o que se creen que el caso está casi resuelto y se creen falsas esperanzas.

Noto en seguida en los ojos de Amy Neissel una chispa de esperanza que se convierte en una mueca de angustia cuando le digo que necesito echarle otro vistazo a la habitación de su hija. Sin hacer preguntas, los padres de Lilith me guían y me dejan intimidad para que haga mi trabajo. Todo está tal cual lo hemos dejado. Ya me había fijado en algunos detalles que me hacen pensar en que la chica tenía pensamientos de volver al hogar: el cargador del móvil o las gafas me parecen algo esencial que Lilith necesitará tarde o temprano. Es muy extraño que, si no tuviera pensamiento de volver, hubiera dejado esos enseres personales.

Me aproximo al escritorio con cuidado y me pongo un par de guantes de látex que he metido antes de venir en el bolsillo de mi chaqueta. Muevo con cuidado las pertenencias de Lilith hasta que doy con un objeto que tal vez me pueda ayudar en la investigación: su diario. Lo abro con cuidado y estudio la letra. No hay muchas páginas escritas, por lo que llego a la conclusión de que ese libro no es el sitio donde la chica suele volcar sus pensamientos. Aun así, lo dejo en un lugar visible para acordarme de llevármelo a la comisaría y estudiarlo. Mis ojos se posan en el portátil: Lilith es una adolescente. Y los adolescentes están a todas horas en las redes sociales. Me siento en la silla del escritorio y aparto con cuidado las gafas que reposan sobre el ordenador. Lo enciendo y al segundo me aparece una pantalla de bloqueo con una foto de Lilith y otras dos chicas. Las tres muchachas miran sonrientes a la cámara. Las tres van vestidas con ropa muy parecida. Las tres tienen los ojos azules. Podrían pasar por clones, si no fuera porque Lilith es la más bajita de las tres y es la única que tiene el pelo castaño: las otras dos muchachas lo lucen mucho más largo. Una es pelirroja y la otra lo lleva teñido de rubio.

Pulso el botón del ratón y accedo al escritorio, alegrándome de que Lilith no tenga una contraseña de acceso. Eso solo me dificultaría el trabajo, ya que tendría que pedir un permiso especial para descryptar el ordenador de la joven.

Abro el buscador de internet y reviso el historial: además de páginas de tiendas de ropa, restaurantes, carteleras de cine, YouTube y Netflix, la actividad de Lilith se centra en las redes sociales: Instagram y Twitter. Reviso la primera y tampoco encuentro gran cantidad de cosas que puedan ser de ayuda para resolver qué le ha pasado a la chica: fotos de paisajes, de ella misma, de apuntes, de comida... Echo un vistazo por la lista de usuarios que la siguen y que ella sigue: la gran mayoría parecen ser compañeros del instituto, además de varias cuentas de artistas famosas.

Abro la página de Twitter y me encuentro que tiene muchas más publicaciones que en Instagram. Y me doy cuenta de que el último *tweet* se corresponde con la última interacción de Lilith en redes sociales antes de desaparecer. Además de este, los dos *tweets* anteriores me crean un vacío en el estómago.

JAMÁS podré confiar plenamente en ti si sigues haciendo toda esa mierda y comportándote así.

Lilith neissel @littlelilith_lilo · 12 jul
el estrés me va a matar.

Lilith neissel @littlelilith_lilo · 12 jul
estoy harta de estar en mi puta casa. Gracias “amigas”, me encanta salir con vosotras también. Disfrutad de la tarde.

Me entra un escalofrío cuando leo el último *tweet* de la chica y compruebo el día que fue publicado. Pincho sobre él y además puedo acceder a la hora a la que fue enviado: las doce menos veinte. Hora a la que Lilith, según contó en la llamada telefónica su amiga, estaría aún con ellas. De manera que si Lilith hubiera estado con ellas, les hubiera contado el motivo por el que estaba *twitteando* algo así.

«¿En quién no podías confiar, Lilith? ¿Escribiste este *tweet* aconsejada por tus amigas como si se tratase de una indirecta hacia alguien? ¿Fue ese *tweet* la causa de tu desaparición? ¿Qué secretos escondes, Lilith?». Miro la bandeja de los mensajes privados de la chica. Ni uno solo de esa noche.

Se me encoge el corazón cuando escucho a mi voz interior que me asegura que esa última interacción de la chica en redes, su desaparición y el descuadre horario no son para nada buena señal. Empiezo a plantearme muy en serio que la joven en ningún momento pasó un rato de esa noche con sus mejores amigas y que lo que capta la cámara corresponde al momento en el que desapareció en el coche misterioso. Entonces me doy cuenta de que las amigas saben más de lo que una de ellas le dijo a la señora Neissel.

Abro la aplicación de notas de mi móvil y tecleo el nombre de usuario de las redes sociales de Lilith. Llamo a Ricci para decirle que me llevo tanto el ordenador como el diario para ver si podemos encontrar alguna evidencia. Le doy el número de la orden que aparece en el papel que me tienen que firmar los Neissel, para tener un respaldo legal en cuanto a los bienes de su hija que vamos a analizar.

Ante la pregunta de mi compañero acerca de si he llegado a alguna conclusión en esta segunda visita, suspiro. Miro el corcho que se encuentra encima de la mesa del escritorio, donde hay varias fotos y escritos. Desde todas ellas, Lilith sonríe.

—Tengo un mal presentimiento, Ricci. Quiero ir a interrogar a las amigas con las que supuestamente Lilith estuvo la noche que desapareció.

XV

BECKA

Estoy a punto de irme a dormir cuando decido comprobar que no tengo ninguna notificación nueva en mis redes sociales. Me meto a Instagram y cargo la página. Paso de mirar las historias y me voy a ver los post nuevos.

No pasa mucho tiempo hasta que me aparece un post que me parece cuando menos... raro. No por la imagen, sino por el pie de foto. Se trata de un post que ha subido Queenie hace poco más de dos horas.

queenieendler

Te echo de menos.

Lilith, por favor, vuelve a casa. Hoy ha sido el peor día de mi vida con diferencia. Estamos todos muy preocupados por ti, no respondes al teléfono y yo no puedo soportar un día más sin saber qué te ha pasado. Por favor, difundid!!! Mi mejor amiga ha desaparecido, ayudadnos a encontrarla, cualquier información, a la policía por favor!!!

Tiene que ser una coña. La Abeja Reina tiene que estar vacilando. Llamando la atención como hace siempre. Me meto en seguida en comentarios. Hay bastantes. Muchos son de gente de nuestro instituto.

Me tiemblan un poco las manos cuando me salgo de la aplicación y me voy directa a la libreta de direcciones. Pulso sobre el nombre de Lilith y me llevo el teléfono a la oreja. Un tono. Y el contestador diciéndome que el teléfono al que llamo está apagado o fuera de cobertura.

Un sudor frío me recorre la frente y noto que mi corazón se acelera. Lilith nunca apaga su teléfono móvil, ni siquiera cuando está en el trabajo. Corro a Twitter y veo más de lo mismo. *Tweets* y *retweets* de Teagan, Queenie, gente del instituto e incluso de familiares de Lilith.

No puede ser. No sé si por inercia o porque no quiero aceptar lo que estoy leyendo, vuelvo a marcar el número de mi amiga, obteniendo la misma respuesta que la primera vez. Comienzo a sentir que la sangre se convierte en hielo en mis venas mientras que un hormigueo desagradable se aloja en mi estómago.

¿Cómo narices ha podido desaparecer? De noche, encima. No entiendo nada, hay algo que se me escapa. Es imposible, Lilith no desaparecería así como así a no ser que hubiera un motivo para ello.

Me quedo tendida en la cama, conteniendo la respiración hasta que noto que me estoy mareando. La pantalla de mi teléfono móvil se apaga.

«Lilith, ¿dónde narices te has metido?».

TENIENTE WALSH

Gracias a los datos que me dieron los Neissel, obtengo los nombres de las dos mejores amigas de Lilith: Teagan Stewart y Queenie Endler. Al no tener una orden formal y tener que hacer un pequeño interrogatorio a todas las personas cercanas a Lilith, Ricci y yo nos dividimos el trabajo, siendo él el encargado de ir a visitar la casa de los Endler mientras que yo voy a la de los Stewart.

Presiono el timbre un par de veces rápidas y al cabo de unos segundos, una mujer pelirroja y más bien bajita, me recibe con una sonrisa amable.

—¿Sí?

—Buenas tardes, señora Stewart, soy la teniente Walsh. —Le muestro mi placa mientras que su expresión pasa de ser risueña a estar perdida—. Vengo en relación a la desaparición de la amiga de su hija, Lilith Neissel...

—¡Oh, sí!, pase por favor. —Se echa a un lado para dejarme pasar—. Es un asunto horrible, Teagan está destrozada desde que se enteró... —Se coloca al pie de la escalera que lleva a la planta superior—. ¡Teagan, Teagan, baja un momento, por favor!

—Es mera formalidad, estamos interrogando a todas las personas cercanas a Lilith para tratar de establecer un código de conducta en su caso. No tiene que preocuparse por su hija.

En ese preciso instante, una adolescente pelirroja, de pelo largo y liso llega hasta donde estamos nosotras. Es una chica preciosa. Lleva un vestido plisado de color mostaza que resalta la palidez de su bello y pecoso rostro surcado por unas ojeras violáceas. Sus labios sonrosados componen una línea recta que endurece sus facciones. Me fijo también en que tiene una costra de una herida con una pinta bastante fea un poco más arriba del tobillo. Me mira de arriba abajo y no llego a estar segura de si ha logrado deducir que formo parte del cuerpo de la policía. Su madre me invita a pasar a una enorme sala de estar, decorada de una manera presuntuosa. Teagan nos sigue en el más absoluto de los silencios, deslizándose con sigilo como un felino que espera encontrar el momento adecuado para lanzarse sobre su presa. Me siento en una de las butacas mientras que Teagan y su madre se acomodan en el sofá.

—¿Quiere algo, señorita Walsh? ¿Un vaso de agua, tal vez?

Niego con la cabeza mientras le sonrío y desvío la mirada hacia Teagan.

—Teagan, cielo, ¿quieres que me quede? —pregunta la señora Stewart de nuevo, sin darme tiempo siquiera a abrir a boca.

La chica me mira a mí, confusa.

Hago un gesto con mis manos.

—Eres menor de edad, pero esto no es un interrogatorio, así que no tienes que preocuparte. —Apoyo los codos sobre las rodillas y miro a la adolescente a los ojos. Ella se pone colorada—. Lo que tú prefieras, Teagan, van a ser solo unas preguntas rutinarias como les estamos haciendo a todos los familiares y amigos cercanos de Lilith.

La muchacha respira aliviada.

—Está bien. Mamá, no es necesario que te quedes. No pasa nada.

La señora Stewart se encoge de hombros y se acerca a la frente de su hija en la que planta un suave beso antes de dejarnos solas. Observo a la adolescente sin decir nada. Sus ojos comienzan a ponerse vidriosos.

—¿Habéis encontrado a Lilith? —pregunta, con la voz quebrada.

—Estamos en ello, Teagan. Aunque para eso necesitamos toda la ayuda posible. —Ella asiente, decidida—. Por eso necesito que me cuentes cosas sobre ella.

—¡Oh! —Sonríe mientras que se seca una lágrima antes de que llegue a rodar por su mejilla—. Lilith es buena y cariñosa. Siempre intenta ayudar a los demás.

—¿Tiene muchos amigos?

—¡Sí! Bueno, Queenie y yo somos sus mejores amigas, aunque se lleva muy bien con los chicos de su trabajo, con Morgan, la hermana de Queenie, con Becka, con Izan... Es popular.

—¿Sabes si le gusta algún chico, o si tiene algún novio...?

—No, Lilith de momento no está interesada en chicos. Le importa más sacar buenas notas. Además, siempre nos lo dice, que entre el instituto y el trabajo no tiene apenas tiempo libre. Y el tiempo que tiene lo pasa siempre con nosotras.

—¿Con...?

—Queenie y yo.

Asiento.

—Teagan, ¿qué pasó la última noche que salisteis con Lilith?

—Pues... Habíamos quedado para fumar... Por eso no quería que mi madre estuviera presente. No se lo diga, por favor... —Yo niego, tratando de darle toda la confianza posible para que continúe con su relato.

—Pasamos a recoger a Lilith a las once en punto porque queríamos dar una vuelta rápida con el coche por el centro. No nos llegamos a bajar siquiera porque además hacía un poco de frío. Estuvimos riéndonos, hablando de nuestras cosas, de los planes que haríamos durante este verano... Y a las doce menos cuarto dejamos a Lilith en su casa. Estaba cansada del trabajo, según nos dijo. Luego Queenie me dejó a mí y se fue a la suya.

—¿Notasteis algo raro en Lilith que os preocupara?

Teagan niega con la cabeza a la vez que empieza a llorar. Termino de anotar algunos datos del relato de Teagan mientras que llora cada vez más desconsolada. Cuando termino le prometo que vamos a encontrar a su amiga y que muy pronto estarán de nuevo las tres juntas, y le agradezco su colaboración.

Teagan se enjuga los ojos, tratando de adoptar una posición más adulta. Me levanto de mi asiento, pero cuando paso por su lado, escucho su voz susurrando:

—... *no puedo encontrar en sus pálidas rosas la flor que se asemeje a mi rojo ideal...*

Me detengo en seco.

—¿Te gusta Baudelaire?

La chica me mira con los ojos tristes, tímida.

—La poesía me calma. Recitarla me ayuda a abstraerme del mundo cuando todo va mal. Me ayuda a poder poner con palabras lo que siento.

—Ese es el cometido de la poesía. —Sonrí—. Aunque, ¿no crees que la poesía de Baudelaire es un poco dura para leerla en estos momentos?

Teagan suspira, mientras mira por el rabillo del ojo a su madre acercándose a nosotras.

—Cuando lo leímos el curso pasado en el club de teatro me pareció fascinante. Y la verdad es que ahora mismo... Creo que no me encuentro con los ánimos necesarios para leer a Neruda o a Shakespeare. Baudelaire es el que puede expresar cómo me siento.

Le pongo una mano en el hombro, tratando de transmitirle un poco de fuerza y me despido de ella y de su madre. Les dedico una última mirada de agradecimiento antes de

desaparecer.

Segundos después, dentro de mi coche, miro las notas que tengo apuntadas del testimonio de Teagan. Unas pocas pinceladas para hacerme una idea y no perder el hilo.

Meto entonces la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y saco una pequeña grabadora que ha permanecido encendida durante toda la charla con la menor. La acerco a mi boca.

Teniente Adara Walsh. Testimonio de Teagan Stewart. A viernes, 17 de julio de 2018 a las 12:47 horas.

Pulso con decisión uno de los botones, y el aparato para de grabar.

XVI

MORGAN

La pompa del chicle que estoy mascando explota casi reventándose en las narices. Me quito la goma de mascar con la punta de la uña y sigo sin inmutarme tarareando la canción *No tears left to cry*, mientras que sigo cotilleando las noticias que aparecen en mi *timeline* de Twitter. No dejan de hablar sobre la desaparición de Lilith.

Escucho de casualidad el timbre, pero sigo a lo mío. Es interesante ver la cantidad de teorías que puede sacarse la gente de la manga con tal de aumentar unos rumores. Aunque, ¡qué rumores! Que si Lilith se ha largado con un novio, que si estaba harta de sus padres y de su trabajo, que se ha ido de mochilera por el mundo...

El timbre de nuevo. Me quito los cascos y dejo el móvil sobre el sofá mientras me dirijo a abrir la puerta. Mi madre y mi hermana están siempre a lo suyo, de verdad.

Abro la puerta y veo en el umbral a un tío de chaqueta que no he visto nunca. Enarco una ceja mientras saca una placa de policía. «¿Qué?». Me quedo sin saber qué decir mientras noto que se me van encendiendo los mofletes. El corazón se me acelera.

—Soy el inspector Ricci. Pregunto por Queenie Endler. Querría hacerle unas preguntas sobre la noche que desapareció Lilith Neissel.

Escucho los pasos de mi madre detrás de mí. Sus manos se posan sobre mis hombros mientras que el inspector Ricci vuelve a repetir las mismas palabras. Yo solo soy capaz de llamar con un chillido agudo a mi hermana, que aparece corriendo por las escaleras.

—¿Habéis encontrado a Lilith? —pregunta en cuanto llega a mi lado.

Por la cara que pone el policía, intuyo que no. Mi madre le hace un gesto para que pase dentro de la casa y me dice de una manera sutil que desaparezca de escena. Corro hacia el salón a por mis cascos y mi móvil mientras que el tal Ricci les dice a mi madre y a mi hermana que están interrogando a todos los allegados de Lilith, que no hay nada de lo que preocuparse. Comienzo a subir las escaleras para dirigirme a mi cuarto cuando escucho al policía decir que es importante que Queenie le cuente todo lo que sucedió la noche que Lilith desapareció. Me detengo a mitad de camino.

«Que se lo han creído que me voy a perder esta charla».

Escucho a mi hermana hablar. Una serie de imágenes acuden a mi mente sin que pueda detenerlas y siento mucha angustia. Algo en mí me pide que recuerde, pero no quiero.

Tengo su risa metida en la cabeza, encargándose de transportarme a momentos que ya creía olvidados: Estamos viendo *A star is born*. Hablamos, nos reímos. Y todas las risas se apagan con una pregunta: «Y, vosotras, ¿cómo preferiríais morir? ¿Ahogadas o de un disparo?».

INSPECTOR RICCI

—Bueno, pues habíamos quedado para fumar. Pasamos a recoger a Lilith a las once en punto porque queríamos dar una vuelta rápida con el coche por el centro. No nos llegamos a bajar siquiera porque además hacía algo de frío. Y estuvimos riéndonos, hablando de tonterías, de los planes que haríamos durante este verano... Y a las doce menos cuarto dejamos a Lilith en su casa porque estaba cansada. Luego dejé a Teagan y me vine con el coche a la mía.

—¿Y no notaste nada raro en Lilith esa noche? ¿Algo fuera de lo normal, algún comentario que os hiciera?

Queenie me mira con un gesto duro en la cara. Niega con la cabeza con lentitud.

—Ojalá supiera algo más. Lilith es mi mejor amiga y me encantaría saber qué le ha pasado... Ojalá pudiera ayudar más...

—Queenie, ¿cuándo te diste cuenta de que era extraño que no supieras nada de Lilith después de aquella noche?

La chica parece repasar en su cabeza los acontecimientos, hasta que por fin se decide a hablar.

—Le puse mensajes por la mañana, porque me apetecía salir luego por la tarde y pensé que tal vez le gustaría que nos viéramos a la que salía de trabajar... Y no me contestaba. Es raro que Lilith no me conteste. Entonces llamé a su madre para ver si le podía dar el recado de mi parte. Y es cuando me dijo lo de que estaban con la policía y que Lilith había desaparecido.

Apago la pantalla del Ipad, ya que apenas he escrito nada nuevo que pueda aportar algo de luz al caso. Me levanto y me despido de Queenie y su madre. Cuando estoy a punto de salir, veo que la hermana de Queenie echa a correr escaleras arriba. Sin duda ha estado escuchando la conversación. Me quedo unos segundos observando el lugar donde la chica estaba hasta hace unos minutos, y me pregunto si tal vez ella podría contarnos algo interesante. La señora Endler aparece a mi lado junto a Queenie, que comienza a subir las escaleras con ritmo pausado.

—¿Hay algo más en lo que le podamos ayudar, inspector?

Trago saliva antes de hablar, y señalo el final de la escalera justo cuando Queenie está a punto de llegar al piso superior.

—Me preguntaba si su otra hija sería tan amable de responderme a un par de preguntas. Por lo que tengo entendido, conoce también a Lilith Neissel.

Queenie se gira desde arriba hacia nosotros y noto cómo su mirada se posa en la de su madre. En el más absoluto de los mutismos, desaparece a la izquierda llamando a su hermana que, pocos segundos después, desciende las escaleras.

Morgan Endler se queda a dos escalones de nosotros. Sus ojos azules y fríos como el hielo se posan en su madre y luego en mí. Observo a la chica con detenimiento. Es un par de años, quizás tres, mayor que Queenie y, aunque esta diferencia de edad no es notoria a simple vista, el estilo de Morgan y sus facciones más marcadas hacen que la imagen de la chica sea un poco más adulta.

—Morgan, ¿cuándo fue la última vez que supiste algo de Lilith?

Se queda unos segundos callada, haciendo que el silencio pese tanto como la ausencia de

la menor desaparecida. Hace una pequeña pompa con el chicle que está mascando antes de responder.

—No lo recuerdo... Creo que la última vez que hablamos de seguido fue cuando estuvo pasando con nosotras el fin de semana... Una semana antes de que desapareciera... Pero no estoy segura.

La chica comienza a toquetear las puntas de su cabello que están teñidas de un rojo brillante. Me fijo en que lleva una camiseta de color negro con el logo del grupo Guns N' Roses.

—¿Con quién crees que se pudo ir Lilith la noche que desapareció cuando tu hermana y Teagan Stewart la dejaron en su casa?

Morgan clava sus ojos en los míos. No sé por qué, pero la intensidad de su mirada hace que me recorra un escalofrío.

—Si de algo estoy segura, es que Lilith no se hubiera ido tan de noche con nadie que no fuera de su total y absoluta confianza. Es muy popular, pero no a cualquiera se le puede llamar *amigo*.

Asiento y le agradezco a Morgan su participación. Me despido de la señora Endler, que me acompaña a la puerta diciendo que tanto ella como sus dos hijas están a nuestra entera disposición para ayudar en cualquier momento.

Una vez en la calle, saco la grabadora que ha permanecido encendida durante toda la visita en casa de Queenie y corto la grabación. Voy caminando hacia la comisaría mientras que, con cada calada de cigarro, trato de analizar de una manera un poco más fría todas las ideas que se agolpan en mi cabeza. Analizo cada gesto, cada mirada...

En un suspiro, estoy de nuevo en la comisaría. Veo a Walsh frente a su ordenador, con la mirada fija. Sin necesidad de que le diga nada, levanta la mirada y puedo intuir en sus ojos que ese mal presentimiento del que me hablaba no ha hecho más que incrementarse. Se levanta del asiento mientras que agarra su grabadora y un fajo de papeles. Ya en mi despacho, cierro la puerta. Walsh no pronuncia palabra, solo pone en marcha la grabadora. Escucho con atención el testimonio de Teagan, la tercera en discordia.

—La chica está destrozada, nerviosa, incapaz de mantener el contacto visual, se retuerce las manos... Se nota que la desaparición de una de sus mejores amigas le ha encogido el corazón. Y ese tipo de comportamientos, no los presentan personas que se encuentran en un estado de *shock* como el que se supone que tendría que tener esta niña tras haberse dado cuenta de que fue una de las últimas personas en ver a Lilith antes de que desapareciera.

Con un leve gesto de mi mano, detengo a Walsh. Sé que está a punto de llegar a una conclusión, pero primero debe escuchar el testimonio de Queenie. Rebobino mi grabadora, nervioso. La pongo en marcha. A los pocos minutos, noto que la mirada de mi compañera adquiere un tono diferente y siento que entiende por qué no la he dejado continuar.

—Son dos testimonios idénticos...

Asiento despacio mientras Walsh continúa escuchando. Al acabar nos quedamos unos segundos en silencio hasta que decide romperlo.

—Si de verdad las dos hubieran pasado esa noche con Lilith, cada una tendría que recordarla de una manera...

—... porque salta a la vista que son la noche y el día en la manera de expresarse. —Le tiendo mis anotaciones sobre el lenguaje corporal de Queenie. Ella agarra el Ipad con

ambas manos y comienza a leer mientras se muerde el labio inferior—. Y sus testimonios están calcados.

—Como si los hubieran ensayado.

—¿Y qué me dices del aporte de la hermana de Queenie, Morgan?

Walsh entorna los ojos y comienza a tamborilear nerviosa con las uñas encima de la mesa. Entonces me señala con uno de sus dedos.

—Me da la sensación de que Morgan es la más débil de las tres. Aunque también es la más mayor... Quizás sepa algo que ni Teagan ni Queenie saben. —La emoción de mi compañera se incrementa según va ordenando su discurso—. Tal vez la persona con la que se fue Lilith es también amigo o alguien muy cercano a Morgan... Como ella dijo, «no a cualquiera se le puede llamar amigo». Tal vez así podría rescatar la hipótesis de que Lilith se fuera con un posible rollete. Y que ese rollete fuera alguno de los amigos de Morgan.

»Quizá sea Morgan la que sabe lo que le pasó y, tras contárselo a su hermana, las convenció a ambas de dar la misma versión de los hechos.

Ahora entiendo el mal presentimiento que tenía mi compañera. Siempre me ha asombrado la capacidad sensitiva de Walsh para intuir cosas que no se ven a simple vista.

—Están encubriendo a Lilith. Ellas saben dónde está. —De pronto lo veo todo más claro. Y pienso que es posible que incluso Teagan, Queenie y Morgan hayan ayudado a Lilith a fugarse. Son adolescentes y mejores amigas. Desde luego es la peor combinación con la que nos podíamos encontrar. Walsh se cruza de brazos, con la mirada perdida en algún lugar del despacho.

—Además, la vida de Lilith no es tan maravillosa, ni ella tan feliz como nos pensábamos que era. —La miro con extrañeza—. Parece que, de cara al mundo, Lilith es una persona bastante diferente a la que es por redes sociales.

—¿Qué quieres decir?

Walsh se encamina hacia mi escritorio y la veo teclear con brío. Me hace un gesto para que me acerque y me muestra la pantalla del ordenador. Lo que intuyo que es la página de Twitter de Lilith aparece ante mí. Mi compañera va desplazando rápido el cursor de manera que no me da tiempo a leer todo lo que pone. Pero puedo distinguir pinceladas. Indirectas que muestran que algo en la vida de la chica la perturbaba en el momento de escribir esas frases. Algo o alguien.

—He estado ojeando el diario de Lilith, y a simple vista no he encontrado nada que nos pueda ser de ayuda. —Walsh cierra la página de Twitter de la chica—. Ethan tiene el ordenador de Lilith, está buscando alguna evidencia que pueda ayudarnos a entender a qué se refería con este tipo de publicaciones en redes sociales. Hemos conseguido una orden para poder acceder a las contraseñas de los perfiles en redes sociales de la chica, y tal vez desde ahí poder encontrar alguna evidencia más esclarecedora. Pero parece ser que todo esto es un secreto gritado a voces. De momento no tenemos manera de relacionar nada con nada.

—Pero sí nos da a entender que la vida de Lilith no es tan perfecta como sus padres y sus amigas piensan.

Mi compañera asiente ante mi afirmación. Me reclino sobre mi silla. El caso se está poniendo mucho más peligroso de lo que pensé en un inicio.

XVII

TEAGAN

Queenie termina de echarle ketchup a la hamburguesa y se chupa los dedos. A pesar de todo lo que ha pasado este verano, ha sido maravilloso.

La desaparición de Lilith se ha convertido en seguida en algo de interés nacional. Todo Cork está empapelado con fotos suyas. Queenie y yo hemos colaborado bastante, pero parece que eso no ha sido suficiente para la policía esa, Walsh. Si no me ha interrogado unas cuatro veces, no lo ha hecho ninguna. Queenie y Morgan no se han librado tampoco. Esa mujer está convencida de que sabemos mucho más de lo que decimos. Se lo hemos dicho de todas las maneras posibles: no sabemos nada más.

Mentalmente, ha sido agotador. No solo por el tema de los interrogatorios, sino porque en casa mis padres no paraban de preguntarme, incluso amigos del instituto. He continuado con mi vida, no me iba a quedar encerrada en mi casa por miedo a que me juzgaran. Ya está. No voy a decir nada más.

Queda una semana y media para volver al instituto, pero me siento preparada. Este va a ser mi año; bueno, nuestro año.

Comenzamos a hablar de Elliot, el nuevo novio de Morgan, que a Queenie no le gusta nada, porque lleva el tatuaje de una serpiente en el cuello y dice que parece un delincuente. Hablamos de la ropa que vamos a llevar el primer día de clase, de tonterías varias. Y nos reímos, ya sin ningún tipo de vergüenza.

Supongo que eso es una de las cosas que más me gusta de mi amistad con Queenie: siempre podemos ser nosotras mismas la una con la otra. Conocemos hasta nuestros más íntimos secretos. Aunque creo que no podría ser de otra manera, porque siento que Queenie y yo somos almas gemelas. La una para la otra.

—No podemos dormirnos en los laureles, Teagan. Tenemos que empezar a buscar vestido para el baile inaugural de este curso.

—Este fin de semana vamos sin falta. No me gustaría que nadie nos copiara.

—Ay no, por favor—Mi amiga le da un mordisco a su hamburguesa y mastica con gusto—. ¿Se te ocurre de qué color podremos ir?

Me encojo de hombros. Ni idea. Queenie esboza una sonrisa pícara.

—Vayamos de rojo. Como si fuésemos rosas. Pero esta vez, rojas.

Le da otro mordisco a la hamburguesa, mientras un hilito de ketchup mezclado con salsa de queso le cae por la comisura de los labios. Siento la tentación de alargar mi mano y retirarle las salsas, pero ella es más rápida y se limpia con la servilleta. Me mira mientras sonrío sin mostrar los dientes.

Cuando terminamos de comer, decidimos que en vez de quedarnos en el centro comercial y seguir gastando dinero en compras, vamos a ir a mi casa, ya que mis padres han salido y podremos estar más tranquilas para hacer lo que queramos. Montamos en su coche y, mientras me pongo el cinturón, no puedo evitar lanzar una mirada al asiento trasero donde, si las cosas fueran de otra manera, tendría que acompañarnos Lilith. Me remuevo incómoda en el asiento. Queenie se da cuenta.

—Las cosas van a mejorar. Ya verás que sí. —Observo cómo mi amiga sonrío. Intento

hacer lo mismo, pero creo que mi sonrisa es una mueca extraña que no acaba de encajar en la perfección del momento. Me toqueteo nerviosa el pelo.

Dicen que nunca es buena señal encontrarte a tu *doppelgänger*⁵. Encontrártelo de frente es siempre un mal presagio que puede suponer una catástrofe en tu vida. Pero tenerlo dentro, compartir los mismos latidos, respirar el uno del otro... Eso solo puede suponer una muerte en vida.

Siento un terrible escalofrío recorrerme la espalda en el mismo momento en que Queenie aparca el coche. Ella comienza a hablar con despreocupación, y aunque quiero sonreír, la sombra que se aloja en mi interior no me deja. Trago saliva mientras que abro la puerta del coche y distingo un olor que antes no estaba ahí: rosas. Pero no rosas frescas, sino rosas muertas.

Y es entonces cuando siento que, desde dentro, mi *doppelgänger* se está riendo.

¹⁵ Se trata de una palabra alemana que significa «doble» y hace referencia al doble fantasmagórico o gemelo malvado de una persona. Se forma por las palabras *doppel* (doble) y *gänger* (caminante). Dicen que encontrarte de cara con tu doble es un muy mal presagio. Tener el *doppelgänger* dentro significa que el mal procede de nuestra alma y que no podremos librarnos de él, haciéndonos ver que el peor enemigo que podemos tener somos nosotros mismos.

TENIENTE WALSH

Estoy enfadada. Muy enfadada. No soporto que me digan qué puedo y qué no puedo hacer. Ya soy mayorcita para saber con quién puedo juntarme, y la tontería esa de que no puedo salir con alguien de veinte años me está empezando a cansar. Resoplo y miro mi reloj de pulsera. Él estará aquí dentro de unos quince minutos como mucho, ya que supongo que vendrá con la moto.

Me dirijo hacia el escritorio y arranco una hoja del primer cuaderno que encuentro entre el desordenado montón. Garabateo a toda velocidad. Le escribo la carta a Rose, mi mejor amiga, porque sé que si se la dejo a mis padres se pondrían a buscarme como locos y, encima, podría llegar a tener más problemas de los que ya tengo. Así que paso. Paso de ellos.

Doblo la carta por la mitad y me la guardo en el bolsillo trasero de los pantalones. He sido precavida y he preparado ya la mochila que utilizo para las excursiones con una serie de provisiones que voy a necesitar seguro. Me recojo el pelo en una coleta alta mientras siento los nervios fluir por mi interior. Pienso que ya está bien de esperar y que voy a esperar en la calle, así que agarro mis pertenencias y pienso en si me compensa salir por la ventana y pegarme un buen tortazo si caigo de culo. Decido que, como ya lo he hecho otras veces, voy a salir por la puerta principal sin hacer ruido. Mis padres llevan un par de horas durmiendo, ya que se levantan muy pronto para ir a trabajar. Con suerte no se darán cuenta de que no estoy hasta eso de las cuatro y media, y para entonces, creo que Callum y yo ya estaremos lo bastante lejos como para que no nos encuentren y podamos vivir nuestra vida.

Bajo con cuidado las escaleras aferrada a mi mochila y sintiendo adrenalina. Esto no es como otras veces que me he escapado de casa para quedar con Callum o para irme de fiesta. Esta vez sé que ya no hay retorno.

Escucho un ruidito proveniente de la cocina y me quedo paralizada, con la mano extendida dispuesta a agarrar el pomo de la puerta de salida de casa.

Mi hermana pequeña, Betty, aparece con cara somnolienta aguantando un vaso de agua. Me mira sin comprender.

—¿Dónde vas, Ady?

Me llevo un dedo a los labios haciéndola callar de inmediato.

—Vete a dormir, Betty, es muy tarde para que estés despierta.

Ella me mira con sus enormes ojos azules velados por las sombras de la noche. Tiene siete años, y creo que no es capaz de entender que lo que menos quiero en este preciso momento es que esté ahí, mirándome. Haciéndome sentir culpable por irme.

No quiero que su presencia me ablande. Porque si me quedo, sé que las cosas seguirán como siempre: no me dejarán ver a Callum, habrá mil discusiones a todas horas y cada vez que salgo de casa...

—¿Puedo ir contigo, Ady?

En el preciso momento en el que le voy a responder a mi hermana que, por favor, se vaya de una vez a dormir y que me deje en paz, escucho un sonido que rasga el aire y proviene del exterior. En seguida lo identifico con el ruido que hace la moto de Callum y, sin mediar palabra, abro con cuidado la puerta, seguida por mi hermana a la que ignoro. Callum se

quita el casco y se revuelve el pelo. Me acerco a él, decidida, y le beso. Él mira por encima de mi hombro mientras enarca una ceja.

—¿Y la mocosa?

Miro hacia atrás. Betty está parada a medio camino entre el jardín y la carretera, sujetando aún su vaso de agua con ambas manos. Resoplo y me acerco a ella.

—Betty, vete a dormir, ya. Te lo digo muy en serio.

—A mamá y papá no les gusta que salgas con Callum...

—Pero tú no les vas a decir que he salido con él, este tiene que ser un secreto de niña mayor.

Me mira dubitativa mientras que a mis espaldas siento que Callum empieza a impacientarse. Miro hacia casa, y parece que todo está en orden.

—Betty, a dormir —repito.

Calum resopla. A lo lejos escucho el motor de un automóvil.

—Vamos ya, Adara. Tengo la reserva en el Abbey Court para dentro de media hora. No seas cansina.

Me muerdo el labio inferior. Me doy la vuelta hacia Callum y su moto. Él me tiende un casco que yo coloco sobre mi cabeza. Montamos en la moto. Betty nos mira de nuevo, plantada en medio de la calle. Parece que se va a echar a llorar de un segundo al siguiente, pero no hace nada, ni un puchero. Callum arranca la moto de nuevo y me aferro a su cintura mientras que le lanzo una última mirada a mi hermana pequeña.

—Es nuestro secreto, Betty —le recuerdo en voz un poquito más alta para asegurarme de que entiende mi mensaje. Abrazo bien a Callum y le susurro al oído que pase un segundo por la casa de Rose para que pueda dejarle la carta en el buzón. Apoyo la cabeza en su espalda y antes de que arranquemos y nos perdamos en la noche para enfilar la larga avenida hacia casa de mi amiga, veo cómo Betty se gira en nuestra dirección y comienza a correr con pasitos torpes y sus zapatillas de felpa derramando el contenido de su vaso. Callum y yo pasamos a toda pastilla un Stop, y es ahí, en el cruce de dos calles, que mi hermana pequeña se queda parada.

Es ahí donde la veo por última vez.

Me despierto empapada en sudor y con el corazón golpeándome los oídos. Siento un intenso dolor en el pecho. Hacía años que no soñaba con ese maldito día y con Betty. Parece ser que el caso de Lilith Neissel me está calando hondo y, sobre todo, que me estoy obsesionando demasiado con él.

Me levanto de la cama y voy directa a tomar mi café matinal. Mientras lo sirvo y comienzo a darle sorbitos, tratando de hacer que este momento dure lo máximo posible, recuerdo que Lilith ni había discutido con nadie, ni le había comentado siquiera a sus mejores amigas su plan para huir. Estoy en un punto muerto y no sé cómo demonios salir. Llevamos semanas sin dar palo al agua, ni siquiera las veces que hemos interrogado a las amigas de Lilith hemos podido sacar nuevas conclusiones, porque no hay nada nuevo. Ni una pista, nada. Solo tengo sospechas y testimonios que no varían ni un ápice.

Doy un trago. Las amigas de Lilith dicen no tener ni idea de lo que ha sido de ella. En mi caso, Rose lo sabía. Y eso fue la pieza clave para que se encontrara un motivo a lo que le

sucedió a Betty... Y apareciera un motivo por el que yo decidiera volver.

No pasaron más de tres días. Dos días y medio sin contar con la noche en la que me fui por mi propio pie. Dos días y medio en los que me di cuenta de que tenía catorce años, no tenía edad legal para trabajar y veinte libras irlandesas en mi bolsillo no me iban a dar para empezar esa vida idílica que había imaginado junto a una persona a la que, en realidad, yo le importaba una mierda. Dos días y medio y volví a casa.

Cierro los ojos.

El aroma del café sigue inundando mis fosas nasales, pero me evado y me veo correr por las calles de mi antiguo barrio de Dublín. La segunda mañana que pasé fuera de casa habíamos puesto la televisión en el *hostel* donde nos estábamos hospedando, y cuál fue mi sorpresa al ver que en las noticias estaban hablando de que aún se buscaba al conductor que había atropellado a Betty Walsh, de siete años, en el cruce de nuestra calle, y se dio a la fuga. La menor fallecida era la hermana de Adara Walsh, la joven de catorce años que se había fugado con su novio y a la cual se seguía buscando.

Recuerdo la discusión con Callum que culminó en unos cuantos gritos y yo saliendo a todo correr de la habitación, dispuesta a gastarme el poco dinero que me quedaba en coger los buses que fueran necesarios para llegar a mi hogar.

Recuerdo el dolor y la vergüenza insoportables que sentí cuando atravesé el umbral de la puerta de entrada y encontré en el salón a mis padres, con el rostro descompuesto, y al, por aquel entonces jovencísimo, teniente Ricci, que era el que llevaba tanto el caso de mi hermana como el mío.

Recuerdo el rostro de mis padres, mirándome como si hubieran visto un fantasma. Los abrazos y los llantos. El interrogatorio de Ricci. Mi mirada perdida en el rincón de la casa donde vi por última vez a mi hermana. La culpa por no haberla acompañado a la cama antes de irme. Y por encima de todas las cosas, la culpa por haberme ido.

Porque yo sentía que la persona que manejaba el coche y volvía de fiesta ebria era yo. Era yo la que llevaba el volante y la que asesinó a Betty.

Y eso es algo que, incluso a día de hoy, sigo sin poder perdonarme. Trato de ser objetiva y controlar mi respiración. Ahora no se trata de mí y de mi hermana. Se trata de Lilith.

No pude salvar a Betty, pero tal vez aún esté a tiempo de salvarla a ella.

En las últimas semanas he estado buscando indicios en las redes sociales de las mejores amigas de Lilith: Queenie y Teagan. Ellas seguían con sus vidas. Parecía que ya habían olvidado todo el dolor de la desaparición de su mejor amiga. Ellas seguían con sus rutinas. O con la nueva vida que significaba no tener a Lilith a su lado.

Rose había dado la voz de alarma cuando yo me fugué, en cuanto leyó mi carta, a pesar de que yo le pedía expresamente que no dijera nada, y menos a la policía.

Queenie, Teagan e incluso Morgan insistían en que no sabían nada. Esquivaban preguntas, daban testimonios calcados. Y parecía que habían olvidado a Lilith. Porque tal vez eso era lo que querían desde un primer momento.

Es entonces cuando un terrible presentimiento comienza a abrirse paso entre mis entrañas. Ojalá que me equivoque, pero algo me dice que la última pieza del rompecabezas, la que falta para hacer que la historia cobre algo de sentido, es que Queenie, Teagan y Morgan le hayan hecho algo a Lilith. Tal vez no todo sea tan simple como que las adolescentes estaban encubriendo a su amiga para guardar sus secretos; tal vez las cosas fueron un poco más allá. Una discusión que pudo salir de contexto porque Teagan y

Queenie descubrieran con quién iba a verse Lilith e hicieran algo por evitarlo. Que tal vez Lilith acabara la noche en alguna fiesta de algún piso de estudiantes y tomara algo que le pudiera suministrar Morgan o alguno de sus amigos. Tal vez a Lilith le convenía ocultar a sus dos mejores amigas lo que iba a hacer aquella noche. O tal vez Teagan y Queenie nunca llegaron a pasar tiempo con Lilith la noche de su desaparición, y con quien la chica se metió en el coche fue con Morgan y sus amigos. De esta manera, quedaría explicado por qué Lilith solo aparece una vez durante esa noche esperando a que pasaran a buscarla.

Son unas chicas listas. Si hubiera pasado algo de esto, en cierto sentido la culpa de que Lilith desapareciera sería suya. Y yo conozco muy bien ese sentimiento de culpa.

Quizás esa responsabilidad es la que les hace mentir y olvidar. Y, a falta de ninguna prueba mejor, es la palabra de las chicas contra la nuestra.

XVIII

BECKA

Al inicio de todos los cursos escolares, los temas más tratados solían ser las nuevas parejas que se habían formado durante el verano, las que habían roto, sobre baile de otoño... Pero nunca antes la desaparición de una compañera.

La ausencia de Lilith es asfixiante. Y en mi caso personal, echo de menos verla en las asignaturas que compartíamos juntas. Echo de menos sus abrazos y su risa escandalosa. Echo muchísimo de menos a mi amiga. Sin darme cuenta, paso por su taquilla, que ahora ha comenzado a llenarse de fotos suyas y de mensajes anónimos en los que se le pide que, por favor, vuelva a casa. Paso de largo, me duele demasiado esta situación.

En una de las máquinas expendedoras de la cafetería, me encuentro con Izan.

—Hola Becky. ¿Qué tal? —Me pongo a su lado sin mediar palabra mientras veo cómo saca una bolsa de Doritos. En los últimos días mi amigo se está alimentando bastante mal. Lilith es una persona muy importante en su vida, y su ausencia le está haciendo mella. Como supongo que nos la está haciendo a todos los que la queremos.

Bueno, a casi todos.

La Abeja Reina y su sirvienta empezaron el curso haciéndose notar por donde iban, proclamando a los cuatro vientos la tristeza que les suponía no saber lo que le había pasado a su mejor amiga. Se enfrentaban a todo aquel que desataba rumores sobre la desaparición de Lilith y parecía que no tenían miedo de mostrarse vulnerables y llorar en los pasillos.

Pero, ahora, vuelven a ser las reinas de la colmena. Las zorras sin corazón que siempre han sido. O por lo menos Queenie, porque Teagan tiene tan poca personalidad que se deja mangonear y siempre va a la sombra del sol que más calienta. Ahora parece que se les había olvidado. Pasan del tema. Se saltan las clases para irse con chicos, para irse a fumar... Suben fotos a Twitter e Instagram divinas de la muerte, y no queda ya ni rastro de las fotos y textos deprimentes que subían los primeros días.

Como si me estuvieran leyendo la mente, escucho una risa exagerada a mis espaldas. Izan y yo nos damos la vuelta para ver cómo Queenie y Teagan entran en la cafetería acompañadas de tres chicas del curso superior al nuestro mientras que se graban con sus móviles. Seguro que para subirlo a YouTube. Patético.

Miro a Izan, que ha vuelto a fijar sus ojos en su bolsa de Doritos. Más carcajadas provenientes del lugar donde se encuentran Queenie, Teagan y las demás. No consigo entender cómo es posible que hayan pasado, en tan poco tiempo, a olvidarlo todo.

Sin pensarlo dos veces, dejo a Izan y sus Doritos y mis pies me guían hacia donde se encuentra el grupito. Me quedo parada a medio camino cuando veo que Teagan se separa un momento de sus amigas riendo y mesándose el pelo. Sus pasos la llevan hacia la zona *buffet*, y no dudo en seguirla.

Teagan nunca ha sido santo de mi devoción, pero entre ella y la Abeja Reina, prefiero mil veces a la pelirroja. Veo que coge un bol con gelatina de fresa. Me coloco a su lado mientras me mira con la sorpresa reflejada en sus enormes ojos azules.

—Mmmm... ¿Qué tal?

Ella enarca una ceja y me mira de arriba abajo. Sé que no le caigo bien, nunca le he caído

bien. Y que Lilith y yo seamos amigas desde hace tanto tiempo nunca le ha hecho demasiada gracia.

—¿Qué quieres, Becka?

Me muerdo el labio inferior.

—¿Cómo estás? —

Suelta una carcajada entre dientes.

—¿Bien? Mira, estoy un poquito liada... ¿Por qué no vas a hacer perder un poco el tiempo a tu amigo el friki? —Se gira hacia donde se encuentra Izan, comiendo y tecleando en su móvil con la expresión ausente.

Teagan hace ademán de marcharse y puedo oler el aroma a fresas que destila su pelo. Sin pensármelo dos veces, la agarro del brazo haciendo que la gelatina de su bol se tambalee. Ella me mira con desagrado.

—Solo quería preguntarte si sabéis algo nuevo sobre el caso de Lilith.

La chica pone los ojos en blanco y de un tirón, se suelta.

—¿Es que no ves las noticias o qué? Qué voy a saber yo...

—Pero la policía os ha interrogado a Queenie y a ti unas cuantas veces...

—Igual que ha interrogado a sus padres, y eso no quiere decir que nosotras tengamos información adicional. —La mirada de Teagan pasa de ser dulce a estar llena de un odio que me pone la carne de gallina—. No le hemos hecho nada a Lilith, era nuestra amiga.

Echa a andar y su larga cabellera pelirroja se aleja ondeando tras ella. Me quedo plantada en medio de la cafetería sin poder moverme. Me siento agarrotada y con un gran vacío en el estómago. Al principio no sé por qué, pero luego caigo en la cuenta.

Y es que ha sido algo muy sutil, pero por alguna razón mi subconsciente ha comenzado a lanzar banderas rojas a mi cuerpo.

Tal vez es una tontería, pero si algo he aprendido de series como *Sin Rastro* o *Mentes Criminales*, es que cuando una persona se desvanece como se ha desvanecido Lilith, sin dejar rastro y sin saber qué le ha pasado, todo el mundo habla de esa persona en presente. Porque esperan encontrarla.

Teagan ha hablado de Lilith en pasado.

INSPECTOR RICCI

—Necesito que confíes en mí. Me diste este caso por algo. —Walsh camina nerviosa por mi despacho. Se acerca a mi mesa y se apoya mientras se lleva una mano al pecho—. Lo sé, Ricci, lo presiento. Teagan Stewart y Queenie y Morgan Endler tienen algo que ver con la desaparición de Lilith. No sé hasta qué punto están implicadas, pero sé que tienen algo que ver en todo esto...

Dejo que termine de hablar. Sé que este caso le está sirviendo para perdonarse por lo que pasó con su hermana. Una losa que lleva arrastrando desde que la conozco. Cruzo los dedos por encima de la mesa.

—¿Propones otra ronda de interrogatorios? ¿Que pongamos más patrullas de búsqueda? Sabes de sobra que si no nos ha funcionado, ya no nos va a funcionar ahora.

—Quiero otra ronda de interrogatorios. Pero no a las chicas. — Me deja perplejo. No sé por dónde quiere ir mi compañera. Tal vez sea verdad eso que me dice en broma de que estoy perdiendo facultades y debería jubilarme—. Quiero una ronda de interrogatorios en el colegio. A sus compañeros. A sus profesores. Quiero saber cómo son esas adolescentes. Pero de verdad. Cómo se desenvuelven, cómo interaccionan con sus compañeros... Quiero ver esa cara que se están esforzando tanto por ocultar. Si ellas llevan empeñándose semanas en darnos testimonios calcados, tendremos que recurrir a otros métodos.

Asiento.

—Tendremos la orden en veinticuatro horas.

Observo una sonrisa triunfal en el rostro de mi compañera antes de desaparecer por la puerta. Es una mujer fuerte y decidida. Y cada día estoy más seguro de que no hay nadie mejor que ella para llegar al fondo de todo este asunto.

Abro el primer cajón de mi escritorio, donde guardo los informes de los casos en los que estamos trabajando. El primero es el de Neissel. Me quedo unos segundos mirando la fotografía desde la cual la chica me sonríe. Llevamos meses detrás de cualquier pequeño indicio y estamos en un callejón sin salida. Y eso no es nada bueno.

Releo el último informe del caso, del pasado lunes. Resoplo. Cojo el teléfono y me dispongo a llamar al juez Fitzgerald para que me conceda una orden de interrogatorio a los docentes del centro y a unos cuantos menores.

Además, decido que voy a llevar a cabo una segunda ronda de interrogatorios: para Teagan Stewart y para Queenie Endler. Si de verdad ellas están ocultando algo o están siendo coaccionadas por la hermana mayor de Queenie, es solo cuestión de tiempo y de aplicar la presión exacta para que alguna de las dos comience a cantar.

XIX

TEAGAN

Me tiembla el pulso cuando mi garganta deja de emitir esa última nota que será decisiva para que el jurado, formado por nuestro director de teatro, la profesora de música y la del taller de literatura universal, decida si me llevo el papel protagónico del musical de este semestre.

Unos segundos de silencio y me piden con amabilidad que me retire. Respiro aliviada. Somos solo tres aspirantes y me he quitado al rival más fuerte. Jugueteo con mi pelo mientras que observo desde la distancia a Lisseth y a Esther que parlotean. Lisseth tiene una voz bonita, pero no tiene casi registro de agudos. Parece un flautín desafinado. Me río entre dientes. No le van a dar el papel. Esther tiene una voz de contralto, desde luego, este papel no es para ella.

De todos modos, para ellas el teatro es solo una diversión, no se lo toman como algo serio, sino como un pasatiempo con el que tener un momento de popularidad en sus tristes y vacías vidas.

Nos llaman para decirnos quién recibe qué papel. Estoy convencida de que el papel de Annie Coleman va a ser mío, y a las otras dos las van a relegar a meras segundonas. El resto de nuestros compañeros de teatro están sentados en la última fila del auditorio escolar, y entre ellos distingo a Logan, Martha y Saoirse. Agudizo la vista y veo que Saoirse se pasa un pañuelo por las mejillas mientras que Martha le susurra algo al oído. Son mis amigas. Bueno, por lo menos unas chicas a las que les tengo cariño y con las que me gusta salir de vez en cuando. Pero, para mi sorpresa, no se me mueve nada dentro sabiendo que Saoirse está así por mi culpa. Estuvo enferma la semana pasada y, cuando me preguntó por la fecha en la que serían las audiciones para la obra, le dije que serían la semana que viene.

Me muerdo el labio inferior con fuerza cuando se disponen a decirnos quién se ha llevado el papel. En cuanto pronuncian mi nombre, no puedo evitar dar un grito de emoción y sentirme genial al darme cuenta de que hice bien, de que hice *muy bien* al engañar a Saoirse, ya que ella era la única que podía interponerse en mi camino para obtener el protagonista.

Abrazo con rapidez a Lisseth y Esther y me despido de ellas hasta mañana, que será cuando comencemos los ensayos. Recojo mis cosas y le pongo un mensaje a Queenie para que me espere en el patio trasero del instituto, para contarle la noticia, y mientras tanto, voy en busca de Logan.

Él continúa sentado con Martha y Saoirse, que tiene los ojos rojos de haber estado llorando un buen rato. Me acerco a ellos con una sonrisa triunfal en los labios, pero cuando me ven aparecer, dejan de hablar. Yo no muto mi expresión y sigo sonriendo. Veo que Logan lleva una preciosa rosa roja envuelta en papel celofán entre las manos. Pero no hace amago de dármela.

—¿Lo habéis visto? Voy a ser la próxima Annie Coleman. Increíble, ¿verdad?

Saoirse me mira con una rabia contenida a punto de decirme algo, pero es interrumpida por Logan, que se levanta de su asiento y se acerca a mí, tomándome del brazo con suavidad.

—Teagan, tenemos que hablar un momento... —Su rostro serio no me supone un problema y me despido de las chicas con una sonrisa aún más brillante. Saoirse lo superará, y al final entenderá que no es algo que hiciera por hacerle daño, sino por mi futuro. Es de vital importancia para mí que empiece desde ya a tener papeles importantes en las obras del club de teatro del instituto si en algún momento de mi vida quiero dar el gran salto a Broadway. No sería la primera vez que ojeadores y cazatalentos acuden a funciones escolares con la esperanza de buscar a nuevos jóvenes prodigios para las superproducciones.

Logan me suelta cuando llegamos al pasillo que poco a poco comienza a estar repleto de estudiantes que terminan sus clases y se preparan para las siguientes. Me acerco a él de forma coqueta, ladeando la cabeza, para que mi larga melena se haga a un lado, y me dispongo a darle un beso, pero en el mismo momento en el que mis labios apenas han rozado los suyos, Logan se aparta.

Es entonces cuando empiezo a sentirme preocupada por su actitud. Observo que está agarrando el tallo de la rosa con demasiada fuerza, y temo que vaya a partirla por la mitad. O peor aún, clavarse todas sus espinas.

—Logan..., ¿pasa algo?

Me mira con el semblante aún serio, nada propio de él.

—¿Qué te pasa a ti, Teagan?

Le miro sin comprender. Odio discutir y parece que él está dispuesto a amargarme mi gran momento con alguna tontería.

—Has cambiado un montón—me reprocha—: vas a tu bola, parece que no te importa nada de lo que tienes a tu alrededor... Y lo que le has hecho a Saoirse ha estado tan, tan mal...

—Oh, perdón, un fallo lo tiene cualquiera... Ni que lo hubiera hecho a propósito.

Logan pone los ojos en blanco y respira hondo.

—Sabías muy bien que Saoirse quería presentarse al *casting* para Annie Coleman, lo sabías desde que el curso pasado a finales nos dijeron cuál iba a ser el musical de este año. Estuvisteis hablándolo durante días. Y querías quitártela de en medio porque ella es la única capaz de hacerte sombra en lo que al canto se refiere.

La voz de Logan ha ido subiendo a medida que habla, por lo que algunos chavales se nos han quedado mirando al pasar a nuestro lado. Tengo que mirar por mí, no mirar por lo que puede querer ella cuando mi futuro depende de ello.

—¿Desde cuándo has cambiado tanto?

—Siempre he sido así. Otra cosa es que no te dieras cuenta.

Logan niega con la cabeza y me coge de ambos brazos mientras me mira con lástima a los ojos. Noto que presiona la rosa contra mi brazo izquierdo para que no se caiga. Algo se me clava en la piel. Sus espinas. Me duele pero no digo nada.

—Mira, entiendo que lo de Lilith te haya afectado...

—Ni se te ocurra meter a Lilith en esto...

—... Entiendo que estés enfadada porque quieras saber dónde está tu amiga y la echas de menos...

—... porque desde luego, su desaparición no tiene nada que ver conmigo...

—... pero te has convertido en la zorra sin sentimientos que es Queenie, y yo... No quiero tener a una persona así a mi lado.

—... y si piensas que lo de Lilith... Espera. ¿Qué?

Nos quedamos callados, sin saber qué decir. ¿En serio me está dejando?

—Lo siento, Teagan. Pero creo que es lo mejor.

Cobarde. Menudo cobarde. Logan se aleja dejándome plantada y con cara de tonta en medio del pasillo repleto de estudiantes. Me giro y le veo desaparecer doblando la esquina que da al salón de actos. Antes de perderse de vista, veo cómo arroja con furia la rosa a la papelera. Me miro el brazo y veo que una pequeña mancha roja se abre paso en la tela de la camisa. Echo a andar tras él para gritarle un par de cosas, pero veo algo que termina de amargarme y destruir mi maravilloso momento: veo a los policías que llevan el caso de Lilith. Vienen del despacho del director.

—¿Pero qué cojones...?

Van hablando entre ellos, pero están a tanta distancia de mí y hay tanto movimiento a mi alrededor que soy incapaz de entender nada de lo que dicen. Noto que el móvil vibra en el bolsillo trasero de mis pantalones. Lo cojo mientras les sigo con la mirada, y antes de leer el mensaje, ya sé que es de Queenie. Ella les ha visto entrar al centro mucho antes que yo.

TENIENTE WALSH

El director Peterson nos ha cedido un par de las salas de tutoría que tiene al lado de su despacho. Poco a poco, comienzan a desfilan por ellas un puñado de adolescentes con las hormonas revueltas y muchas ganas de perder clase.

Entre Ricci y yo nos hemos repartido una serie de estudiantes a los que vamos a interrogar antes de pasar al equipo docente. De estos que solo vamos a interrogar a los profesores que dieron clase a las dos chicas durante el curso pasado y a algunos de los antiguos profesores de Morgan Endler.

Desde el primer momento en que las vi y comenzamos a investigar el caso de Lilith Neissel, tuve la impresión de que el trío debía de ser de lo más popular en el instituto. Las típicas personas que todo el mundo deseaba tener a su lado por ser las que mejores notas sacan, las que mejor visten, las que acuden a las mejores fiestas o las que tienen más seguidores en redes sociales.

Lo que no podía ni imaginarme, es que la respuesta que obtendría por parte de sus compañeros; es algo diferente a lo que yo esperaba. Y ese algo va mucho más allá de los rumores entre estudiantes que aseguran que Queenie y Teagan saben lo que le ha pasado a Lilith.

—Queenie es la «Abeja Reina». No sé cómo lo hace, pero siempre consigue que todo el mundo le acabe bailando el agua... —Rebecca, *Becka*, Wilson se encoje de hombros. Por lo que me ha contado, es muy amiga de Lilith, aunque ella nunca sale con Queenie y Teagan—. A los que no le seguimos el rollo, nos hace la vida imposible. Y eso es lo que estaba empezando a hacer con Lilith... Ella... Conoce muchos de los secretos de esas dos brujas. Y me atrevería a decir que de la hermana de Queenie también. Yo solo la conozco de vista. Es una chica normal, muy fiestera, pero siempre me ha dado la impresión que va muy a su rollo. Está como a otro nivel.

—Son unas zorras. Miran siempre por encima del hombro a todo el mundo. —Laetitia Fallon pone cara de asco mientras me habla sobre las chicas.

—Lilith es diferente. Nunca entendí cómo podía juntarse con ese par de harpías. —Izan Brooke habla con expresión ausente—. Tenían problemas... Antes de desaparecer, Lilith me contaba que discutían mucho últimamente, que se sentía desplazada... Recuerdo que una vez me dijo que se sentía más cómoda cuando se unía a ellas Morgan, la hermana mayor de Queenie, porque ella sí que la trataba bien. Pero, personalmente, nunca me ha gustado Morgan. A ver, entiéndame: Se junta con gente que no tiene buena fama. Se rumorea que ella y sus amigos tienen varias multas por fumar marihuana en la calle, incluso por robar...

—Teagan era una chica maravillosa. Pero cambió en muy poco tiempo para convertirse en una mala copia de Queenie. —Logan Samuels, el exnovio de Teagan, tampoco tiene muy buenas palabras hacia ellas.

—Son adolescentes, ya sabe usted. Pero, sin duda, lo de Endler y Stewart va mucho más allá que una simple niñatada. No hago mucho caso a las habladurías, pero entre los chicos se rumorea que esa noche Lilith se intoxicó con algo que estaban tomando. Sus dos amigas la dejaron tirada por miedo a recibir las culpas por estar consumiendo sustancias ilegales... En fin... Cosas de chicos.

—Morgan Endler era buena chica a pesar de que su estética es un poco diferente a lo que vemos por aquí... No sacaba unas notas brillantes, pero era aplicada. Yo fui su tutor en el último curso y en mi asignatura no destacaba precisamente, no se le daban bien los números. Sé que no está bien comparar, pero Queenie es mucho mejor estudiante que ella. Tendrá un mejor futuro.

—Teagan me ha saboteado en una audición para el grupo de teatro. Justo hoy, hace un rato. Sabía que era lo que yo más quería en la vida.

—Queenie me estuvo haciendo *bullying* durante todo un curso, porque no le dejé copiarme los deberes de matemáticas una vez que se le había olvidado traer la tarea a clase. Me quemaba las puntas del pelo en clase e incluso me destrozó con unas tijeras la camiseta de gimnasia. Más de una vez, cuando yo trataba de defenderme, ella venía con su hermana y sus amigos, como para intimidarme.

—Ese par de zorras hablaban fatal de Lilith a sus espaldas... Lilith tiene más amigos y a ellas les molestaba que tuviera más vida social.

—Queenie se pasea por el instituto como si los pasillos fueran suyos. No sería la primera vez que la han pillado fumando hierba saltándose clases...

—Teagan Stewart tiene muchísimo potencial. Es una chica excelente que no solo domina las materias, sino que también destaca en el arte. Tendría usted que haberla visto el curso pasado cuando llegó, tan tímida y callada hasta que se subió al escenario a cantar y actuar. Es una actriz infantil con mucho talento.

—No me gustaría ser amiga suya. Son unas chicas malas. Unos lobos con piel de cordero.

—Queenie es una alumna brillante, desde luego. Sus calificaciones siempre han estado entre las más altas de la clase, aunque es muy celosa cuando Neissel saca mejores notas que ella. Simple competitividad estudiantil, tampoco creo que sea algo malo.

—Por todo el instituto se rumorea que las *putillizas* le han hecho algo a Lilith. Todo el mundo sabe que se peleaban un montón últimamente... —Miro con interés a la última chica que tengo delante de mí para interrogar. Una muchacha bajita y de complexión grande. Pelirroja y llena de pecas. Por lo que me ha contado de su relación con las chicas, ella es compañera de las tres en Biología—. Indirectas por redes sociales, desplantes en los pasillos o en la cafetería... No sé qué mierda pasaría entre ellas, pero parecía que querían dejar de contar con Lilith para todo. Además, este año han vuelto mucho más subiditas. Como si esto que ha sucedido con la desaparición de Lilith les hubiera hecho crecerse por ser las *mejores amigas* de la chica desaparecida.

Asiento y doy por finalizada la larga y densa jornada. La chica agarra su mochila, se la cuelga al hombro y sale. La sigo. No me da tiempo siquiera a mirar hacia la sala donde Ricci está interrogando cuando una mujer en avanzado estado de gestación se acerca a mí con un poco de apuro.

—Perdóneme, teniente...

—Walsh. Adara Walsh —respondo con una sonrisa. La mujer se sonroja un poco.

—Le pido mil disculpas, y espero que no sea un problema, pero... —Mira con nerviosismo hacia la puerta cerrada tras la cual se encuentra mi compañero—. Tengo que estar en el hospital para una ecografía en media hora y... Bueno, le iba a decir que, si no supone mucha molestia, si podría hacerme usted el interrogatorio en vez de su compañero... Porque, si no, no voy a llegar.

Sonrío y con una indicación invito a la mujer, que supongo que es una de las profesoras de las chicas, a que entre conmigo de vuelta a la sala. Una vez dentro, deja el bolso en el respaldo de la silla y se acomoda mientras se acaricia el vientre abultado. Me siento enfrente de ella y vuelvo a poner en marcha la grabadora donde he registrado todos y cada uno de los diferentes testimonios.

—Me figuro que usted también ha sido profesora de las chicas...

—¡Oh, sí! De hecho sigo siéndolo durante estos primeros meses hasta que coja la baja por maternidad. Lilith es una chica brillante. Estudiosa como ella sola, buena niña, cariñosa,

educada... ¡Ah! Y muy servicial. Siempre tiene una mano para poder ayudar a cualquiera de sus...

—Perdóneme un segundito usted a mí, señorita...

—¡Oh! Kelly.

—Mmmm... Kelly. No necesito que me dé información académica o personal de Lilith Neissel. Verá... Necesito que me hable sobre sus amigas. Sobre Queenie Endler y Teagan Stewart.

Kelly enmudece de repente y la veo dubitativa a la hora de decidir qué responderme.

—Bueno... Son niñas muy estudiosas también. Queenie saca muy buenas notas en la asignatura, pero a Teagan le cuesta un poquito más, aunque no por eso es menos...

—Sí, pero entenderá que para el caso de Lilith necesito saber otro tipo de cosas, como los comportamientos que tenían, su manera de relacionarse entre ellas y con el resto de compañeros, qué tipo de comentarios hacían...

De pronto, la expresión de Kelly cambia por completo y veo cómo sus mejillas pierden ese color sonrosado para volverse blancas como la cal. Me inclino hacia delante para no perder detalle de lo que está a punto de decirme. Es entonces cuando intuyo que el rumor de que las dos adolescentes saben algo de la desaparición de Lilith no es un cotilleo de pasillos.

—Bueno... Recuerdo un detalle que sucedió el curso pasado en una de las últimas clases. Fue algo a lo que en su momento no di ni la más mínima importancia, porque, bueno, son cosas de adolescentes... El caso es que estábamos hablando sobre las moléculas de ADN y toda la carga genética que llevan implícita. Queenie hizo una pregunta que levantó carcajadas entre sus compañeros y yo pasé por alto... Pero, ahora... Ahora ya no sé... —Apoyo la mano sobre el antebrazo de Kelly, tratando de insuflarle tranquilidad e invitándola a continuar—. Preguntó que si el ADN contenía tanto material genético... Que cómo se podría eliminar cualquier rastro de ADN en un cuerpo.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda, pero la expresión de mi cara es impenetrable. Una vocecita en mi cabeza comienza a hacerse cada vez más presente, pero intento con todas mis fuerzas acallarla. No puedo cometer el fallo de que Kelly vea en mis ojos que su testimonio ha sido el más útil de toda la mañana. El testimonio que estaba esperando.

—Le respondí algo de que esa pregunta no era apropiada para una clase de biología y que, en cualquier caso, siempre, siempre quedan partículas de ADN esparcidas por ahí. No sé si hice bien, ahora que ha sucedido todo esto con Lilith... Pero los rumores no escapan al claustro y claro... A una le da qué pensar...

—Ha hecho muy bien, Kelly. De verdad. Ahora mismo cualquier tipo de información nos es de gran ayuda. Nuestra prioridad es encontrar a Lilith sana y salva cuanto antes. Y, dígame, ¿dio usted clase a la hermana mayor de Queenie, Morgan?

Ella asiente muy despacio. Hago un gesto amable para invitarla a hablar.

—Morgan Endler era muy diferente a Queenie. Ella no era tan estudiosa, no sacaba notas tan brillantes, pero iba salvando la materia poco a poco. Recuerdo que era una chica callada y tímida, con muchos amigos, pero siempre era cortante e incluso borde con todo aquel que no perteneciera a su círculo de amistades. Se juntaba mucho con un chico que se llamaba Justin... —Kelly parece estar buscando datos en su cerebro, pero, al no encontrarlos, hace un gesto con la mano para quitarle importancia—. No recuerdo el apellido. Lo que sí sé es que el chico tenía antecedentes por venta de drogas. Ya ve usted, qué pena, tan crío...

A pesar de eso, Morgan era leal a los suyos.

En ese momento, las palabras que Morgan le dijo Ricci acuden a mi mente como un eco fantasmal. «No a cualquiera se le puede llamar amigo».

—Muchas gracias, Kelly. —Aprieto con cariño el dorso de su mano derecha—. Nos ha ayudado mucho.

Ella con disimulo su reloj de pulsera. Le hago un gesto para invitarla a salir, dando por finalizado el interrogatorio.

Me quedo sola en la sala. El silencio me cae encima como una losa y todas las piezas del rompecabezas parecen encajar. Aunque en el fondo sé que no quiero que encajen. Corto la grabadora y me llevo las manos a la cabeza. Joder. No puede ser. Son solo niñas... Tienen dieciséis años... Por mucho que hayan cambiado los tiempos desde que yo era adolescente, la rebeldía no residía en los actos homicidas. Las mentes no pueden estar tan enfermas.

¿Cómo eliminar restos humanos? ¿Cómo deshacerse de un cuerpo? Esa pregunta retumba en mis oídos de una manera terrorífica y a la vez tranquila, desgranando cada una de sus palabras, analizando sus fonemas y leyendo entre líneas. ¿Por qué una niña de dieciséis años iba a preguntar algo así?

Agarro la grabadora y me pongo a jugar con ella, nerviosa. Por las declaraciones que han ido dando compañeros y profesores de las chicas, me doy cuenta de que Queenie presenta una personalidad narcisista, además de un desorden de personalidad antisocial, que define a la perfección sus maneras de líder y la manipulación que ejerce, en este caso hacia Teagan.

Por su parte, la pelirroja es carne de cañón para presentar un trastorno límite de la personalidad, dejándose influenciar por Queenie y viendo enemigos donde antes había amigos.

En el caso de Morgan, no puede tratarse de un comportamiento antisocial, pero su lealtad hacia sus amigos o las personas que quiere puede ser la pieza clave para que encaje en este complejo juego.

Y la última en discordia, Lilith Neissel, sigue desaparecida...

Podría ser y tal vez sea.

Me guardo la grabadora en el bolsillo de la chaqueta y salgo de la sala. No hay ningún plan que sea perfecto. Todos tienen alguna fisura por la que poder abrir un enorme boquete y hacer que todo salte por los aires. Entonces caigo en la cuenta de cuál puede ser la fisura en este plan, algo que ahora, tras todos los testimonios, tiene mucho más sentido: las redes sociales.

Cuando me quiero dar cuenta, tengo a Ricci enfrente de mí. Su semblante es serio y nervioso. Algo me dice que ambos hemos llegado a la misma conclusión.

—Tenemos que hablar.

Asiento despacio mientras echamos a andar hacia la salida.

—Tenías razón, Walsh, en todo este asunto hay algo que huele a podrido a más no poder. Y esa peste viene de las dos amigas de Lilith...

—No son trigo limpio.

—Ajá...

Mi compañero enciende un cigarro aunque estamos a punto de meternos en el coche para volver a comisaría.

—Ya intuías esto, ¿verdad?

Ricci asiente mientras da una profunda calada. Sus ojos están perdidos en algún lugar del

horizonte.

—Tú bien sabes que las primeras doce y veinticuatro horas son vitales cuando se trata de localizar con vida a un menor...

—... y una vez pasado ese período de tiempo, las posibilidades comienzan a reducirse.

—En el caso Neissel, la chica lleva tres meses y medio desaparecida. Calcula las posibilidades que tenemos de encontrarla con vida, Walsh.

—Menos de un cinco por ciento. —Mi voz es apenas un murmullo inaudible.

Mi compañero arroja la colilla al suelo y la pisotea. Siento el viento fresco sacar unos cuantos mechones de pelo de mi coleta. Es una brisa agradable, de esa que aún quiere recordar al verano que no hace tanto dejamos atrás. No sé por qué, trae consigo el perfume a cereza que Betty solía usar. Betty. Que hace ya muchos años dejó de sentir el viento en su carita.

Betty, cuya autopsia reveló que había muerto por una fuerte contusión en el cráneo que había partido la zona occipital. Además de tener varias costillas rotas. Betty, que dentro de todo lo horrible que significa haber muerto a los siete años arrollada por un coche por querer convencer a su hermana mayor de que no se fuera con un tipo que solo le hacía daño, no había sufrido. Mi hermana pequeña, a la que yo adoraba aún, ahora que no era más que polvo, era el recordatorio más doloroso que podía existir de que se me acababa el tiempo.

Tragué saliva mientras que me metía en el coche y me retorció las manos. Tenía que encontrar a Lilith, viva o muerta.

—Te conozco desde hace muchos años, Ricci, y sé que ya te has adelantado para solicitar una orden para interrogar a Queenie y Teagan de nuevo. —Mi compañero arranca y mantiene los ojos clavados en los míos antes de poner el coche en movimiento—. Sé que el procedimiento es que seas tú el que las interroge en comisaría... Pero te pido que, por favor, me dejes a mí a Queenie.

XX

MORGAN

Otra vuelta más en la cama. Llevo unos días que me cuesta muchísimo dormir... Tengo la cabeza en mil sitios. Suspiro con pesadez mientras que me paso una mano por la frente.

Bueno, en realidad la tengo solo en uno.

Me incorporo en la cama. Unos tenues rayos de luz de luna entran a través de mis cortinas. Descalza, me levanto y ando hacia la ventana para abrirla y que entre brisa fresca. Cierro los ojos y respiro con el corazón acelerado. Me quedo mirando un punto cualquiera de nuestra calle, embobada y muerta de sueño. Son ya tres días en los que no duermo apenas.

No sé muy bien si se trata del aire otoñal que entra y me hace estremecer o ese frío viene desde lo más profundo de mi corazón. Cierro la ventana y me vuelvo a sumergir en esa oscuridad fantasmal que parece sacada de mis pesadillas. De pesadillas como la que tuve hace alrededor de una semana. En ella, yo caminaba por un bosque de noche. Solo escuchaba el sonido trémulo de mis pasos y mi respiración se confundía con el sonido del viento que parecía susurrarme el camino.

De repente, encontraba un claro donde había un gran espejo muy, muy ornamentado. Mis pasos me llevaban a asomarme y buscarme en él. Pero, para mi sorpresa, no era mi reflejo el que me devolvía la mirada desde el otro lado. Era Lilith. El maldito reflejo de Lilith.

Se me ponen los pelos de punta solo con recordar su imagen: con ojeras y el pelo revuelto. No parecía Lilith, ya que esta vez una expresión fría y desafiante había eliminado por completo la expresión risueña y carismática de su rostro. Y entonces, cuando comencé a luchar conmigo misma para despertarme, Lilith abrió la boca para decirme solo una cosa:

«Tú sabes la verdad».

La taquicardia con la que desperté nada tiene que envidiar a estos precisos momentos. Por más que hago memoria, la última vez que vi a Lilith fue cuando estuvo el fin de semana antes de su desaparición, en casa. No la volví a ver.

Con la esperanza de que me entre el sueño, agarro el móvil y me meto en Twitter a ver tonterías y memes. Repaso mi *timeline* de arriba abajo y pincho en algunos *tweets* de forma aleatoria.

No me sorprende cuando veo *tweets* de gente del instituto hablando sobre la desaparición de la mejor amiga de mi hermana. Hablando sobre que la policía estuvo esta mañana interrogando a gente y a profesores. Y que es muy raro que tanto mi hermana como Teagan hayan pasado de estar llorando por las esquinas a ser las dueñas y señoras del instituto.

En condiciones normales, no me crearía tanta ansiedad entrar en el Twitter de Queenie. Pero, ahora mismo, me cuesta unos tres intentos hasta que por fin pulso sobre su foto de perfil.

Leo todo lo rápido que puedo la cantidad de gilipolleces variadas que mi hermana *twittea* o *retwittea*. En fin, yo creo que no era tan hueca cuando tenía su edad...

Me llama la atención que parece que sus interacciones siguen un patrón: por un lado

están los *tweets* en los que contesta a los compañeros que dicen que seguro que están encubriendo a Lilith y, por otro lado, están los *tweets* en los que mi hermana parece la zorra en la que todo el mundo dice que se ha convertido.

Me duelen los ojos de estar mirando la pantalla del móvil, pero, para mi sorpresa, estoy mucho más despierta de lo que pensaba que estaría. De repente, noto una sensación rara en el estómago y me doy cuenta de que estoy con la mirada clavada en un *tweet* que desentona con todos los anteriores:

Queenie endler @_queeniie

Realmente, lo hicimos a la de tres.

Trago saliva, pero mi boca se ha quedado reseca y un ligero escalofrío recorre mi espalda. Hay algo en esas palabras que me están provocando una sensación que necesito que me abandone pero ya. Como si el teléfono estuviera ardiendo y destrozando mi piel, lo dejo boca abajo sobre la mesita de noche sin siquiera pararme a bloquearlo y me tumbo boca arriba en la cama sin taparme.

Entierro la cabeza en la almohada mientras pienso que tal vez debería ir a la policía y hablarles sobre esta sensación. Esta sensación que se puede resumir en que creo que mi hermana le ha hecho algo a Lilith. Tal vez la drogara o emborrachara y la dejó tirada en algún lado. Y entonces, algo le pasó a Lilith.

Me esfuerzo en recordar y conducir mi mente hacia esa noche. Llegué a casa, me duché, me arreglé, me planché el pelo y Tommy me llamó.

Decidí ir a la fiesta que daba en su casa. Me daba pereza ir andando porque hacía bastante frío. Le escribí un mensaje a Lindsey por si ella también iba y le apetecía que pasara a recogerla. Espera, ¿seguro que no cogí el coche? Vivo a cinco minutos escasos de Tommy, pero recuerdo haber entrado al coche para coger unos mecheros que siempre dejamos en la guantera. No me acuerdo de cómo llegué a su casa. Solo recuerdo un olor. Rosas. Rosas frescas.

Pero Queenie... ¿qué hizo a la de tres? ¿Dejar a Lilith borracha o drogada a saber dónde?

El coche... ¿Fue esa noche cuando me lo llevé yo o por el contrario fue cuando Nora me recogió? Esto es frustrante.

Se me empiezan a caer los párpados, y creo que estoy comenzando a delirar cuando, a medias entre la vigilia y el sueño, escucho a Lilith, que me habla con nitidez dentro de la cabeza...

«Morgan... Tú sabes la verdad...».

INSPECTOR RICCI

Teagan Stewart entra en la sala de interrogatorios, con timidez, mira todo a su paso con sus enormes ojos azules. Lleva las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta vaquera; a simple vista parece tranquila. Su padre, se queda fuera, y parece que está más nervioso que la propia chica que, con un gesto un tanto insolente, se sienta enfrente de mí.

Su actitud no refleja los nervios y el malestar que presentaba la primera vez que la vi. Me fijo durante unos segundos en su lenguaje corporal: Teagan tamborilea sobre la mesa con sus uñas, pintadas con un esmalte rosa con purpurina, mientras que con la otra mano enrosca alrededor de los dedos finos mechones de pelo.

—¿Sabes por qué estás aquí, Teagan? —Directo.

La chica levanta los ojos hasta posarlos en los míos. Me sostiene la mirada y se encoge de hombros.

—Supongo que por lo de Lilith. Habéis interrogado a medio instituto porque creéis los rumores de mierda que se van diciendo por ahí de nosotras... Pero yo no sé nada.

Teagan para de golpear la mesa y se lleva la mano a la boca para comenzar a morderse la uña del dedo pulgar. Observo su otra mano y veo que sus uñas están perfectamente cuidadas.

Error número uno. Escucho un ligero chasquido cuando el trozo de uña cede a la presión de sus dientes y se desprende.

—Exacto, Teagan. Ha pasado ya mucho tiempo desde que Lilith desapareció, y cualquier información que podamos recaudar puede ser crucial.

—Es que no sé nada más, de verdad. Ojalá pudiera ayudar más...

Sus ojos siguen clavados sobre los míos, sin apenas pestañear. Sonríe para mis adentros.

—Lo sé, Teagan. Lo sé. Pero entiende que tu testimonio y el de Queenie son de mucha relevancia porque a lo mejor logramos que hagáis memoria y recordéis algún pequeño detalle que nos ayude... —Suspiro, derrotado. Dejo caer los brazos en la mesa.

Teagan, por su parte, se remueve con sutileza en su silla y se queda con la boca algo abierta antes de comenzar a hablar.

—Ya les dije todo lo que sé... —Me quedo mirándola, incitándola a hablar. Parece titubear un momento—. Como les dije, pasamos a recoger a Lilith a las once en punto porque queríamos dar una vuelta rápida y a las doce menos cuarto la dejamos en su calle.

—¿No visteis a alguien esperando a Lilith? ¿Otro coche además del de Queenie aparcado cerca de donde estabais?

—No, no. Nada.

—¿Algo en la manera de comportarse de Lilith que os pudiera resultar extraño?

—Nada... Lilith estaba... contenta, como siempre. Sonreía, nos gastaba bromas, decíamos tonterías... Cansada del trabajo, pero...

—¿Y no os dijo de ir a algún lado, que la acercarais a alguna parte en vez de estar por el centro dando vueltas con el coche?

—¡Qué va! Lilith para eso es muy cómoda, se deja llevar. Lo único que preguntó esa noche era que por qué íbamos dirección aeropuerto en vez de ir al parque de siempre. Y Queenie le dijo que porque había rumores de que la *Garda*⁶ estaba rondando mucho por

ahí para...

—¿Dirección aeropuerto? Creía que habíais estado... —Error número dos. Sabía que tarde o temprano saldría. Bajo con sutileza la cabeza hacia la transcripción en papel que he hecho de las declaraciones de Teagan—. Vamos a ver... Sí, «dando vueltas con el coche por el centro y ni siquiera llegamos a bajar del coche»

Bingo. Teagan cuadra los hombros de manera sutil mientras que, de manera inconsciente, sus brazos caen a ambos lados de su cuerpo para posar las manos sobre las piernas, quedando ocultas a la vista. Su expresión es imperturbable, pero parece que ahora sus ojos se han convertido en hielo.

—Sí, bueno... Nos desviamos un poquito porque al final nos interesaba encontrar un sitio boscoso para fumar tranquilas y que no se pudiera oler lo que estábamos fumando. Y porque... Eh... Creo que nuestros padres se habrían enfadado mucho si se llegan a enterar de que nos fuimos tan tarde y tan lejos con el coche... Y ya lo que faltaba... El coche, el fumar... Mis padres no saben que fumo, ¿sabe? Además que teníamos que hablar de muchas cosas, porque hacía bastante tiempo que no teníamos un rato para las tres solas y queríamos aclarar varias cosas que habían pasado los últimos días...

De pronto, Teagan parece una ametralladora de palabras. Le hago un gesto con la mano para que pare de hablar y coja aire. Tengo la sensación de que son muchas otras excusas las que mueren antes de salir de su boca.

—Sí, no te preocupes, Teagan. Es algo complicado, además sois menores y sabéis muy bien las consecuencias de que una autoridad os pille con marihuana. Y aunque estés reconociendo —miro sus ojos. Ella retira la mirada a los tres segundos— un delito, o mejor aún, confesando ante una autoridad que estabais en posesión de drogas, tenéis que contarnos todos esos detalles, porque puede ser crucial a la hora de encontrar nuevas pistas acerca de Lilith. Además, ahora que parece que has decidido ser sincera con nosotros, tal vez puedas hacer memoria para contarnos si esa noche estuvisteis con alguien más o incluso si fue verdad que quedasteis con Lilith. —Sonrío con complicidad—. Todos queremos que regrese sana y salva, ¿verdad?

Por un momento me parece avistar la sombra de la duda en la mirada de Teagan. Pero al final termina por asentir. Junto las manos y le digo que ya hemos terminado. La chica se levanta apresurada. Entonces, vuelvo a llamarla.

—El motivo por el que no dejasteis a Lilith en la puerta de su casa, ¿es porque os daba miedo despertar a sus padres con el ruido del motor o porque teníais miedo de que la cámara de seguridad os grabase?

Teagan se vuelve hacia mí, seria. Observo cómo los nudillos de la mano que rodea el pomo de la puerta están blancos.

—¿Sabíais que la casa de Lilith cuenta con un sistema de videovigilancia?

—Mmm... Claro, sí. Por eso no nos acercamos a su puerta para recogerla ni dejarla.

—Es curioso, Teagan... La cámara no registra a Lilith por ningún lado a las once de la noche. Solo aparece una vez. Y es cuando se mete en un coche a las doce y cuarto. Curioso... No sé cómo pudo hacer para no ser vista por las cámaras cuando se escapó para veros ni cuando entró de nuevo al jardín a esperar pacientemente a que otro coche la recogiera. —Me encojo de hombros, y finjo que no tiene importancia lo que he dicho.

El labio inferior de Teagan tiembla, pero abre la puerta y ni se despide cuando sale al pasillo para reunirse con su padre. Los observo a través el pequeño cristal. Dentro de la

sala todo está en silencio y el tic-tac del reloj de pared parece haberse sincronizado a la perfección con los latidos de mi corazón.

Tiempo, era cuestión de tiempo. Walsh tenía razón. Al final el silencio de la adolescente ha valido mucho más que todas las cosas que ha podido decir.

Teagan lanza una última mirada hacia donde me encuentro, una mirada que nada tiene que ver con la ferocidad y superioridad que ha caracterizado nuestro último encuentro. Me muerdo la lengua.

La pelirroja no tiene nada más que dieciséis años, pero en este breve lapso de tiempo, me ha parecido mucho, mucho mayor. Su mirada está cargada de sombras y de terror. De una oscuridad que es imposible que una criatura de su edad tenga.

Algo huele cada vez más a podrido en el caso de Lilith Neissel.

¹⁶ Nombre que recibe la policía en Irlanda.

XXI

QUEENIE

He quedado con Teagan a cenar en nuestra pizzería favorita. Llevo sin verla desde ayer, cuando acabamos las clases en el instituto. Cuando le he preguntado que qué tal le fue el interrogatorio, me ha dicho de una manera un poco cortante que mejor me lo contaba en persona.

A saber.

A mí también me han interrogado, pero en mi caso, ha sido la mujer. No me gusta. Me mira de una forma que... No sé, parece que estuviera intentando atravesarme el cerebro con los ojos para ver algún tipo de información que busca, pero que no va a conseguir. Ya no sé en qué idioma decirle que no sé nada.

Teagan entra con el paraguas colgado del brazo chorreando agua. Resoplo. Vaya mierda, se ha vuelto a poner a llover y yo no llevo más que una sudadera con capucha para resguardarme. Se sienta a mi lado y me da un ligero beso en la mejilla. Huele a una mezcla de lluvia y el perfume suave y floral que siempre usa. Coloca el paraguas entre sus piernas, cubiertas por unas gruesas medias de color negro y una falda a cuadros.

—Estoy agotada, de verdad, vaya día... Hemos comenzado con los ensayos de teatro y están siendo un caos. Encima, el cretino de Logan no se ha dignado a dirigirme ni una mínima palabra salvo las que eran necesarias por el guion...

Paro de sorber mi Coca Cola y pongo los ojos en blanco cuando escucho el nombre de su exnovio.

—Pensaba que Logan te importaba una mierda...

Me mira con la boca abierta. Un mechón de pelo liso le resbala por el hombro hacia el pecho.

—Y me importa una mierda, pero es que no puede dejarme así. Dejarme *a mí* de esa manera...

—Pensaba que ya por fin tenías claro con quién querías estar.

—Lo tengo claro, pero es que me parece de muy mal gusto que...

—Teagan. —Doy un golpe encima de la mesa. Una pareja que está sentada disfrutando de su comida en la mesa de al lado nos mira con curiosidad, así que decido bajar más la voz. Si estuviéramos hablando de cualquier chorrada como ropa, quedadas o los exámenes del instituto, me daría igual. Pero Teagan y yo hace ya tiempo que hemos pasado esa etapa. Nosotras estamos un nivel (o varios) por encima de todas esas gilipolleces. Y precisamente esas cosas que tan nuestras son no deben ser habladas a voz en grito. Por muy nerviosa que me ponga a veces—. A lo mejor Logan te dejó no por la estupidez de que sabotearas la audición de la otra petarda, sino porque la policía está todo el maldito día detrás de nosotras, interrogando a nuestro círculo cercano y a nuestros profesores, y esto da lugar a los rumores que nos ponen como las mayores hijas de puta de la historia.

—A lo mejor lo somos...

Veo un atisbo de debilidad en su mirada que se ha quedado perdida en la *pizza* que el camarero está llevando a una de las mesas. Huele muy bien. Me he tomado la libertad de pedir nuestra favorita: la especialidad de la casa con piñones, queso de cabra y pesto.

Espero que no tarde mucho en llegar, porque estoy empezando a ponerme de los nervios. Ignoro el comentario de mi amiga y voy directa al grano.

—¿Qué tal fue el interrogatorio?

Teagan sigue con la mirada clavada en algún punto de la estancia. Chasqueo los dedos delante del rostro y parece despertar de su trance. Se muerde el labio inferior.

—La he cagado... Pero no sé hasta qué punto.

Noto cómo la sangre abandona mi cuerpo. Me acerco un poco más a ella.

—No les habrás contado...

—No, no. No soy tan idiota... El policía me lio y le dije que nos fuimos camino al aeropuerto para poder fumar más tranquilas... —Noto que estoy mirándola con una intensidad que asusta, y mi respiración comienza a agitarse poco a poco—. Pero luego le dije que estuvimos ahí un ratito y que nos volvimos a casa...

—¿Le dijiste que dejamos a Lilith en casa?

Teagan asiente despacio.

—Es lo único que se me escapó, te lo juro. El resto lo dije igual. Que dejamos a Lilith en casa, que luego me dejaste en la mía... Aunque me dejó caer que había cosas en la historia que no le cuadran, como lo de que a Lilith no se la ve en la cámara a la hora que nosotras dijimos, sino que solo se la ve cuando entra en *el otro coche*. Incluso me dijo que pensara muy bien si Lilith salió con nosotras esa noche. Creo que piensan que estuvo con otras personas.

—Vale, vale. No te preocupes. —Me inclino hacia mi amiga. Casi puedo notar su aliento en la cara—. La cosa es, Teagan, que no podemos salirnos de la versión que dijimos... Hicimos una promesa... —Teagan asiente y murmura algo que no llego a entender—. Y las promesas, nunca, nunca, nunca se rompen.

En ese momento, nuestra deliciosa *pizza* llega a la mesa. Se me hace la boca agua, pero ninguna de las dos hacemos amago de coger una porción.

—¿Sabías que la casas de Lilith tiene cámaras de seguridad?

—Sí, claro. Todas las casas las tienen, ¿no? Estate tranquila, estoy segura de que el policía se ha tirado un farol. Esas cámaras se conectan solo cuando no hay nadie en casa. Seguro que quería ver tu reacción.

Teagan se muerde el labio, nerviosa. Parece que no se ha quedado muy conforme con mi explicación.

—¿Crees que la encontrarán? —pregunta.

—Al principio sí. Estaba segura de que lo harían... Pero la policía está muy perdida—El terror se apodera de las facciones de Teagan. Agarro las manos de mi amiga con fuerza y la obligo a mirarme—. Teagan, escúchame. Conozco a Lilith desde que éramos un par de mocosas. Teníamos muchos secretos, ella sabía muchas cosas de mí y yo de ella. *No* querría que nadie la encontrara en su estado, lo estamos haciendo bien.

Sonríó. Teagan se suelta de mis manos y, de manera apresurada, coge la primera porción de *pizza* y le pega un bocado grande. Yo hago lo mismo.

—¿Lo estamos haciendo bien entonces?

Miro a mi amiga con la boca llena y bebo un poco de Coca-Cola para tragar cuanto antes.

—Estamos haciendo lo que tenemos que hacer. Total, nosotras no sabemos dónde está —digo antes de pegar otro bocado.

TENIENTE WALSH

Siento que, de una vez por todas, el caso de Lilith Neissel está dando un giro a nuestro favor. Estamos empezando a ver un rayo de esperanza en este maldito galimatías. Todo ha salido tal y como yo pensaba que saldría. La idea de citar a Queenie y a Teagan por separado y en diferentes horas para el segundo interrogatorio no ha podido ser más acertada, ya que hemos llegado a los dos puntos que queríamos:

Primero: Teagan ha flaqueado y le ha contado a Ricci un dato nuevo. Dato que ha hecho que su actitud, antes tan altiva y superior, haya pasado a ser reservada y asustadiza. Además de tener menos interacciones en redes sociales (de las que, por supuesto, estoy pendiente día y noche).

Segundo: En el interrogatorio que le hice a Queenie, siguió demostrando una actitud desafiante y déspota. Al contrario que Teagan, Queenie me regaló una segunda versión calcada a la primera. Me atrevería a decir que hasta respiraba en los mismos sitios en los que hacía pausas la primera vez. Parece que quiere demostrar que tiene razón y que lo que ella dice es la verdad absoluta.

Tercero: Morgan Endler parece haber desaparecido del mapa. Gracias a las redes sociales de su hermana y de Teagan, he podido dar con las redes de la chica. Su última interacción, tanto en Instagram como en Twitter, pertenece al mismo día en que interrogué por primera vez a su hermana pequeña. Después de eso, Morgan ha desaparecido del mundo digital que en estos últimos tiempos está plagado de fotos de Lilith Neissel y de comentarios relacionados con el caso.

Conclusión: Queenie, Morgan y Teagan están implicadas en la desaparición de Lilith Neissel. De momento no sabemos si son las únicas, pero desde luego sí las que más saben.

Por fin, después de tantos meses, hemos recibido la orden para pinchar los teléfonos de las chicas. Por culpa del fotograma en el que Lilith aparece subiéndose al coche, muchas de las órdenes que emitimos para poder avanzar han tardado meses en llegar, pero parece que ya podremos comprobar dónde se encontraban en la noche de la desaparición de Lilith y demostrar que lo que Ricci le ha sonsacado a Teagan es verdad. Y en efecto. La noche que Neissel desapareció, el teléfono de Queenie Endler la localizaba en la autopista que va directa al aeropuerto entre las doce y veinticinco y las doce y media. En un lugar en el que en un primer momento no habían estado. Y a unas horas que se suponía que las tres chicas estaban en casa.

Bajo del automóvil policial que he aparcado al lado de la primera y única gasolinera que hay en medio del camino entre Cork y el aeropuerto. Hace un día muy gris y frío, de manera que me abotono bien la gabardina y meto las manos en los bolsillos. Solo se escucha el sonido que producen mis botines sobre el asfalto mojado. Todo está muy tranquilo, como cada año que comienza a llegar la época de lluvias.

Abro la puerta de la gasolinera y detrás del mostrador me saluda un hombre pelirrojo y escuálido. Le enseño la placa a modo de saludo y él da un respingo sobre la silla en la que está sentado, haciendo que sus larguiruchos brazos se agiten de forma un tanto patética.

—Necesito las grabaciones de la cámara de seguridad que da a la carretera. —El hombre me mira sin decir nada, solo asintiendo muy rápido con la cabeza.

—Las... Las tengo todas en el almacén. Cada semana las cambio.

El hombrecillo se dirige dando traspiés hacia una puertecilla que está al fondo de la tienda con un cartel de «Privado». Nunca entenderé por qué la gente se pone tan nerviosa en cuanto les sacas la placa policial.

Le sigo a una distancia prudencial y me asomo por la puerta. Abre un cajón y saca dos cintas.

—Discúlpeme, pero necesitaría las cintas de la madrugada del siete de julio. No sé si todavía las conserva...

El pelirrojo asiente y hace un gesto con la mano, tratando de recordar dónde habrá puesto las cintas que corresponden a esa fecha específica. Echo un vistazo a mi alrededor y veo que todo está muy ordenado para mi sorpresa. Un par de minutos después, el hombrecillo se vuelve hacia mí con una única cinta en la mano y me la tiende con una sonrisa poblada de dientes amarillentos. Le devuelvo una sonrisa educada, mientras miro con resignación el material que me ha dado, más propio del paleolítico que del siglo actual. Ruego en mi interior que tengamos algún equipo capaz de reproducir este formato.

—Muchísimas gracias.

Tras decir esto, me acompaña hasta la tienda, diciendo cosas como que está encantado de poder ayudar y que espera que no sea algo muy importante. Es entonces cuando observo que, en el lado derecho del mostrador, tiene varias marcas de papel para liar tabaco: High Hemp, Raw, OCB... Y caigo en la cuenta de algo. Saco mi móvil ante la atenta mirada del dependiente. Se lo muestro en cuanto he encontrado lo que estaba buscando.

—¿Le suena haber visto por aquí a estas chicas? —Escudriña la foto que me he descargado del Twitter de Lilith en la que aparece ella junto a Queenie y Teagan—. Tal vez vinieron a comprar tabaco en verano, alguna noche...

Niega con seguridad. Una parte de mí se lo esperaba.

—No... Imposible, son niñas demasiado jóvenes para venir hasta aquí de noche. Me acordaría. Echo siempre a todos los adolescentes que... Espere. —Por un momento, se vuelve a activar en mi interior la esperanza de que me diga que, por lo menos, reconoce a alguna de las chicas—. Son las niñas que salen por la tele, ¿verdad? Esta, la bajita, es la que lleva desaparecida desde verano...

Ya es suficiente. Otra parte que no me gusta de mi profesión es cuando tratas de buscar pistas que impliquen a personas ajenas al caso. Y, en seguida, pretenden hacer de él como si fuera un programa de prensa rosa.

—Muchísimas gracias por su ayuda —le corto mientras me acerco a la puerta, apretando contra mi pecho la cinta.

Voy a cerrar la puerta cuando escucho que el dependiente me llama, ya repanchingado de nuevo en su silla. Y, por primera vez desde que empecé a tener consciencia real del caso que tengo ante mí, él le pone nombre a esa horrible sensación que me martillea las sienes cada vez que pasa un día más y seguimos sin una pista acerca del paradero de Lilith. Esa horrible sensación que trato de ignorar y callar. Pero él lo dice en voz alta, abriendo la caja de Pandora.

—Si no la han encontrado ya... Es porque la chiquilla está más muerta que viva.

XXII

TEAGAN

Trato de coger una bocanada de aire dentro de mi taquilla. Siento una presión en el pecho que no me deja respirar y me hace sentir pequeña y débil. Y es que no puedo más. Ya no puedo soportar más las miradas y los susurros. Desde que interrogaron a gente del instituto, Queenie y yo hemos pasado a ser unas apestadas a las que en vez de tener miedo han perdido el respeto.

Ella es más fuerte y los ignora a todos. Yo... bajo la cabeza y trato de pasar desapercibida. Esto es algo que ni se me pasó por la cabeza en el momento en el que pisé por primera vez el instituto. Momento que ahora parece estar a años luz.

Cierro la puerta de mi taquilla y apoyo la cabeza contra ella para recuperar el aliento mientras cuento hasta diez en mi cabeza e inspiro por la nariz y suelto el aire muy, muy despacio por la boca. Estamos a lunes, y en todo el finde no he movido un dedo para estudiar o para presentar las tareas que correspondían para esta semana. Pero la verdad es que eso ya me da igual. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme... Como por ejemplo el rumor que ahora se ha llevado la atención de mis compañeros: que esa noche nos emborrachamos y que a Lilith le dio un amarillo. Que nosotras la dejamos tirada sin ayudarla.

Mentirosos...

No tienen ni idea de nada. Absolutamente de nada. Golpeo la superficie de mi taquilla con rabia. Una... Dos... Tres veces. Me clavo el anillo que llevo en el dedo índice. Me duele, pero me da igual. Estoy más preocupada por controlar mi respiración. ¿Por qué nos hacen quedar a Queenie y a mí como las malas? Lilith ha contado muchos de nuestros secretos, sin llegar a importarle si nos podía destrozar o no la vida. Y todos la ponen de mártir en esta historia.

Comienzo a andar por los pasillos sin un rumbo fijo. No tengo ni idea de hacia dónde voy. Y es que en eso se ha convertido mi vida últimamente, en una sucesión de momentos que se limitan a pasar por delante de mis ojos sin pena ni gloria, convirtiéndome en un zombi.

A mi lado, mareas de gente pasan llevando mochilas, riendo, sacando libros y carpetas de las taquillas... Noto cómo los ojos de algunos de ellos se posan en mí con descaro y murmuran sin dejar de mirarme.

Risas, cuchicheos, risas, cuchicheos...

¿Dónde narices está Queenie cuándo la necesito? Miro desesperada a ambos lados del pasillo, pero no distingo el rostro de mi amiga: a la derecha, los estudiantes comienzan a meterse en sus aulas. Entran y salen. Entran y salen. Entran y...

A la izquierda, otros estudiantes bajan y suben por la escalera. Alguien choca conmigo y me tambaleo por la sorpresa. Me vuelvo hacia un chico que me saca una cabeza y que es corpulento. Va acompañado por un par de chicos más y todos llevan chaquetas a juego de del equipo de fútbol del instituto. Llevan ropa a juego, como solemos hacer Queenie y yo... El corpulento se me acerca, pero yo soy incapaz de moverme.

—¿Dónde está tu amiguita, eh, Stewart? —Mi respiración se acelera y mi corazón late apresurado. Tanto que duele. Noto el aliento del chico sobre mi cara, y es entonces cuando

me doy cuenta de que me ha acorralado contra la pared de detrás de la escalera, de modo que estamos apartados de la vista de todos. Sus amigos se encuentran detrás de él, en posición de ataque, lanzando miraditas de vez en cuando a sus espaldas, como temiendo que aparezca algún profesor—. Por separado no eres tan valiente, ¿eh, zorrita?

—Déjame en paz... —Trato de zafarme, pero me sujeta con fuerza del brazo. Noto que me voy a caer redonda de un momento a otro.

—Te dejaremos en paz cuando tú y la puta de tu amiga dejéis de comportaros como si fuerais las reinas del jodido instituto. —La presión sobre mi brazo es muy dolorosa. Quiero gritar, pero no me sale la voz—. Ayer tu amiga grabó un vídeo en el vestuario de chicas ridiculizando a mi hermana. —Los ojos del chico transmiten una rabia fuera de lo normal—. Y se ha dedicado a difundirlo por Twitter, demostrando que es la basura que todo el mundo dice que es.

—Eso es cosa de Queenie, yo no he hecho nada... —Intento moverme, pero es inútil.

Uno de los amigos del chico me tiene agarrada y me cierra el paso por la izquierda, sonriéndome de una forma lasciva.

—Tú eres igual que ella, pelirroja. Saboteaste a una de tus compañeras del grupo de teatro para quedarte con el papel protagonista. —Se acerca a mi cara todavía portando esa sonrisa que me pone los pelos de punta. Su aliento huele a chicle de menta.

—Ya hemos avisado a tu amiga de que de la pequeña Grace no se burla nadie.

El corpulento se acerca tanto a mí que noto el roce de sus finos labios con la punta de mi nariz, mientras que una de sus manos comienza a trepar de manera ágil hacia mi trasero. La presión en mi brazo es insoportable, me van a quedar cardenales, seguro, y mañana tengo ensayo de teatro. «¿Por qué te dedicas a difundir vídeos por Twitter, Queenie?». Lo que yo hice con Saoirse no tiene el mismo nivel de gravedad, pero de todos modos soy incapaz de responder al ataque y defenderme. Seguro que Queenie les ha plantado cara momentos antes. Ella es la fuerte.

—Pienso ir a dirección... Y hablar con el director para... para que os expulsen...

Los muchachos ríen. Suena la campana que nos indica que nos quedan solo cinco minutos para entrar en las aulas y preparar todas las cosas que necesitaremos para la materia antes de que llegue el profesor. De repente, la presión sobre mi brazo desaparece y los chicos me dejan espacio. El único que no me ha tocado insta sus compañeros para que me dejen ya.

—Mejor id a la policía y decid de una vez dónde coño está esa pobre chica. Sois unas pobres desgraciadas vestidas de putas *millenials*. Y toda la ciudad sabe que la estáis encubriendo.

El hermano de Grace me lanza una última mirada y le da un toque en la espalda al chico que ha permanecido apartado todo este tiempo y se alejan, no sin antes llamar al que me ha sobado el trasero minutos atrás y que ahora está en frente de mí, mirándome con asco.

—¿Sabes? Los rumores sobre ti tienen razón: Eres una zorrita preciosa. Pero solo vales para un polvo de borrachera...

—¡Jack, vamos! ¡Déjala ya!

—... porque ningún tío en su sano juicio querría estar con puta embustera.

Jack se aleja junto a sus amigos, pero yo me quedo quieta, con el corazón ardiendo de rabia y de impotencia, al borde del colapso. Cuando logro que mis piernas reaccionen, me desplazo temblorosa hacia la escalera y me dejo caer en el primer peldaño.

Los pasillos han quedado vacíos y las puertas de las aulas están cerradas. Mi cuerpo tiembla descontroladamente y empiezo a sollozar.

«No soy una puta embustera... No soy una puta embustera... Soy popular. *Somos* populares. Hicimos una promesa, era lo mejor que podíamos haber hecho. Y era correcto porque estuvimos casi dos meses planeándolo... Le dimos muchas vueltas y lo hicimos...».

Se me empieza a nublar la vista, me cuesta respirar.

«Era lo mejor, era lo que teníamos que hacer para que todo estuviera bien. Y ahora todo lo estaría, si no fuera porque la gente se empeña en meterse donde no les llaman. Todo era estupendo en mi vida, tal y como sabíamos que sería si llevábamos a cabo nuestro plan».

«Todo es perfecto».

«Todo es perfecto».

«Todo lo es».

«Perfecto».

«Perfecto».

«Perfecto...».

«Huele a rosas... De las rosas salen gusanos, sus pétalos se marchitan. Los gusanos blancos destacan entre un mar de rosas negras y muertas...».

Me va a estallar la cabeza, me voy a ahogar, no puedo más...

Es entonces cuando escucho un grito atronador que retumba por los pasillos. Trato de ubicar de dónde viene, hasta que descubro con verdadero horror que lo estoy emitiendo yo. Me veo rodeada de algunos curiosos y varios profesores que me hablan, tratan de hacer que los mire, que me tranquilice. Pero yo solo puedo gritar, y gritar, y gritar, y gritar mientras que me agarro con fuerza la cabeza y la agito, tratando que todas las horribles imágenes que aparecen sin cesar desaparezcan.

Que todo desaparezca.

Que todo se acabe de una vez.

Despierto tumbada sobre una camilla mientras un joven paramédico me toma la tensión. Le dice algo a su compañero y este prepara una jeringuilla. Entro de nuevo en pánico y me agito, pero el paramédico me retiene.

—Tranquila, cielo. Te vamos a administrar otro sedante.

—No, no, ¡NO!

—Tus padres nos esperan en el hospital.

—Quiero irme. QUIERO IRME. ¡QUIERO VOLVER AL INSTITUTO!

Me revuelvo en la camilla. Es entonces cuando me doy cuenta de que nos estamos moviendo. Tengo la boca seca y pastosa. Deduzco que me han sedado para sacarme del instituto, ya que no recuerdo nada desde que esos matones de mierda me acorralaron detrás de la escalera. Grito haciéndome daño en la garganta.

—Teagan. Teagan, mírame. —El joven intenta que clave mi mirada en sus ojos, pero no puedo. El corazón me late apresurado, me duele tanto el pecho que parece que me va a reventar.

Me sigo revolviendo y gritando. Esto no es justo, yo no he hecho nada malo. Yo soy una chica popular, guapa, saco buenas notas, tengo el papel protagonista en la obra del

instituto, y tengo a Queenie a mi lado... Tengo todo lo que quiero al alcance de mi mano. Esto no puede estar pasando.

Entonces, sin saber por qué, me viene a la mente un recuerdo de Lilith riéndose a mi lado un día que estábamos en el centro comercial tomando un Starbucks.

Ella se ríe en mis recuerdos. Y yo grito a pleno pulmón hasta volver a quedarme sin sentido.

INSPECTOR RICCI

Es por lo menos la décima vez que veo la cinta de vídeo que Walsh ha traído. Le he dicho que yo me encargo para que ella pueda dedicarse a continuar mirando los movimientos telefónicos y por redes sociales de las dos adolescentes. Cada vez tenemos más claro que esas niñas en apariencia angelicales esconden algo muy oscuro, un secreto de mayor envergadura que todos los que le podían haber contado a Lilith juntos.

De cara al mundo y a pesar de los rumores que hay en todo el entorno de las muchachas, la desaparición de Lilith se trata como una fuga. Hemos logrado que se nos permita activar la Alerta Amber, ya que tenemos pruebas de que no se trata de una simple huida, porque la chica no ha encendido su móvil en todo este tiempo y no ha hecho uso de su tarjeta bancaria. De este modo, la foto y la historia de Lilith están en los telediarios, en marquesinas de autobús, radares, periódicos...

Es la décima vez que veo la grabación y vuelvo a detenerla en el momento exacto en el que un Cadillac pasa enfrente de la gasolinera a las doce y veintisiete horas. Un modelo de coche que, por la escala de grises que presenta en los apenas tres segundos que dura en pantalla, puede ser de un gris muy clarito... Como el Cadillac que pasó a recoger a Lilith a su casa después de que, presuntamente, sus amigas la dejaran en casa.

La grabación es mala. Malísima. Y está pixelada. Pero al cabo de una hora más o menos, el mismo coche aparece en dirección contraria. A la una y treinta y ocho de la madrugada.

Me balanceo en el butacón mientras me paso la mano por la incipiente barba. Todo indica que ese coche puede ser el de las chicas. El coche de Queenie, de hecho. El localizador del móvil de Queenie la sitúa en ese lugar a las doce y veintisiete, pero a las doce y treinta y uno, se pierde la señal, como si hubiera apagado el teléfono. Por su parte, los teléfonos de Teagan y el de Morgan no muestran ninguna señal de localización.

Le mando un aviso a Walsh para que me averigüe el modelo del coche de Queenie Endler y si hay alguna correlación entre el Cadillac que recogió a Lilith en su casa y el que captó la cámara de la gasolinera. Mi compañera es eficiente y sé que no tendré que esperar mucho para obtener la información que necesito. Aun así, me inquieta el hecho de que las horas no encajan con el testimonio de las adolescentes, lo que las hace más sospechosas aún de la desaparición de Neissel.

XXIII

MORGAN

La música retumba en todo mi cuerpo. Le doy un trago más a la cerveza antes de dejarla sobre la barra y me abro paso entre la multitud para salir de la discoteca a tomar el aire.

No sé por qué he venido, porque lo único que me apetecía era quedarme en casa, en silencio. El otro plan que tenía era ir a casa de Moira, porque sus padres no estaban e iba a hacer una fiesta. Pero no podía ir. No soportaría ir. No soporto los rumores que hay por todos lados sobre la desaparición de Lilith. Muchos de ellos tienen a mi hermana como protagonista. Incluso alguna vez me han llegado habladurías en las que dicen que yo estoy implicada en la desaparición.

Al final siempre vuelvo a la noche en la que Lilith desapareció. No dejo de tener pesadillas que me acosan a cualquier momento del día. No logro entender qué es eso que me tiene tan angustiada cada vez que los conceptos «Queenie» y «desaparición de Lilith» se juntan.

Me apoyo en la pared del garito mientras siento que el frío me cala los huesos. Debería haber cogido el abrigo, pero era demasiada mi urgencia por salir de ahí. Me abrazo el cuerpo e intento que no me castañeen los dientes.

—¡Morgan! ¿Dónde estabas? —Nora aparece a mi lado, subiéndose la cremallera del abrigo. Nora siempre está a mi lado cuando la he necesitado, por mucho que yo le haya podido fallar en incontables ocasiones. Se arrejunta a mí, como para darme calor, gesto que agradezco.

—Necesitaba salir, me estaba empezando a agobiar entre tanta gente...

—Si quieres nos vamos, ¿eh? Buscamos otro sitio que esté más vacío.

Niego con la cabeza. Quiero irme a casa y meterme en la cama, pero, por otro lado, siento que necesito estar acompañada. Nora saca su móvil y la veo meterse en Twitter. De pronto su expresión cambia totalmente.

—Wow, ¿has visto el hilo que ha abierto Lindsey? Alucino.

La miro con curiosidad mientras ella me tiende el teléfono, hace bastante que no me meto en mis redes sociales. Me pongo a leer. El hilo habla de que esta mañana se han llevado a Teagan del instituto en ambulancia porque ha petado y se ha vuelto loca. El hilo está lleno de *tweets* de gente del instituto que dicen que se lo merece, que le ha explotado la cabeza por todos los secretos que guarda junto con Queenie. Y que si no guardara ningún secreto con respecto a la desaparición de Lilith, no hubiera colapsado de la manera que lo ha hecho.

No me había enterado. La sensación desagradable vuelve de nuevo a mí.

—¿Crees que tu hermana tiene algo que ver en la desaparición de Lilith?

Bajo la cabeza, insegura. Nora me mira y un mechón de pelo le cae por la cara. Parece dispuesta a escuchar. Ella siempre está dispuesta a escuchar.

—¿Recuerdas que alguna vez hemos hablado de la fiesta en casa de Tommy?

Asiente, sin saber muy bien por dónde voy. Yo prosigo.

—Esa noche fue la noche que Lilith desapareció... Nora, ¿yo no iba borracha, verdad?

Mi amiga enarca una ceja, perpleja.

—Mmmm... No. Tampoco estuviste mucho tiempo: Te tomaste un par de cervezas que yo viera... y luego estuviste bailando... Si recuerdo que hasta nos hicimos un par de fotos para subirlas a Twitter y a Instagram. ¿Por qué me preguntas eso si sabes de sobra que no bebiste apenas porque estabas tomando paracetamol por un resfriado?

Suspiro. Maldita Nora, qué memoria tiene para todo.

—Porque esa noche pasó algo...Y creo que me resulta más sencillo pensar que estaba borracha para justificarlo.

La cara de Nora es un poema. Miro a mi alrededor: chicos y chicas sonrientes, frenéticos por el alcohol y la noche, divertidos, sin preocupaciones. Se me encoge el corazón cuando me doy cuenta de que no me reconozco. La Morgan que solía ser era como ellos. Ahora vivo con un constante nudo en la garganta y un gran peso en el estómago desde mucho antes de haberme dado cuenta. Era feliz y no lo sabía.

—No entiendo... ¿Qué tiene que ver algo que viste en la fiesta de Tommy con la desaparición de la amiga de Queenie?

Entonces miro a Nora a los ojos. Parece que las palabras tardan años en salir de mi boca, porque me cuesta un mundo pronunciarlas, pero ahí están, por fin. Un escalofrío me recorre la columna.

—No es algo que pasara en la fiesta... Es algo que pasó cuando llegué a casa. Me quedé un rato fuera hablando por teléfono con Elliot, que de aquella estábamos aún tonteando... Entonces... Entonces... —Soy incapaz de continuar. Nora apoya su mano en mi brazo para insuflarme ánimos—. No puedo recordar nada, solo una mancha de sangre muy grande en el cuello de la camiseta... la silueta de unos dedos... Nora... Alguien agarró la camiseta, lo sé, pero... no quiero... recordar... no puedo...

Nora no dice nada. Me abraza porque he empezado a llorar. No sé si de miedo o por la impotencia de no ser capaz de quitarme este peso tan grande de encima.

—Ey, mírame. —Con ambas manos me levanta la cabeza y me mira a los ojos—. Cuéntame qué pasó esa noche. En el fondo sé que quieres hacerlo, necesitas hacerlo. Estoy aquí contigo, no pasa nada.

Contengo un gemido de dolor. La voz de Lilith me martillea la sien diciéndome que yo sé la verdad.

—Mogan, ¿de quién era esa sangre?

Cuento mentalmente hasta tres. No puedo seguir callando. Yo también necesito respuestas.

Entonces comienzo a contarle a Nora todo lo que sé.

TENIENTE WALSH

Es tarde y estoy agotada, pero soy incapaz de relajarme. Con un termo de café al lado, continúo buscando pruebas por las redes sociales de Teagan, Queenie y Lilith. He observado que hay un patrón que se repite en todas las fotos de los últimos meses antes de la desaparición de la chica, y es que ella siempre permanece en segundo plano, con expresión triste, mientras que Teagan y Queenie siempre aparecen juntas y sonrientes. Además de varios *tweets* que, sin duda, parecen indirectas entre el trío.

Echo un vistazo a la mesa, buscando el diario de Lilith. Me lo he dejado en la mesa de mi escritorio del trabajo. Suelto un taco por lo bajo. Debería intentar ser más ordenada, seguro que las cosas empezarían a irme mucho mejor.

Me froto los ojos, los noto agotados, así que me levanto del sofá y me dirijo hacia la mesa del comedor, donde siempre dejo mis gafas. Tengo que buscar y comprar pronto un nuevo centro de mesa, ya que antes tenía unas cuantas fotos más y de Alan. Suspiro. Es increíble como aún hay días que recordarle me hace daño.

Me coloco las gafas y escucho el teléfono sonar. Un mensaje. Regreso arrastrando los pies hacia el sofá y cojo el móvil que se encuentra al lado del portátil. Se trata de un mensaje de Ricci que me pide que investigue el modelo de coche de Queenie y trate de investigar cuantos coches Cadillac de un color gris, perla o blanco hay a día de hoy registrados en la ciudad, y quiénes son sus propietarios. Cree haber encontrado una correlación entre el coche de la cámara de seguridad de la casa de los Neissel y uno de los coches que se captaron con la cámara de la gasolinera.

Aunque es tarde, me dispongo pedir una orden de registro para el coche de Queenie que, con toda seguridad, podré tener mañana a primera hora de la mañana. Escribo los datos de la chica y los míos, remarcando que se trata de una menor de edad. Si todo sale bien, por la tarde podré presentarme en su casa para llevar a cabo la investigación pertinente.

Una vez he acabado, continúo leyendo en este caso algunos de los *tweets* de Queenie, donde descubro varias perlititas que no sé si van hacia sus propios compañeros o hacia nosotros.

Queenie endler @_queeniie

Se creen que pueden recordar lo que pasó mejor que nosotras mismas...

Nadie en este mundo va a poder con Teagan y conmigo. Y si crees que puedes, estás jodidamente equivocado.

Leo los *tweets* en un murmullo apenas ininteligible. Sigo buscando. La popularidad de Queenie en las últimas semanas ha caído a la vez que crecía el desprecio que sienten hacia ella sus propios compañeros por sus aires déspotas.

Entonces, cuando creo que no puedo encontrar nada que me pueda servir, aparece ante mí un *tweet* que capta mi atención.

Queenie endler @_queeniie

Realmente, lo hicimos a la de tres.

Puede no ser nada, pero por todo lo que llevo visto, esta chica no pone nada a la ligera. Me meto en las interacciones, y descubro que Teagan ha marcado ese *tweet* como favorito.

—¿Qué te hicieron, Lilith? —murmuro.

Queenie parece estar desafiando a la ciudad entera desde la seguridad que ofrece una pantalla. Y yo, desde el anonimato que me ofrece la mía, continúo sumergiéndome en el día a día de estas chicas. Encuentro varios *tweets* en los que Queenie hace llamamientos a todo aquel que quiera ofrecerse para ayudar a encontrar a Lilith, varias fotos de ellas dos... Incluso encuentro algunos *tweets* de la propia Lilith que Queenie ha *retwitteado*.

Doy un sorbo al café. Me llega un correo al *mail* del trabajo confirmándome la solicitud de la orden de registro al vehículo de Queenie. Ha sido mucho más rápido de lo que esperaba.

Sigo investigando los *tweets* de la chica. Tal vez no debería estar haciendo esto fuera de las horas de trabajo, pero necesito resolver todas las incógnitas que tengo en mi cabeza cuanto antes. Cada vez siento que está más cerca el final de este caso que tanto me está tocando en el terreno personal.

Entonces, como si pareciera que el universo ha leído mis pensamientos, encuentro algo que me soluciona la mayor incógnita que ahora mismo tanto Ricci como yo tenemos en la cabeza: en el *tweet*, Lilith bromea sobre que han estado veinte minutos para poder aparcar porque Queenie es pésima para ello. El *tweet* va acompañado de una foto sobre la que hago clic. Tarda un segundo en cargarse, pero se me hace eterno.

Para subir la foto a las redes sociales, Lilith ha tapado con un emoji la matrícula del coche de su amiga para que no se pueda ver.

Me acerco un poco a la pantalla colocándome las gafas y sonrío con una expresión de triunfo mientras con la mano que me queda libre tanteo la mesa para agarrar mi móvil y mandarle un mensaje a Ricci. Observo la imagen en la que se puede ver un Cadillac de color gris perla mal aparcado entre dos plazas de aparcamiento con el emoticono de una cara partiéndose de risa.

XXIV

TEAGAN

Un golpe, otro, otro. Gritos que me desgarran los tímpanos y que me retuercen el corazón. Solo quiero que pare. Me miro las manos y las veo llenas de sangre. Y los gritos siguen hasta que, por fin..., llega el silencio. El silencio acompañado de mi respiración agitada y de unos sollozos que cada vez se hacen más fuertes y escapan de mi boca...

Abro los ojos de golpe, me despierta una dolorosa taquicardia. Estoy tumbada en la cama de una habitación que no es mía, con las paredes de un blanco impoluto, al igual que las sábanas que me cubren. Entonces lo recuerdo: la ambulancia, el ataque de pánico, el dolor que no siendo físico dolía más que cualquier herida... Los dos días de hospital, la preocupación en el rostro de mis padres... Toda esta pesadilla vuelve a cobrar sentido una vez más.

Me siento en la cama mientras noto el sabor agrio en mi boca pastosa. Estoy muerta de sed. Todavía late en mi interior la mala sensación que me creó el sueño que he tenido esta noche y creo que es por eso por lo que me miro de soslayo las manos, que están igual que siempre: pálidas y con las uñas pintadas de azul.

Ahora lo entiendo todo. Este dolor, esta sensación de ahogarme y de no poder respirar no va a desaparecer por mucho que intente taparla con la satisfacción que me da ser la protagonista de la obra del instituto, con las buenas notas o con la popularidad. No voy a poder seguir con mi vida hasta que este tema quede solucionado...

Veo la ciudad pasar a toda velocidad a través de la ventanilla del coche. Mis padres van en silencio y yo tampoco he tomado la iniciativa de abrir la boca en todo el trayecto. No tengo apenas fuerzas. Llevo la cabeza apoyada contra el cristal. El pelo me cae por la cara y lo retiro para ponerlo detrás de la oreja mientras muevo la cabeza ampliando así mi visión.

Nos detenemos ante un semáforo. Me doy cuenta de dónde estamos. El coche avanza de nuevo, y mi voz escapa entre mis labios de una manera débil pero decidida.

—Para...

Mi padre me mira por el retrovisor, sin entender. Mi madre se gira y me apoya una mano en la rodilla.

—Para, por favor...

—Teagan, ¿para qué?

—¡Para! Tengo que hacer una cosa, tengo que hacerla ¡YA!

Forcejeo con la puerta del coche, y cuando mi padre hace una maniobra para poder aparcar, la puerta se abre y por poco me caigo al asfalto. A mi alrededor, la gente va y viene como si fuera un día normal. Trato de coger aire y cierro la puerta, ignorando a mis padres que salen del coche, perplejos y asustados.

—¡Teagan!

Les miro un y echo a correr sin mirar atrás. Escucho a mi madre gritar mi nombre un par de veces más, la gente me mira al pasar como una bala. Pero no me importa. Sé que, en el fondo de sus corazones, mis padres saben a dónde me dirijo y no tardarán en aparecer por allí.

No me detengo hasta que no llego a la Comisaría de Policía de Cork. Cojo aire, siento que mis pulmones se llenan a rebosar. Ya casi está. Un pie. Otro pie. Las puertas se abren. Una policía me pide con amabilidad que deje todos los objetos metálicos en una bandejita de plástico y que pase por el arco detecta metales. Otra puerta. Mis pies me guían hacia la mesa de recepción. Me preguntan algo, pero no he prestado atención, ya que estaba ocupada en reunir las fuerzas necesarias para decir lo que ya no puedo callarme más.

—Verá... Soy Teagan Stewart, y he venido a contar algo que nunca he contado con respecto al caso de Lilith Neissel...

TENIENTE WALSH

El caso de Lilith Neissel toma un nuevo rumbo cuando establecemos que el coche de Queenie Endler fue captado por las cámaras de la gasolinera y las de seguridad de casa de los Neissel, corroborando así que las jovencitas nos mintieron. La pregunta es: ¿por qué?

Tengo la orden de registro, y me he tomado la libertad de coger material para recoger algún tipo de prueba. Me recibe la madre de Queenie, con la sonrisa que siempre la acompaña estampada en el rostro. Le muestro la orden de registro y noto el nerviosismo en su voz.

—¿Ha hecho algo mi hija?

Sonrío. No le puedo decir su hija de dieciséis años es una de las principales sospechosas del caso. Y que su otra hija también puede guardar relación con la desaparición.

—Estamos descartando. Tratando de reconstruir lo que pasó esa noche. Y su hija y Teagan Stewart fueron las últimas personas que vieron a Lilith Neissel antes de que desapareciera.

La mujer me abre paso hacia el interior, pero le digo que solo necesito echarle un vistazo al coche, de manera que me acompaña hacia donde está aparcado, dentro del garaje que da acceso directo al enorme jardín de la propiedad.

—Si necesita algo, no dude en pedírmelo, estaré dentro. —Me tiende las llaves del coche de su hija y del garaje

Me quedo a solas, en el jardín, observando cómo se aleja para volver a meterse dentro de la casa. Pero me sigo sintiendo observada. Levanto la mirada y veo unos ojillos y una cara seria que me miran desde una de las habitaciones del segundo piso. Por un momento dudo sobre si se trata de Queenie, lo que es imposible, ya que a estas horas estará en el instituto.

Me doy la vuelta y me dispongo a inspeccionar el coche mientras me coloco los guantes de látex. Lo primero que hago es hacerle una foto a la matrícula. Todo parece en orden. Abro el coche y veo que está limpio, y huele demasiado fuerte a ambientador de moras. En la guantera están los permisos de conducción, papeles del seguro, papeleo del coche... Incluso descubro varios mecheros y un ticket de un lavadero de coches que data de dos días después de que Lilith desapareciera.

Veo un paquete de chicles empezado y una lata de Coca-Cola *light* vacía. En el asiento trasero no hay nada. Todo está demasiado limpio para tratarse del coche de una adolescente de dieciséis años. Abro entonces el maletero y me lo encuentro vacío, solo con una manta a cuadros. La levanto, pero debajo de esta no hay nada. Me fijo bien cómo en un rinconcito hay una mancha casi imperceptible y no más grande que una uña, de un color marrón. Tal vez...

Me inclino dentro para recoger la muestra. Paso la espátula unas tres veces por la superficie del tapizado hasta que creo que ya tengo suficiente material para llevar a analizar. La meto en el tubo correspondiente y lo guardo de nuevo. Cierro el maletero, pensando que sé qué puede ser esa mancha. Cuando me doy la vuelta, me encuentro cara a cara con una chica y distingo en ella al rostro que me miraba desde la ventana de la habitación. El parecido con Queenie es asombroso, podría decir que son idénticas si no fuera porque esta chica es como la versión más *punk* de la adolescente: camiseta de los Rolling, vaqueros rotos y desgastados, botas negras con plataforma y las puntas de su

cabello teñidas de un rojo brillante. Morgan Endler me mira con sus enormes ojos azules sin apenas pestañear.

—Hola, ¿te puedo ayudar?

Desvía la mirada hacia el coche y luego vuelve a posar sus ojos en los míos, temerosa.

—¿Cree que Queenie puede estar implicada en la desaparición de Lilith?

Me acerco a ella para tratar de transmitirle sensación de seguridad. Su actitud es muy diferente a la que mi compañero me describió la primera vez que hablaron. No me parece que sea tan altiva como su hermana, sus ojos muestran otra cosa... ¿miedo?

—Es una de las últimas personas que vio a Lilith antes de que desapareciera. Lo que intentamos hacer es descartar a tu hermana del caso.

Se muerde el labio inferior.

—Es que... Tal vez no deberían descartarla, tal vez... —Mira a su alrededor, nerviosa. ¿Está a punto de acusar a su hermana?—. Creo que Queenie le hizo algo a Lilith, porque... porque la noche que Lilith desapareció, yo... —Sus ojos se empañan en lágrimas, pero ella hace un esfuerzo por no mostrar debilidad y seguir hablando. ¿Y si nos hemos equivocado desde el primer momento?—. Vi que mi hermana tenía sangre en la camiseta. Y esa sangre no era suya. Y Queenie siempre que se escapaba de casa por la noche era para quedar con Teagan y Lilith... Pero esa noche... Esa noche Queenie estaba diferente. Y al día siguiente Lilith había desaparecido y nadie sabía dónde estaba...

Apoyo la mano sobre su hombro, tratando de reconfortarla. No me parece que me esté mintiendo.

—Sabes que estás acusando a una menor de edad de algo muy grave y que no puedes mentirle a una autoridad, ¿verdad, cariño?

Ella asiente, sorbiendo por la nariz.

—Sé que no me equivoco en lo que le digo porque Lilith y Queenie se peleaban mucho antes de que todo esto... El fin de semana antes de su desaparición, Lilith se vino a pasarlo con nosotras y aunque todo parecía normal, notaba que mi hermana la trataba como con desprecio, de una manera no muy buena. Lilith parecía no querer darse cuenta... Y la imagen de mi hermana con la camiseta manchada de sangre la he intentado olvidar desde el segundo en que me enteré de que Lilith había desaparecido... Esa noche yo estaba de fiesta con mis amigos, estuve a punto de llevarme el coche, pero al final me pasaron a buscar... Y luego cuando regresé a casa, Queenie llegó con el coche y manchada. Prefería pensar que eso que vi era producto de mi imaginación... Estuve mucho tiempo tratando de convencerme de que no era real hasta que me di cuenta de que, si no lo decía, yo estaría contribuyendo también a que Lilith no pudiera volver.

Asiento. Noto en la mirada de la chica que poco a poco se va relajando, como si se hubiera quitado un peso enorme de encima.

—No va a ir a la cárcel, ¿verdad?

—No tiene por qué. Aún no se ha demostrado nada.

La chica suspira. Tengo que enviar la muestra al laboratorio para concluir a quién pertenece la sangre. Y por si fuera poco, ya tengo un testimonio que pone a Queenie Endler en el punto de mira. Es entonces cuando la melodía de mi móvil nos sobresalta a las dos. Veo en la pantalla que se trata de mi compañero.

—Ricci...

—Adara, ¿dónde estás?

—En casa de Queenie Endler, he estado revisando el coche, cogiendo...

—Vente a la comisaría ya.

Me alejo de la chica, no sin antes darle las llaves del coche de su hermana y las del garaje, y salgo al jardín para hablar más tranquila con mi compañero, mientras le hago un gesto de despedida y disculpa a la vez a la adolescente. Dejo atrás el jardín y camino hacia la calle a paso bastante acelerado. La voz de Ricci me muestra un tono urgente.

—¿Qué ha pasado?

—Es Teagan Stewart... Quiere confesar.

XXV

TEAGAN

Respiro. Noto cómo el aire entra en torrente por mis pulmones que parecen ser agitados por una tremenda tempestad. El ambiente es pesado, asfixiante. Huele a tabaco, por el hombre que se encuentra sentado en frente de mí, con las manos entrelazadas sobre la mesa.

Mi pierna izquierda se mueve nerviosa, dando golpecitos sobre el suelo.

«Díselo...».

Desvío la mirada hacia la mujer que parece esconderse entre las sombras para analizar con esos ojos azules como el hielo cualquier signo, cualquier evidencia que le demuestre por qué estoy aquí una vez más. Trato de enfocar la mirada, pero me siento vulnerable, mareada. ¿Es así como te sientes cuando estás a punto de morir? Por lo que a mí respecta, llevo muchos meses muerta.

Muevo una mano temblorosa para coger el vaso de agua y darle un trago. Bebo con ansia mientras en mi cabeza las palabras y los recuerdos se amontonan componiendo una melodía caótica manchada de color escarlata. Me miro las manos con disimulo. Ojalá tener conmigo el gel desinfectante. Ojalá. Porque esas putas manchas rojas no se van nunca. Nunca. Nunca. *Nunca*.

El hombre me mira interrogante, inclinándose hacia mí. Quiero gritar. Golpear la mesa. Golpearle a él. Dentro de mi pecho, se funden en un mismo ser un animal salvaje y un huracán que amenazan con asesinarme desde dentro mientras noto cómo aprietan mi corazón con sus gélidas manos.

Todo esto es mi culpa.

Tengo muchísimo miedo. Aunque no sé si este miedo se puede comparar al que *ella* tenía. Recuerdo sus ojos. Sus enormes ojos azules que en ese momento eran más enormes todavía, como si quisiera entender, como si con ellos estuviera gritando esa palabra que su boca susurraba...

—Nosotras la apuñalamos. —Siento que disparo cuchillos con cada palabra, apagando la última esperanza que ambos albergan en su interior desde el inicio de esta pesadilla. Pero los dos tenientes de policía no mutan su expresión—. No fue un accidente. La asesinamos.

Me llevo una mano a la boca. Voy a vomitar.

«Y lo hicimos a la cuenta de tres».

El silencio pesa como una losa en la sala de interrogatorios donde estamos metidos. Escucho mi corazón golpear en los oídos, pero siento como si estuviera dentro de un sueño. Ojalá nada de esto fuera real. El policía suspira y se pasa una mano por la frente para, acto seguido, mirar a su compañera. Ella, con esa simple mirada, es capaz de entender lo que el hombre le ha querido decir y sale de la habitación.

—¿A quién apuñalasteis, Teagan?

—A Lilith.

—¿Quiénes?

—Queenie y yo.

Silencio. Creo que estoy logrando recomponerme un poco. Necesitaba soltarlo, y aunque sé las consecuencias que puede tener para mí, estoy tranquila.

—Lilith... Lilith pudo... ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

Le miro a los ojos, tan intensamente que las lágrimas comienzan a saltar de nuevo...

—Ella solo dijo que *por qué*... Repetía eso una y otra vez...

—¿Por qué, Teagan? ¿*Por qué*? ¿Tienen respuesta las últimas palabras de Lilith Neissel?

Me muerdo el labio. Ojalá no fuera así, pero es la verdad.

—Porque ya no nos caía bien. No queríamos seguir siendo sus amigas.

El hombre trata de esconder una expresión de sorpresa, indignación y asco. Pero es algo que no puede pasar desapercibido. El corazón late muy deprisa, y ya no sé si el dolor en el pecho es debido a esto que estoy haciendo o porque de verdad me duele por lo que hice.

—Teagan, necesito que me cuentes qué pasó esa noche. Mi compañera ha ido a hablar con tus padres. Vas a necesitar un abogado, y si no puedes costearlo uno, te asignaremos uno de oficio... Estás confesando un asesinato. No puedo garantizarte nada, pero podemos alegar que ayudaste a la policía. Todo depende de lo que nos cuentes, entiendes, ¿verdad?

Asiento. Me siento muy culpable. Después de todo, creo que esto es lo mínimo que puedo hacer.

—Yo era nueva en el instituto y en seguida me hice amiga de Lilith y Queenie, que eran las chicas populares. Nos lo pasábamos genial juntas, hasta que Queenie y yo comenzamos a darnos cuenta de que nosotras dos éramos mucho más afines de lo que lo éramos con Lilith... Ella era... diferente. No tenía los mismos gustos ni inquietudes que nosotras.

»Por eso, decidimos que lo mejor sería comenzar a apartarla poco a poco. Quedando a escondidas. Vistiéndonos igual. No contándole muchas cosas. Porque ella, en verdad..., ya sabía muchos de nuestros secretos.

—¿Qué secretos?

Me revuelvo incómoda en mi asiento.

—Tonterías que le contábamos... Y ella se dedicaba a contárselos a sus demás amigos... No sé, llegó un momento en que ya no nos llevábamos nada bien. Pero seguíamos ahí hasta que... Hasta que no pudimos más. Lilith continuaba pegada a nosotras con sus chorradas y no había manera de que desapareciera...

»Fue entonces cuando se dio cuenta de que no la queríamos a nuestro lado y comenzó a meter mierda por Twitter... Aunque yo en esas cosas ni me metía. Era más algo de Queenie y de ella. Queenie acabó por odiarla. Y, entonces... Un día me dijo que tal vez podría ser buena idea si la matábamos. Porque de seguir así, Lilith acabaría revelando todos nuestros secretos.

»Estuvimos planeándolo durante meses hasta que decidimos que era el momento. Al principio pensaba que era una broma de Queenie, que lo decía para mostrar que odiaba a Lilith hasta ese punto. De hecho, traté de sacarle la idea de la cabeza porque me parecía que era excesivo. Pero ella decía que si Lilith seguía con vida, sería dueña de todos nuestros secretos y nosotras nunca viviríamos en paz.

—¿Qué pasó en realidad esa noche, Teagan?

—Queenie y yo lo preparamos todo por la tarde: bolsas con ropa limpia, toallitas de bebé para limpiarnos, lejía, palas... Incluso fuimos a la floristería y compramos un ramo de rosas

para... Bueno, eso da igual...

»El caso es que cuando Lilith llegó del trabajo, le mandamos un mensaje para convencerla de que viniera a dar una vuelta. Que era una oportunidad genial para poder quedar las tres, hablar y pasar un rato bueno. Y dijo que sí...

»Fuimos a buscarla a su casa, pasada la medianoche. Serían las doce y diez, doce y cuarto más o menos. — Veo en la mirada del inspector de policía que en su cabeza todo empieza a encajar—. Condujimos hacia el aeropuerto, porque allí hay zonas boscosas donde podíamos estar sin que nadie nos molestase.

»Cuando llegamos, salimos del coche y le dijimos a Lilith que nos habíamos olvidado el mechero en la guantera, y ella se ofreció a ir a por el suyo mientras que nosotras liábamos unos cigarrillos. Cuando Lilith se dio la vuelta, Queenie y yo sacamos los cuchillos que habíamos escondido en los bolsillos de las sudaderas.

»Contamos hasta tres... Y comenzamos a... —El policía hace un gesto con las manos para invitarme a continuar al ver que me he detenido. Tengo la boca seca, necesito beber agua—. Ella... trató de pelear, de hecho a mí me logró quitar el cuchillo y me cortó en la pierna.

»Y, justo ahí, fue cuando me di cuenta de lo que estábamos haciendo. Me di cuenta de lo que yo había hecho. Me miré las manos y las vi llenas de sangre, al igual que mi falda. Tenía la respiración agitada y solo oía los gritos cada vez más débiles de Lilith...Y el sonido horrible del cuchillo de Queenie golpeándola por todos lados... En los brazos, en el pecho, en el torso, en la espalda, en la cara...

»Comencé a gritar a Queenie que parara, que parara de una vez. Pensaba que, si se detenía en ese preciso momento, podríamos ayudarla y salvarle la vida. Iríamos al hospital de urgencias, la salvarían. Y al día siguiente todo volvería a ser como antes...

»Yo no quería matarla, ¡en el fondo era mi amiga! Pero Queenie no me escuchó... Y no paró hasta que los gritos de Lilith se... apagaron y su cuerpo... dejó de moverse.

No puedo seguir con esto. Revivir esos momentos hace que me dé cuenta de que no me lo van a perdonar nunca. He arruinado mi vida cuando siempre tuve otra opción.

—Entonces, la introdujimos más dentro del bosque. Arrastramos a Lilith y tratamos de cavar un hoyo cerca de un riachuelo para enterrarla, pero el terreno era muy rocoso, así que comenzamos a cubrirla de barro, hojas secas, ramas los árboles... Y la dejamos ahí.

»Queenie y yo volvimos al coche en silencio. Recuerdo que comencé a llorar de puro terror, pero Queenie me dijo que era lo mejor. Nos habíamos estado preparando durante meses para esto y las dos sabíamos que así era como acababa. Era muy importante que nos ciñésemos al plan que nos sabíamos de memoria después de haberlo repetido tantas veces.

»Nos limpiamos y nos pusimos la ropa limpia. Volvimos a casa repasando una vez más todo. Queenie me dejó en casa y... Al día siguiente me escribió diciéndome que Lilith había desaparecido. Esa era nuestra señal. La señal que indicaba que el *show* daba comienzo. Ya solo nos quedaba comportarnos como las dos amigas superafligidas y destrozadas. De cara a los demás, incluso de cara a nuestras propias familias, llorábamos, posteábamos fotos con Lilith... Cuanta más gente nos viera «destrozadas», menos nos relacionarían con el caso. En verdad, creo que al principio era tal la euforia que tenía que estaba como en una nube... Pero supongo que, los débiles como yo, no estamos hechos para guardar un secreto de tal magnitud...

El policía suspira y se pasa la mano por la cabeza. Se inclina hacia mí, con sus manos cruzadas sobre la mesa. Ya no veo asco, y tampoco miedo en su expresión. Tiene cara de

póker. Supongo que es lo que les enseñan para que los interrogados —en mi caso, la asesina—, no podamos leer en su cara lo que nuestros actos les provocan. Porque sí, soy una asesina. Una maldita y repugnante asesina. Entonces, por primera vez en todo el tiempo que llevo aquí metida, me fijo en que a su lado hay una grabadora de voz. Ahora ya no hay vuelta atrás.

—Te confiesas entonces autora del asesinato de Lilith Neissel.

—Sí.

—Y testificas que Queenie Endler también es autora de los hechos.

—Sí...

—¿Hay algo más que necesites decirme, Teagan?

Desvío la mirada. Por un momento me viene a la cabeza una imagen de Lilith, riendo. Y me doy cuenta de que se me ha olvidado el sonido de su voz, esos gestos tan suyos que hacía cuando se colocaba el pelo o lo sería que se ponía en clase mientras que tomaba apuntes... Y de verdad entiendo que ya jamás va a volver con nosotros. Pero yo sí que puedo hacer que regrese a casa.

—Puedo llevaros a donde está su cuerpo.

INSPECTOR RICCI

El testimonio y la confesión de Teagan Stewart encajan a la perfección en el retorcido rompecabezas que es el caso Neissel. Pero necesitamos la última prueba.

Sin cuerpo, no hay delito, de manera que aunque la joven haya confesado, no podemos arrestarla; ni a ella ni a Endler. Walsh me ha contado que Morgan Endler ha acusado a su hermana de los mismos cargos que la acusa Teagan: asesinato. Además, gracias a lo que le contó a mi compañera sobre la noche que desapareció Lilith, podemos excluirla del caso. Tenemos dos acusaciones y una confesión.

Parece que la lluvia comienza a amainar. Walsh permanece callada y sobrecogida en el asiento del copiloto mientras revisa los documentos que hemos ido recogiendo durante estos meses. Desde el asiento de atrás, Teagan me da la indicación para que en la próxima intersección gire a la izquierda. Obedezco. Dejamos la entrada del aeropuerto a la derecha mientras que nos adentramos en una zona boscosa.

Aparco al inicio del sendero, un poco antes de donde Teagan me indica que aparcaron ellas. Quiero reconstruir los hechos para tener una idea exacta. Salimos del coche. Mi compañera se acerca a Teagan. Está temblando de pies a cabeza. Señala unos cinco metros por delante de donde nos encontramos.

—Ahí aparcamos. —Nos mira con temor. Walsh le hace un gesto con la mano, invitándola a guiarnos en esa dirección. Una vez más, nos detenemos. Miro todo a mi alrededor: tierra mojada, hojas, rastros, barro—. Caminamos. —Teagan da unos cuantos pasos, indecisa—. Y, más o menos por aquí, fue donde nos detuvimos y le pedimos a Lilith que fuera a por los mecheros.

La joven nos mira. Una distancia de dos metros como mucho nos separa a Walsh y a mí de ella. Observo que le tiembla el labio inferior.

—Lilith anduvo unos tres pasos. —Teagan se acerca a nosotros de nuevo—. Y entonces fue cuando empezamos a... apuñalarla.

Walsh y yo miramos de forma instintiva al suelo, buscando cualquier tipo de pista, aunque sabemos que es imposible. Han pasado muchos meses desde que sucedieron los supuestos hechos. Muchas inclemencias del tiempo... Es imposible encontrar cualquier rastro.

—¿Dónde está Lilith, Teagan?

La chica empalidece y vuelve solo a señalar. Sigo con la mirada la línea invisible que une su dedo índice con el lugar que nos indica entre los árboles.

—Tuvimos que arrastrarla... —La joven comienza a llorar. Su pecho se acelera y su respiración se entrecorta—. No puedo... No puedo hacerlo...

Walsh se acerca a ella y le coloca ambas manos sobre los hombros.

—Teagan..., eh, mírame. Mírame. Lo estás haciendo bien. —La joven deja de sollozar por un instante y centra toda su atención en mi compañera—. Dinos dónde está Lilith. Te prometo que, después de eso, todo habrá acabado.

El viento agita los cabellos pelirrojos de Teagan y eso parece sacarla de su ensimismamiento. Coge aire y se abraza el cuerpo.

—Estaba muy oscuro, solo teníamos la linterna de mi teléfono... Pero recuerdo... El sonido de un riachuelo, el suelo rocoso... Intentamos enterrarla, pero no podíamos cavar...

Estaba al lado del riachuelo...

Me adentro en el bosque y cada vez los sollozos y la voz de Teagan se encuentran más lejanos. Escucho el crujir de las ramas bajo la suela de mis zapatos, voy apartando las ramas con las manos... Atento a cualquier cosa fuera de lo normal.

No me sorprende que no sea mi vista la que me alerte de que he encontrado lo que estaba buscando. Un olor fuerte, a podredumbre y el zumbido constante de pequeñas alas. El sonido de un riachuelo. Agudizo un poco más la vista y distingo un árbol unos metros más adelante. Doy un par de pasos que son suficientes para que vea un matojo de ramas y hojas mal colocadas. El olor es cada vez más intenso, de manera que me cubro la boca y la nariz con la manga del chaquetón y aparto con la otra mano una mosca que me pasa zumbando al lado de la cabeza.

Es extraño cómo el sonido del riachuelo produce un sentimiento de paz y recogimiento a la espantosa escena que tengo delante de mis ojos: cubierto con hojas, piedras, ramas y al menos media docena de rosas negras y podridas, en posición decúbito lateral derecho, se encuentran los restos de un cuerpo. Necesitaremos los resultados de los análisis forenses para determinar si de verdad se trata de Lilith Neissel, pero de momento, por las indicaciones de Teagan Stewart, todo parece indicar que sí.

Contengo una arcada. Estas cosas nunca dejan de encogerme el corazón.

—¡Adara! —grito, olvidando cualquier formalidad. Me destapo la boca para volverla a llamar. Toso—. ¡Adara!

Detrás de mí escucho movimiento y, todavía más atrás, un grito ahogado por un llanto de quien sabe que su secreto ya nunca más será suyo. Mi compañera tose a mi lado y su mano se apoya en mi hombro. La miro, pero ella tiene clavados sus enormes ojos azules en el terrible hallazgo.

—La hemos encontrado, Adara... Hemos encontrado a la niña Neissel...

XXVI

BECKA

Seis horas antes del asesinato.

Salgo de la óptica con las lentillas para este mes, pensando si tengo que hacer algún recado más. Hace un día bastante soleado. De hecho, lleva una semana sin llover. Decido aprovechar esta racha de buen tiempo y me acerco a una heladería que han abierto nueva en frente del Opera House. Elijo una tarrina de helado de crema de cacahuete y salgo de la tienda relamiéndome. Me dirijo hacia la biblioteca para ver si cojo algún libro interesante.

Entonces, la veo venir. Y ella me ve también y me sonrío. Viene hacia mí dando brinco con una gran sonrisa estampada en la cara. Intuyo que entrará a trabajar en breves. Esta Lilith, siempre feliz aunque le toque trabajar en verano.

—¡Becka!

Nos abrazamos. Tengo cuidado de no manchar su camiseta azul clarito con el helado.

—¿Entras ahora?

Asiente mientras que se recoloca el pelo por detrás de las orejas.

—Este fin de semana tenemos que hacer algo. Que hace mucho que no quedamos las dos... Podemos irnos de compras... ¡O vamos al cine! Luego puedes venirte a casa a dormir y hacemos tortitas para desayunar...

Sonrío inquieta.

—¿No se enfadará la Abeja Reina porque estés un fin de semana sin quedar con ella y con la Puteagan?

La expresión de Lilith se vuelve seria. Sus ojos azules clavados en el primer escalón del Opera.

—Creo que no les importa. —Su voz es un susurro apenas imperceptible.

—¿No fuiste el fin de semana pasado a casa de Queenie?

—Sí, y todo parecía estar bien, nos lo pasamos genial, pero... La verdad es que, después de eso, no me han escrito, no me han devuelto ninguna de las llamadas que yo les hacía... — Me mira e inclina la cabeza mientras que frunce los labios—. Creo que les molesta que pase tiempo con ellas... Pensé en comentárselo a Morgan que, aunque es mi amiga, no deja de ser la hermana de Queenie.

Noto que me cae una gota de la bola de helado en la mano, ha comenzado a derretirse. Pero, de repente, mi capricho ha pasado a un segundo plano.

—Joder, Lilith... Mira que te lo he dicho veces... Esas dos no son buena gente...

—Pero son mis amigas...

—¡No lo son! Te utilizan como quieren. ¿No te das cuenta de que incluso en las fotos te desplazan? ¿Que te llaman cuando a ellas les conviene? Pasa de ellas. —Lilith se muerde el labio—. Y cuando me refiero a pasar de ellas, me refiero a que pases de enviar indirectas por Twitter por si se dan por aludidas. Porque nos damos todos por aludidos menos ellas.

—Pero es que ellas también ponen cosas...

—¡Me importa una mierda lo que pongan ellas, Lilith, joder! A ellas no les importas. ¿Por qué te importan ellas a ti?

—Porque son mis amigas, y como amigas que son, nos guardamos secretos...

Compongo una risa forzada y como un poco de mi helado. Mi mano está pegajosa de todas las gotas que han caído.

—¿Secretos como esa historia de que Teagan y Queenie tienen un lío? Por favor, Lilith, que sois populares, y ser popular es sinónimo de que te adoren y te odien... Yo he llegado a escuchar cosas como que estáis liadas las tres, que Teagan se ha tirado a todos los tíos del grupo de teatro, que la hermana y la madre de Queenie son unas drogadictas... ¿Y les preocupa esa tontería?

—Les preocupa que ese rumor se extienda. A Queenie le gusta tener a todos los chicos detrás, y por lo que me ha contado Teagan, sus padres son muy conservadores... Además, en una discursión que tuvimos, Teagan me dijo que tú le preguntaste si eso era verdad.

—Pero, Lilith, yo no se lo he dicho a nadie. Teagan me tiene harta y creí que era una manera de mantenerla a raya...

—Yo te lo conté porque eres mi amiga, Becka. —Los ojos de Lilith denotan una tristeza infinita—. Te lo conté como una tontería más, porque ya ves tú a mí lo que me importa que tengan lo que quieran...

Relaja los hombros antes de seguir hablando. Observa mi helado y le ofrezco. Coge un poquito con la cucharita de plástico, teniendo cuidado de no pringarse ella también las manos.

—Son mis amigas, y yo, aunque pueda parecer lo contrario... nunca las traicionaría. Por muchas indirectas que ponga en Twitter. De hecho, he eliminado las fotos que hice esa noche en que se liaron. Además de contártelo a ti, solo lo escribí en mi diario. Pero he roto esas hojas. Yo no soy mala persona, Becky.

Se lleva la cucharilla a la boca y paladea, gustosa.

—Al final eso es para lo que te he dicho... Llamar su atención.

Ella asiente de nuevo.

—Es la única manera.

Lilith se saca el móvil del bolsillo trasero de sus *shorts* para mirar la hora. Lo vuelve a guardar sin inmutarse demasiado, de manera que deduzco que aún tiene tiempo hasta que llegue su hora de trabajo.

—Entonces... Arreglad vuestras diferencias, sé clara con ellas, que ellas lo sean contigo o... No sé, déjalo estar, ya se les pasará... A ellas no lo sé, pero sabes que a mí siempre me vas a tener.

—Eso sí lo sé. —Sonríe—. Me voy a ir yendo, que me tengo que cambiar.

Nos volvemos a abrazar y se despide de mí haciendo un gesto con la mano. La veo correr hasta pasar por la puerta del Opera House. Tomo otro poquito de helado. La verdad es que a veces Lilith me da mucha pena. Es demasiado buena con todos. Incluso con aquellos que no se merecen que les traten con todo el cariño que ella les da. Ojalá me equivoque, pero Queenie es muy mala influencia para ella y para Teagan. Aunque Lilith sigue siendo en esencia la misma, ha cambiado muchísimo este último año. Y eso es algo que a mí me duele.

TENIENTE WALSH

Respiro. Noto todavía un leve temblor en las manos que sostienen, por una parte, el informe forense de la autopsia de Lilith Neissel y, por otra, los resultados del laboratorio de la muestra recogida del coche de Queenie.

Positivo.

La sangre extraída del maletero de Queenie y la identificación del cuerpo por medio de sus piezas dentales confirman que se trata de Lilith. Abro con cuidado la carpeta donde está guardado el informe de la autopsia. Sin duda, es uno de los casos más escalofriantes que he leído. Al cuerpo no se le ha podido practicar un examen en condiciones. El grado de descomposición que presentaba debido a las inclemencias meteorológicas y la acción de los animales salvajes sobre él no lo han permitido.

Y eso añadido al porqué de que esa jovencita haya acabado tirada en medio de un bosque, abandonada, sin que sus familiares y amigos supieran dónde estaba durante tantos meses... Sin que sus padres pudieran ir a identificar sus restos porque sin duda, eso que había sobre la mesa de autopsias ya no era Lilith. Trato de apartar de mi mente la figura menuda que apareció ante mis ojos cuando fui a entrevistarme con el forense. Trato de apartar la imagen de lo que fue su mano derecha y que ahora estaba agarrotada y con la piel apergaminada y grisácea. El pelo sucio de sangre seca y coagulada. La falta de la extremidad inferior izquierda. El rostro con apenas unos jirones de piel podrida. La ropa sucia colgando de lo que un día fue su cuerpo.

El informe concluye que la joven Neissel, mujer caucásica de dieciséis años, falleció por homicidio causado por arma blanca y por cincuenta heridas producidas por esta entre el torso, cuello, rostro, espalda, pierna y brazo izquierdos. Algunas de ellas tan profundas y realizadas con tanta saña que llegaron a hacer muescas y rayaduras en el hueso.

Cincuenta heridas de arma blanca. No puedo ni imaginarme el calvario que sufrió hasta lograr descansar. Paso las dos primeras hojas del informe y me encuentro con tres fotografías de la ropa y los complementos. Me sorprende mirando la sudadera de la chica, en cuya superficie hay aún restos de suciedad, barro y sangre seca; además de bastantes orificios de unos cuatro o cinco centímetros, gracias a los cuales se ha podido establecer un número aproximado de las heridas que presentaba su cuerpo cuando fue asesinada.

Releo en diagonal el informe entomológico para cerciorarme una vez más de que la fecha de la muerte se establece en el mes de julio. El mismo día que las cámaras de su propia casa captaron a la adolescente marcharse y subirse al coche que la llevaría directa a su funesto destino.

Suspiro.

La experiencia me dictaba desde un primer momento que las posibilidades de encontrar viva a Lilith eran muy pocas. Pero siempre, en este tipo de casos, una pequeña parte de mí espera y desea que todo salga bien.

Y, en este caso, lo necesitaba más que nunca. El dolor y la culpa por la muerte de mi hermana me habían dado tregua durante unos años. Casualmente los casi seis años que he estado con Alan. Y al abandonarme este, el dolor y la culpa han venido a cobrarse todos esos años, haciéndome sentir la peor persona del universo. Haciéndome sentir que no merezco su amor ni el de ningún otro por lo que le hice a Betty. Que la soledad impuesta no

es más que mi castigo. Y tal vez, si lograba salvar a Lilith, lograría salvarme a mí misma.

Cierro la carpeta tratando de controlar mi respiración y reuniendo las fuerzas necesarias para levantarme e ir a la comisaría y pedir una orden de arresto para Queenie Endler. Tenemos la confesión de Teagan, el testimonio de Morgan, el cuerpo de Lilith y el resultado del laboratorio. No necesitamos más evidencias para poner bajo custodia a la joven, ya que la coautora de los hechos se encuentra ya a disposición policial.

Me levanto del banco y camino decidida. Nunca podré entender cómo es posible que haya tanta maldad en el mundo escondida en forma de sonrisas encantadoras en personas que nunca imaginarías que pudieran ser capaces de destruirte.

XXVII

LILITH

Dos horas antes del asesinato.

Subo al coche de Queenie y saludo a mis amigas con un tono de voz que procure no denotar el cansancio que llevo encima. Ellas hacen lo mismo. Teagan se gira desde el asiento del copiloto y me lanza un beso con la mano.

—Anda que... Me ha costado convencerte. —La sonrisa de Queenie a través del retrovisor es alegre también. Seguro que ha tenido un buen día.

—Os estaba haciendo de rabiar —comento entre risas—. Tenía ganas de veros, chicas.

Observo que llevan puestas sudaderas. Aprieto mi mochila contra mi pecho.

—¿Dónde vamos?

—Donde el aeropuerto. Se rumorea que la poli está empezando a rondar los parques y están multando a la gente que va allí a fumar o a beber. Un poco más alejadas estaremos más tranquilas.

Queenie le da su móvil a Teagan y le dice que por favor ponga el GPS. Debido a la poca luz de la carretera, se siente más segura si va recibiendo indicaciones para no perdernos. Miro por la ventanilla y observo la niebla que se está comenzando a formar. Mala noche para alejarnos tanto de casa. Imagino que, por variar, nos vamos a adentrar un poco en alguno de los bosques que hay por la zona. Abro la mochila y saco la sudadera para ponérmela. No me voy a arriesgar a enfermar.

Dejo la mochila a un lado y meto las manos en los bolsillos para que se calienten.

—¿Qué habéis hecho esta tarde, chicas?

Es Teagan quien contesta, mientras que deja el móvil de Queenie sobre una superficie visible.

—Meh... Nada en especial. La he pasado con mis padres. Sin novedad...

—Yo he ido a hacer unos recados con una amiga —interrumpe Queenie mirándonos tanto a Teagan como a mí. Teagan sonríe.

—Uuuuh —canturreo entre risas. Teagan y Queenie ríen también.

—Qué zorra eres, Lilith. —La voz de Queenie suena clara—. He ido con una amiga de mi hermana a comprar un vestido para el baile de otoño, no penséis mal.

Teagan me mira con una sonrisa y luego pasa a Queenie, pero esta última está absorta en la conducción.

—Yo todavía no he empezado a buscar... —digo—. Aunque tengo claro que quiero un vestido rojo, laaaaargo y con muuuuuucho vuelo. También hay que empezar a pensar en quién llevaremos de pareja.

Queenie cruza su mirada con la mía y suelta una carcajada. Teagan se ríe también. Pero yo lo he dicho en serio. Tal vez ellas lo tengan más fácil. Y yo... Podría pedirle a Izan que venga conmigo. Aunque seguro que busca mil excusas para no venir, él odia este tipo de cosas.

Suspiro y apoyo la cabeza contra la ventana. Fuera solo se ve oscuridad y árboles frondosos. De pronto se escucha al GPS que da otra indicación. Queenie pone el intermitente derecho y se desvía. Teagan suelta una tosecilla. Pasamos al lado de una

gasolinera y pienso que podríamos haber parado para comprar alguna bolsa de patatas fritas o incluso pipas.

Me pesan los párpados. El cansancio puede conmigo, pero he decidido que esta noche me lo voy a pasar bien. Mañana me levanto un pelín más tarde y ya está.

Me acurruco y me relajo lo que queda de viaje. Escucho de fondo a mis amigas parlotear no sé qué tonterías acerca de Logan mientras se ríen. Cierro los ojos.

Aunque queden diez minutos, creo que me va a venir bien este ratito de descanso. Pero cuando me quiero dar cuenta, siento una mano sobre la rodilla. Y la voz de Teagan que me dice con cariño:

—Lilith, vamos, despierta. Ya hemos llegado.

INSPECTOR RICCI

Tamborileo con los dedos sobre el volante. Con la otra mano, me llevo el cigarro a la boca y expulso el humo. Quedan menos de cinco minutos para que las puertas del Saint Aidan's Community High se abran y los adolescentes comiencen a salir en desbandada para comenzar a disfrutar el fin de semana. Detrás de mí aguardan el coche de Walsh y los de la patrulla que nos acompaña para detener a Queenie Endler.

La orden para detener a la adolescente nos ha llegado al poco tiempo de que mi compañera la pidiera. Al tratarse de una menor de edad, hemos tenido que avisar a la familia, que ya nos espera en comisaría.

De fondo, escucho el sonido de una campana que indica el final de la jornada estudiantil. Y el final de la vida que Queenie conoce hasta ahora. Miro a través del espejo retrovisor y me encuentro con los ojos de mi compañera, mirándome desde su vehículo. Hago una inclinación con la barbilla y apago lo que queda del cigarro en el cenicero.

Los primeros y más apresurados estudiantes salen entre risas del centro mientras bajo del coche y me cubro bien el cuello con el abrigo. Mi compañera se coloca a mi lado sin mediar palabra, llevando consigo la orden de arresto. Unos cuantos adolescentes dejan de reír al pasar por nuestro lado y reconocernos para comenzar a cuchichear.

La detención de Teagan Stewart todavía no se ha hecho pública, pero en el momento en el que Walsh y yo, acompañados de una patrulla hacemos de nuevo acto de presencia en el instituto, los temores de alumnos y profesores se convierten en una realidad.

Queenie Endler no tarda en aparecer. Lleva el pelo recogido en una coleta alta y un cárdigan rosa pálido. Se ríe con otra chica. Se ríe desde la superioridad que le aporta esa coraza que ha construido para creerse indestructible. Pero no hay nadie indestructible. Nadie que haya cometido un asesinato puede creer que va salir impune de ello.

La amiga de Queenie posa sus ojos en nosotros y, de repente, su rostro empalidece. Pero Queenie sigue hablando como si nada. De pronto su expresión cambia y chasquea los dedos delante de la cara de su amiga que nos señala a la vez que Walsh comienza a hablar.

—Queenie Endler, quedas detenida por el asesinato de Lilith Neissel...

La amiga de Queenie suelta un grito de terror y a nuestro alrededor, todo se queda en silencio.

—... tienes derecho a permanecer en silencio, cualquier cosa que digas puede ser utilizada en tu contra... —Walsh continúa diciendo de manera mecánica los derechos de la joven mientras esta nos mira con una expresión helada—. Tienes derecho a un abogado, si no puedes disponer de uno se te asignará uno de oficio...

He visto muchas cosas a lo largo de todos estos años de profesión, pero creo que tardaré años en olvidar el momento en el que dos de mis compañeros se acercan a Queenie y la separan de sus amigos, ella clava su mirada en mí y me sonríe de una manera escalofriante antes de decirme un desafiante: «soy inocente».

El aire comienza a romperse por múltiples susurros, y algún grito con la palabra «asesina».

Asesina. Si no la conocías, nunca podías haberte imaginado que una chiquilla de rostro tan angelical pudiera haber cometido semejante crimen. Los rostros aterrorizados de sus compañeros de instituto comienzan a apartarse de nuestro camino. Unos levantan sus

móviles para recoger este momento, pero Walsh en seguida les tapa el objetivo diciéndoles que no pueden hacerle fotos a su compañera dentro del ámbito escolar. Unos comentan entre sí que siempre lo han sabido. Otros, su incredulidad.

Y así, en cuestión de meses, el grupo más popular del instituto queda disuelto. Una de ellas, nunca volverá. Y las otras dos pasarán muchos años, posiblemente toda su vida, a la sombra.

Antes de meter a la detenida en el coche que la llevará a comisaría, veo a dos estudiantes que pasaron por los interrogatorios: un chico y una chica. Ella tiene una expresión de dureza y frialdad en la mirada que parece traspasar a su compañera. Él se agarra al hombro de ella, con la cara desencajada.

—¿Por qué, Queenie? ¿Por qué?

Queenie le devuelve una mirada helada y puedo distinguir una media sonrisa. No dice nada y vuelve la cabeza al frente. La otra chica agarra con firmeza a su compañero del brazo mientras una lágrima se le escapa.

—¡Sois unas hijas de puta! —grita el muchacho en un intento desesperado de que Queenie escuche sus palabras antes de que la puerta del coche donde va se cierre—. ¡Ojalá os muráis en la cárcel!

Pequeñas y preciosas asesinas

A veces no somos conscientes de que una decisión puede cambiarlo todo. Por insignificante que parezca. Por mucho que en ese momento pensemos que es la mejor opción. Y es que a veces tenemos otras opciones antes de tomar la que no tiene vuelta atrás. Siempre hay otra salida.

Y me duele no haberme dado cuenta antes.

La consecuencia de mis actos no es solo para mí. Sino que otras personas se han visto implicadas por esta mala decisión. Ahora, a mí solo me queda pedir perdón por haber decepcionado y herido a tanta gente. Estoy en el lugar que me corresponde y lo único que deseo pedir es perdón.

Perdón a mi familia, perdón a mis amigos, compañeros y profesores. Perdón a los Neissel y sobre todo... Perdón, Lilith. Lo siento mucho.

TENIENTE WALSH

El día amanece demasiado soleado para encontrarnos a mediados de noviembre. Parece que la lluvia ha decidido darnos una pequeña tregua e iluminar un día tan negro con un poco de luz. Me aseo y me visto en completo silencio, solo roto por la voz del corresponsal que anuncia en las noticias que hoy comienzan los juicios de un caso que popularmente se ha dado a conocer como el de las *Mean Girls*^{7,1}

Conduzco hasta los juzgados de la ciudad, llenos ya de periodistas y cámaras de televisión. Me abro paso entre la multitud mientras varios reporteros me formulan preguntas tratando de hacerse escuchar por encima de sus compañeros. Los ignoro y los aparto con una sonrisa cortés.

Desde que se publicó en los medios que se habían encontrado los restos de la joven de dieciséis años Lilith Neissel y que sus dos mejores amigas habían confesado ser las autoras del crimen, el caso se ha convertido en el más mediático de los últimos años en la historia de Irlanda.

Los diarios han llenado portadas con los rostros angelicales de las dos menores, y toda la ciudad ha enloquecido de horror tras conocer la historia de cómo Lilith fue asesinada por sus mejores amigas, porque «ya no querían juntarse más con ella porque no les caía bien» o «tenían miedo de que Lilith revelara sus secretos». El instituto de las chicas decretó tres días de suspensión de las clases debido a los acontecimientos. Además, en las paredes del centro, comenzaron a aparecer pintadas con clara alusión a las jóvenes asesinas como «Os merecéis la muerte», «Ojalá os encuentren colgadas en vuestras celdas» o «Nos veremos en el infierno».

A su vez, en los días posteriores a que todo el caso saliese a la luz, se ofició un funeral para velar los restos de la muchacha, al que no solo acudieron sus devastados padres y familiares, sino muchas otras personas de la comunidad que recordaban a Lilith como a una joven llena de vida, amable y dulce. Como a un ángel que se marchó muy pronto.

Además, en el lugar donde encontramos sus restos, se ha levantado un pequeño altar, donde la familia y los amigos de la chica han colocado imágenes suyas, peluches, cartas y flores. Tratando de hacer que un lugar tan horrendo donde Lilith murió, sufrió y peleó sea al menos, de manera simbólica, un lugar donde su luz no se apague.

Solo escucho el sonido de mis tacones golpear el brillante suelo de mármol blanco del juzgado, mientras siento que la garganta se me va resecando con cada paso que me sitúa más cerca de donde se dictará sentencia para Queenie Endler. Entro en la enorme sala y en seguida distingo a Ricci en uno de los bancos de la parte izquierda trasera y me acerco a él sin decir nada. Me mira y asiente con la cabeza. Suspiro. Noto que el aire es tan denso que le cuesta llegar a mis pulmones. O tal vez será que los nervios y la ansiedad me están jugando una mala pasada de nuevo.

El juicio comienza puntual y, para entonces, ya nos encontramos todos en nuestros respectivos sitios. Una figura menuda y delgada, con su largo pelo rubio recogido en un moño alto despeinado, y un mono naranja, hace acto de presencia custodiada por dos guardias. Queenie Endler lleva las manos esposadas, y camina con decisión, mirando a todos lados sin perderse detalle de ese momento en el que se debe de sentir como una

auténtica estrella de cine paseando por la alfombra roja. Su expresión no muestra miedo alguno, sino que lleva estampada en la cara una media sonrisa y una mirada de superioridad que me congela la sangre en las venas.

Se sienta en uno de los bancos delanteros junto a su abogado. Detrás de ella, distingo a su hermana y a su madre. El rostro pálido de Morgan me hace pensar que la chica tiene miedo de su hermana menor. Miedo de lo que puede suceder cuando tenga que declarar.

Y es que creo que miedo es la palabra que mejor define al sentimiento que produce esta adolescente. ¿Qué otra cosa podría producir una persona que no le teme al propio miedo, que ha desafiado a una ciudad entera y ha intentado burlar a la policía? ¿Qué tipo de persona tienes que llegar a ser para asesinar a sangre fría a tu mejor amiga?

Son las palabras de la acusación las que me sacan de mis pensamientos y me hacen volver a conectar con la realidad. No se escucha ni el aleteo de una mosca, ni siquiera el viento golpear los cristales. Ni una respiración, solo los desgarradores retazos de la historia de la que fue la última noche con vida de Lilith Neissel.

—Señoría, en la noche del 14 de julio de 2018, Lilith Neissel de dieciséis años de edad desapareció de su domicilio y no se la volvió a ver con vida. La causa de este fatídico acontecimiento fue la conspiración entre Queenie Endler y Teagan Stewart que se aprovecharon de su condición de amigas de la víctima para asesinarla.

»Lograron su cometido al recoger a Lilith Neissel en su casa y conducir hasta un lugar apartado para fumar hierba, donde Queenie Endler y Teagan Stewart llevaron a cabo su plan de apuñalar y asesinar a Lilith para, posteriormente, dejar su cuerpo a la intemperie.

»Además de las evidencias mostradas en los restos de Lilith, contamos con los testimonios de Teagan Stewart y Morgan Endler y ADN en forma de sangre, que fue encontrado en el coche de Queenie Endler y que pertenece a la víctima...

Desvío la mirada hacia Morgan, cuyo pecho se agita con movimientos rápidos mientras que, a su lado, su madre le abraza los hombros con un semblante serio, imposible de descifrar. Me pregunto cómo estarán siendo estos momentos para ellas, ya que han pasado de ser ciudadanas anónimas a convertirse en la madre y la hermana de una asesina. La apelación de la acusación continúa.—... recibido así el informe forense y del laboratorio, se muestra que los cortes hallados en la ropa de Lilith pertenecen a la hoja de un cuchillo. Señoría, creo que estas evidencias físicas, además de los testimonios, son vitales para este proceso judicial que permitirá declarar a la acusada como culpable de los hechos descritos.

Silencio. Roto por un leve carraspeo y la respiración del juez Higgings que mira por encima de sus gafas a la joven asesina.

—Señorita Endler, ¿es correcto todo lo que la acusación ha declarado?

—Sí, señor.

—¿Es lo que sucedió?

—Sí, señor.

—¿Te declaras culpable de la acusación de este delito mayor por el asesinato en primer grado de Lilith Neissel?

Un pequeño silencio. Intuyo que todas las miradas de la sala están puestas en este momento en Queenie. Pero yo agacho la cabeza y cierro los ojos. La voz de la muchacha rompe mi oscuridad.

—Sí, señor.

Abro los ojos. En la primera vista celebrada, Queenie se declaró inocente. No sé si para el

resto de las personas de la sala habrá pasado desapercibido que a Queenie se le ha quebrado la voz en cuanto ha hablado. Pero a mí no. Y tal como me temía, veo que se restriega los ojos mientras que el juez Higgings llama a declarar a la hermana de la acusada.

Mientras Morgan Endler se aproxima con pasos dubitativos hacia el estrado, Queenie se limpia los ojos con un pañuelo de papel que le ha ofrecido su abogado. Y lo siento. Siento que la adolescente no está llorando por haberse pronunciado por primera vez culpable o por haberse dado cuenta de la gravedad de los hechos. Queenie llora lágrimas de cocodrilo, lágrimas de rabia porque no ha podido salirse con la suya. Porque la justicia le está desmontando su perfecto plan. En el estrado, Morgan jura decir la verdad y solo la verdad antes de comenzar con su testimonio. Se le quiebra la voz varias veces cuando relata cómo encontró a su hermana volviendo a casa en su coche con una mancha de sangre en su camiseta. En ningún momento ninguna de las hermanas cruza una sola mirada. Como si hubiera una pared de hormigón que las separa, aunque, dados los hechos, una pared de hormigón sería mucho más fácil de derribar que el muro infranqueable que se ha alzado entre Queenie y su familia.

—Señoría —me siento en una nebulosa. A mi lado, Ricci mira sin apenas pestañear al abogado de Queenie, que ha tomado la palabra. Noto un vacío en el estómago que cada vez se hace más grande—, Queenie Endler ha requerido que haga una petición que me dispongo a leer a continuación, y que espera sea escuchada y entendida por la acusación. En ella, mi cliente pide que se respete su integridad y la de su familia tanto en sociedad como en redes sociales, donde los comentarios hirientes y ofensivos sobre el caso atentan contra la dignidad tanto de su familia como la familia Neissel:

»Mi cliente y su familia son conscientes de que la familia de la víctima está sumida en un profundo estado de tristeza, desesperación y desasosiego desde la muerte de Lilith, por lo que la familia Endler estará siempre arrepentida y se hace cargo de las consecuencias de los actos premeditados de mi cliente. Es por esto que, junto con ellas, de la manera más pacífica posible, la familia Stewart y más importante la familia Neissel puedan pasar página después de este trágico acontecimiento, perpetrado por mi cliente y la señorita Teagan Stewart, y que les ha marcado de por vida.

Hago amago de decir algo, y, sin darme cuenta, me inclino hacia delante, consumida por la impotencia. La mano sutil y firme de Ricci se apoya en mi antebrazo y me dedica una mirada que me transmite calma al instante. Me vuelvo a acomodar en el asiento, tratando de asimilar las palabras del abogado de Queenie. Pasar página. Ninguna de las tres familias pasará página nunca. Desde luego, se trata de una muestra más que evidencia el narcisismo de Queenie. El juez Higgings toma la palabra para preguntarle a la chica si desea decir algo antes de pasar a la acusación para dictar sentencia. El ambiente se llena de susurros entre Queenie y su abogado. Intento captar algo, pero no hace falta, ya que el abogado de Queenie vuelve a hablar.

—Mi cliente aboga a su derecho de permanecer en silencio.

Cuando era pequeña, tuve una temporada en la que me era imposible creer que las personas pudieran ser malas por naturaleza. Pensamiento que se desfiguró con la muerte de mi hermana. Tras no encontrar al conductor a la fuga que la atropelló y que nadie se responsabilizara de los actos que acabaron con la vida de una criatura de esa edad, comencé a mirar a todos tras un velo gris. Y con cada caso en el que me encuentro desapariciones, feminicidios o asesinatos, pierdo un poco más de esa esperanza que nunca

me ha abandonado. De esa fe en la humanidad. Y aunque se haga justicia, nunca, por muchos años que pasen, llego a encontrar un porqué a tantísima maldad. Es entonces cuando las palabras del padre de Lilith retumban en mi cabeza y me doy cuenta de que está hablando, leyendo unas palabras mientras lucha por no romperse por fuera tanto como lo está por dentro.

—Soy Brian Neissel, el padre de Lilith. Hoy estoy aquí con mi mujer Amy para defender y hablar en nombre de mi hija, ya que ella no puede estar aquí. El 14 de julio nuestra niña se fue de casa para estar con sus dos mejores amigas.

»Cuando nos enteramos de que había desaparecido, nos encontramos con que traer de vuelta a nuestra pequeña iba a ser más complicado de lo que pensábamos, ya que las autoridades tomaron esto como una fuga adolescente. Desde ese día, nuestras vidas cambiaron por completo y nosotros ya... ya... —Brian Neissel se quiebra y por unos breves segundos, solo se escucha su desgarrado llanto. Se me encoge el corazón y creo ver por un momento en ese llanto, en ese hombre destrozado a mis padres cuando Betty desapareció de nuestras vidas—... no somos una familia. Y es que pensar que las personas a las que mi hija consideraba sus mejores amigas pudieran hacerle eso saca a la luz nuestros más oscuros sentimientos.

»Por más que mire a los ojos a las responsables, no logro encontrar el motivo que las llevó a arrebatarle la vida. No puedo mirar a la cara a estas asesinas sin ver la cara de Lilith. Nunca podré imaginarme el dolor al que fue sometida mi hija. Al igual que nadie de los aquí presentes podrá imaginarse el dolor por el que Amy y yo estamos pasando.

Aunque no soy madre puedo imaginarme el dolor que tiene que ser perder a un hijo de una manera tan espantosa y prematura. A un hijo con toda la vida por delante como Lilith. Y como Betty. El dolor de saber que esa persona nunca crecerá, nunca tendrá un primer amor, nunca se graduará, nunca irá a la universidad... Siempre conservarán un aspecto inocente, puro e infantil. Unas niñas perdidas, como las de Peter Pan, pero al revés que en este cuento, unas niñas que se morían por crecer. Trago saliva para tratar de que no salgan las lágrimas que están agolpándose en mis ojos y tiñen mi visión con un velo borroso y acuoso. Ni la experiencia ni el paso de los años han hecho que deje de empatizar con los casos de este calibre. Todos y cada uno de ellos me rompen un poco más el corazón.

—Como ya he dicho, señoría —la acusación vuelve a tomar la palabra—, la noche del 14 de julio, Lilith Neissel desapareció para siempre. Una de sus mejores amigas, Queenie Endler, fue su amiga desde el colegio mientras que la otra, Teagan Stewart, lo fue durante el curso pasado en el instituto.

»La investigación policial cubre muchas teorías sobre la desaparición de la víctima, ya que Queenie Endler y Teagan Stewart fueron interrogadas en numerosas ocasiones y siempre declararon que dejaron a Lilith muy cerca de su casa, al igual que negaron saber algo sobre la desaparición de su amiga. Las acusadas acordaron contar la misma historia, incluso cuando Teagan Stewart añadió una parte nueva a su versión que al principio no estaba en la historia perpetrada por Queenie.

»Los restos de Lilith fueron al fin recuperados a mediados de octubre de este año. Teagan Stewart acordó con la policía una serie de beneficios que obtendría una vez que terminara de contar toda la verdad sobre lo que pasó esa noche, llevándolos, además, al lugar de los hechos para mostrarles dónde habían dejado el cuerpo de Lilith Neissel.

»Las razones que Teagan Stewart dio para justificar los hechos fueron que ella y Queenie

se habían distanciado de Lilith y querían que esa amistad se disolviera, porque Teagan y Queenie tenían miedo de que Lilith revelara sus «secretos». Tal vez esa serie de secretos que las adolescentes tienen, nunca lo sabremos. El conflicto creció en las mentes de Teagan y Queenie y pensaron en maneras para deshacerse de Lilith hasta que llegaron a la conclusión de que la mejor manera era matándola.

»Para ello, las chicas se armaron con cuchillos debajo de sus ropas, y cuando estuvieron fuera del coche, a una señal pactada, una cuenta atrás de hecho, Queenie Endler y Teagan Stewart apuñalaron en múltiples ocasiones a la víctima. Lilith intentó huir y correr, pero fue reducida por sus atacantes que continuaron apuñalándola hasta que expiró. Después, decidieron enterrarla, pero no pudieron cavar un hoyo debido al terreno rocoso de la zona, así que cubrieron el cuerpo con ramas y otros elementos naturales. Una vez hecho esto, las chicas se cambiaron las ropas ensangrentadas y siguieron con sus vidas.

»Es por ello que pedimos prisión permanente para Queenie Endler, de manera que pueda apelar a la libertad condicional cuando su señoría estime oportuno. Es por ello, que pedimos que la acusada sea llevada a prisión en vez de a un centro de menores, debido a su tan horrible y adulto crimen.

Miro de soslayo hacia el lugar que Queenie ocupa. Su mirada es impenetrable, su boca cerrada en una mueca que la exime de cualquier tipo de expresión. Trato de entender qué estará pasando por su cabeza en estos precisos instantes, en si acaso entenderá lo que significa una pena de prisión permanente. Prisión de por vida. Queenie nunca podrá volver a hacer cosas de chicas de su edad. No se graduará del instituto, no irá al baile de graduación, no se emborrachará en la fiesta, no bailará con algún chico que pueda ser especial para ella. No irá de vacaciones con las amigas antes de empezar la universidad y que sus caminos se bifurquen.

Aunque, por lo menos, al despertar cada mañana, verá los rayos del sol filtrarse por su celda. Algo que nunca sucederá con Lilith.

Suspiro y me retuerzo las manos de manera distraída mientras me pregunto cómo es posible que una decisión tan horrible pudiera crear raíces en las mentes de dos chicas tan jóvenes y con tanto por vivir, dejando así que ambas destrozaran su vida de esta manera.

—Señorita Endler, en pie por favor. —Obediente, tanto la chica como su abogado se ponen de pie al escuchar de nuevo la voz del juez Higgings—. Queenie Endler, se te acusa por el asesinato en primer grado de Lilith Neissel y, por ello, es deseo de esta corte, de la penitenciaría y de la ciudad de Cork que cumplas una sentencia de cadena perpetua durante el resto de tu vida natural. Esta sentencia se ha aplicado con piedad para que puedas optar a libertad condicional una vez que hayas servido quince años.

Una fina pero persistente lluvia y un cielo gris y encapotado me reciben cuando salgo del juzgado para dirigirme hacia el coche e ir a casa a tomar un rápido almuerzo y descansar. Casi no quedan periodistas que han estado plantados a las puertas de la institución para dar la noticia de la sentencia. Me paro debajo del tejadillo del edificio mientras que me abrocho mi abrigo. Es entonces, cuando a pocos metros de mí, distingo una figura menuda cuya mirada está perdida en el infinito mientras le da una calada a un cigarro, de esos mentolados que suelen comprar los jóvenes. Me acerco a Morgan Endler sin decir nada y

ella me mira con unos ojos que parecen dos abismos. Nos quedamos en silencio, la una junto a la otra. Morgan da una última calada y se acerca a la papelería más cercana para apagarlo y tirarlo. Se echa el pelo hacia el lado derecho de la cabeza y, con las manos metidas en los bolsillos, se acerca de nuevo a mí.

—Supongo que ya todo esto ha acabado...

—Sí... Ya todo ha acabado.

Suspira. Una ligera brisa le revuelve el pelo mientras que aprieta los labios, tratando de contener palabras que tal vez estén consumiéndola por dentro.

—Yo... Nunca pensé... Nunca en mi vida hubiera llegado a imaginarme que mi —se muerde el labio inferior con tanta fuerza que comienza a ponerse blanquecino— hermana pequeña pudiera hacer lo que ha hecho... Joder...

Morgan se lleva las manos a la cabeza. Trato de ponerme en su lugar, pero no soy capaz de imaginarme la tensión y el miedo que habrá pasado junto con su madre en estos días. Y sobre todo la marca que este suceso dejará para siempre en sus vidas, en su historia familiar. Me mira, y en sus ojos puedo reconocer la mirada gélida y perturbadora de Queenie. Pero los de Morgan denotan miedo, decepción. Son un pozo lleno de oscuridad, el reflejo de un corazón hecho pedazos. Un vínculo que nunca más podrá volver a reconstruirse.

—Has hecho lo correcto, Morgan.

Suspira, haciendo que una leve cortinilla de vaho se escape de su boca.

—Pero yo de alguna manera lo sabía, desde el momento en que la vi, con la ropa llena de sangre... Algo dentro de mí me gritaba que había pasado algo, y yo no pude... No supe...

—No es tu culpa. En ese tipo de situaciones, es más fácil autoconvencernos de que la realidad no está pasando. Cuando nuestra mente asocia un evento a algo traumático, tendemos a olvidarlo, a apartarlo de nuestro registro de recuerdos. Y, a veces, con el estímulo necesario, los logramos recuperar. Otras veces, no.

Morgan continúa mordiéndose el labio tan fuerte que por un momento me temo que se vaya a hacer una herida.

—Cree que... ¿Eso fue lo que Lilith sintió?

La miro con desconcierto.

—Quiero decir... Cuando murió. ¿Cree que su mente trató de llevarla a un lugar mejor, a un lugar a salvo para que no fuera consciente de que mi hermana y Teagan...?

La pregunta se queda suspendida en el aire. Me pilla tan de sorpresa que no sé qué responder.

—Me gustaría pensar que sí. Que ella solo... Se fue. Que no sufrió.

Morgan compone una sonrisa triste, y veo cómo sus ojos se empañan, pero pestañea con rapidez, tratando de contener las lágrimas que no han llegado a formarse.

—Lilith... Lilith era una persona muy buena. Tenía mucha luz. Y, como todos, tenía sus más y sus menos, pero... Cómo lamento todo lo que le ha pasado...

La voz de Morgan se quiebra. La refugio en mis brazos mientras la chica llora y llora sin consuelo. Ambas sabemos lo que es perder a una hermana pequeña. Ambas nos sentimos culpables. Y, a ambas, la vida se encargó de arrebatárnoslas de una manera diferente pero cruel.

La lluvia sigue cayendo, al compás del llanto desconsolado de Morgan Endler.

¹⁷ Hace referencia a la película del año 2004 con el mismo título. En España es conocida como *Chicas Malas*.

XXVIII

TEAGAN

10 Minutos antes del asesinato.

Lilith sale del coche mientras se lleva las manos a los labios para soplarlas. A mi lado, Queenie me observa con una mirada cómplice. Mi corazón empieza a latir desbocado. Tan, tan rápido que me da la sensación de que los latidos se van a escuchar en medio del silencio del bosque.

—Ay, qué bien. Por fin una noche para nosotras tres. Para poder ponernos al día de todo... —Sabiendo lo que va a pasar, me parece que esta intervención de Queenie no es más que una burla hacia Lilith.

—Pues sí... Chicas, tenemos que volver a lo de antes. —Lilith llega a nuestra altura. Sus inocentes ojos parecen brillar con un fulgor fantasmal en medio de la oscuridad nocturna —. Nos peleamos por tonterías y... —Suspira mientras compone una de sus sonrisas de niña pequeña—. Estaría bien que esta noche nos sirviera a las tres para empezar de cero de verdad...

Sonrío mientras miro por el rabillo del ojo a Queenie que compone una mueca falsa. Lilith también sonríe.

—Venga, va, ¡Claro que sí! Nosotras somos mejores amigas... —Queenie comienza a toquetearse el pantalón simulando buscar algo. Miro con disimulo el bolsillo de su sudadera donde sé que lleva guardado el cuchillo. Finjo un momento que tengo frío y meto las manos en los míos y con la mano izquierda agarro con fuerza el mango del que llevo escondido—. Joder, ¿tienes un mechero, Teagan? —Niego con la cabeza. El cuchillo parece pesar una tonelada—. Me lo he dejado en la guantera del coche, de verdad, qué estúpida...

—Yo tengo el mío en la mochila, voy a por él. —La sonrisa de Lilith denota no sospecha nada. Desliza la mano izquierda hacia Queenie, esta le tiende las llaves del coche mientras que me lanza una mirada con la que yo sobreentiendo que ha llegado el momento. Lilith se da la vuelta con un saltito y se aleja dos pasos. De manera sincronizada y perfecta, Queenie y yo sacamos nuestros cuchillos.

—Una...

La voz de Queenie es un murmullo imperceptible. Despacio, nos vamos acercando a Lilith.

—Dos...

A Lilith le queda poco más de un metro para llegar hasta el coche.

—¡TRES!

El grito de Queenie hace que Lilith se gire hacia nosotras con una expresión tranquila mientras va abriendo la puerta de atrás. Antes de que pueda reaccionar y gritar, ya nos hemos abalanzado sobre ella. No sé a ciencia cierta quién es la que asienta la primera puñalada. Pero cuando siento que el cuchillo que llevo en mis manos se hunde con todas mis fuerzas en el brazo izquierdo de Lilith, algo se me rompe por dentro.

Un grito desgarrador llena la noche. Entre las dos, logramos reducir a Lilith que se revuelve en el suelo, gritando llena de terror. Sus ojos nos miran, a nosotras y a nuestras armas, abiertos de par en par con un miedo indescriptible mientras trata de darnos patadas

y arrancarnos los chuchillos de las manos.

Queenie parece que se ha vuelto loca. Ataca una y otra vez el cuerpo de Lilith, a veces dando golpes certeros, otras rasgando el aire. Su cara poco a poco comienza a cubrirse de sangre y suciedad. No decimos nada, solo escuchamos sus gritos.

—¿POR QUÉ? ¿POR QUÉ? ¿POR QUEEEEEEEEEÉ?

Siento que el cuchillo se hunde más arriba de su pecho, y cuando intento sacarlo para introducirlo de nuevo, las manos temblorosas y sangrientas de Lilith, que segundos antes estaban tirando con fuerza de mi pelo, logran arrebatármelo. Grito de terror y me abalanzo sobre ella para arrebatárselo. A mi lado, Queenie me grita algo, pero no entiendo lo que dice. La sangre de Lilith, espesa y caliente, mancha mis rodillas cuando me siento a horcajadas sobre su pecho, lleno de heridas horribles. Lilith sigue gritando con los ojos desorbitados y, de pronto, veo que lanza el cuchillo hacia mí. Noto la fría hoja hundirse en mi espinilla y grito de dolor, echándome hacia un lado y logro arrancarlo.

Queenie le asienta una sonora bofetada un segundo antes de volver a hundir el cuchillo, esta vez en el cuello. Me llevo las manos a la herida y observo el arma que reposa a mi lado, manchado tanto de la sangre de Lilith como de la mía. Todo se me vuelve borroso y de repente siento unas ganas enormes de vomitar. La sangre que cubre mis manos, mi pelo y mi ropa tiene un olor metálico que me hace sentir mareada.

—¡Vamos, Teagan, joder! ¡Acabemos con esto, ya!

Me arrastro por el suelo hasta llegar a ellas. Lilith ha dejado de luchar, pero aún tiene los ojos abiertos y la respiración entrecortada. Su cabeza está girada en mi dirección. Un hilo de sangre se le escapa por la comisura de los labios.

—¿Por qué...?

Sus ojos me miran casi sin fuerza. Veo que Queenie se está preparando para asestar otra puñalada.

—¡Queenie, para, por favor! ¡Para!

Mi amiga me mira con una ira que me produce terror. Su hermoso cabello rubio está pegado a la cara, lleno de sudor y sangre. En su camiseta se ve la huella ensangrentada de una de las manos de Lilith.

—Teagan... No me jodas.

—Por favor, Queenie. Ya está. Ya está. Ya no se mueve.

Ambas miramos a Lilith, que ha dejado de gritar y de hablar. Sus ojos azules miran a la nada, apenas sin brillo. Pero todavía se puede escuchar un leve y débil burbujeo que se escapa de su cuello.

—Queenie, mírame. ¿Y si esto ha sido un error? Vamos a llevarla al coche, volvamos rápido a la ciudad. Vamos al hospital, diremos que nos la hemos encontrado así...

Queenie se retira el pelo de la cara, dejando a la vista la frente ensangrentada.

—Ya no hay vuelta atrás. —Se acerca a mí y me ayuda a levantarme. Las rodillas me tiemblan. Hace frío, mucho frío, y en el ambiente flota un olor a muerte espantoso. De vez en cuando, se escucha resollar a Lilith, quien trata de aferrarse a la vida. Calculo que no le quedará mucho tiempo—. Y en caso de que sobreviviera... Nos delataría. Teagan —Queenie me agarra con fuerza por los hombros para hacerme reaccionar mientras que yo no puedo apartar la mirada del cuerpo inerte de Lilith—, nos delataría y nos llevarían a la cárcel. ¡A la cárcel!

Tengo ganas de llorar. Levanto la mirada y la centro en Queenie. La herida que me ha

infringido Lilith me bulle y me produce un dolor agudo y desagradable. No hay manera de escapar de esto.

—Por eso esto era la mejor opción, Teagan. Ya lo hablamos. Hiciéramos lo que hiciéramos, nosotras íbamos a quedar como las malas. Ahora, Lilith ha desaparecido de nuestras vidas, con ella mueren todos nuestros secretos y nuestras vidas serán mejor incluso que antes.

Noto una lágrima descender por mis mejillas. Queenie lleva su mano a mi cara para retirármela suavemente a la vez que se acerca y me besa, con un suave roce, en la comisura derecha de mi boca. Noto que se me forma un nudo en la garganta.

—Vamos —susurra Queenie—. Acabemos con esto. Está empezando a hacer frío y quiero irme a dormir.

Las ramas de los árboles y arbustos que nos rodean me golpean la espalda. Caminamos medio agachadas, arrastrando cada una de un brazo a Lilith. Queenie ha metido en una bolsa todos los útiles que vamos a necesitar para enterrarla, y el ruido de estos chocando unos contra otros son el único sonido que se escucha junto con nuestros pasos, que se adentran casi a tientas en las profundidades del bosque, solo guiados por la linterna de mi móvil.

De pronto, escucho agua correr a nuestra espalda y nos detenemos.

—Vale, aquí está bien. —Queenie se pasa la palma de la mano por la frente mientras suelta el brazo de Lilith que cae inerte junto a su cuerpo—. Vamos a cavar un hoyo, será sencillo hacerlo cerca del riachuelo.

Sin mediar palabra, deposito el brazo de Lilith que yo sostengo en el suelo y le lanzo una última mirada antes de juntarme con Queenie, que se dispone a sacar las palas de la bolsa. Lilith yace con la ropa manchada de suciedad y barro. Su pelo está revuelto, pegado a su cara que se ve de un terrorífico color blanquecino, iluminada por el resplandor de la luna y haciendo que las múltiples heridas mortales que adornan su cuerpo brillen con fuerza. Tengo la sensación de estar viviendo una película de terror, solo que esta vez soy yo la protagonista. En toda mi vida, jamás había visto un muerto. Observo a Lilith, cuyos ojos están a medio cerrar y desenfocados. Su cuello tiene una cuchillada enorme por la que todavía sale sangre, ya sin tanta fuerza. Lo más seguro es que, Lilith haya muerto desangrada.

—Mierda... ¡Joder! —Ilumino a Queenie que lanza con frustración la pala. El terreno es mucho más empedrado de lo que en un primer momento nos habíamos imaginado, así que va a ser imposible hacer un hoyo para meter a Lilith.

—¿Qué hacemos ahora? No podemos... Simplemente no podemos...— Me empiezo a poner muy nerviosa y noto un sudor frío perlarne la frente—. No está bien que la dejemos ahí tirada...

Queenie se vuelve a acercar a mí y se agacha junto a Lilith, agarrándola de los dos brazos y arrastrándola debajo del árbol donde unos segundos atrás estaba tratando de cavar su tumba. La cabeza de Lilith golpea contra las piedras del suelo, mientras que se va moviendo de derecha a izquierda sin control. Queenie la deposita junto al tronco, de cara al riachuelo. Desde mi posición es casi imposible verla.

—Ayúdame. Tenemos que cubrirla con todo lo que encontremos.

Las palabras me hacen reaccionar y, juntas, comenzamos a cubrir el cuerpo con ramas, hojas, montones de barro y piedras. Poco a poco, Lilith queda cubierta con una capa de elementos naturales, como si se tratara de un edredón calentito y ella solo estuviera durmiendo.

Queenie saca de la bolsa el ramo de las seis rosas que hemos comprado hace solo unas horas en la floristería. Separa tres de ellas y me las acerca. Me las quedo mirando como si me encontrara sumida en una especie de trance, aspirando su aroma. A mi lado, Queenie las lanza hacia el bulto que es el cuerpo cubierto de Lilith.

—Y, con esto, damos por finalizado el entierro de nuestra querida y adorada Lilith Neissel. —Queenie se acerca más a mí mientras que yo me acucillo y deposito mis tres rosas encima de Lilith. Por un momento, me parece que el bulto se mueve. Me incorporo deprisa y, cuando me quiero dar cuenta, Queenie ya ha vuelto a meter las palas dentro de la bolsa.

—Descanse en paz.

La voz de Queenie me pone los pelos de punta y, sin volver la mirada hacia atrás, echamos a andar para salir del bosque.

INSPECTOR RICCI

Aspiro el humo del cigarrillo que acabo de encender y, como cada vez que enciendo uno, me repito que este será el último paquete que compre. Pero sé que es mentira. Estoy ya demasiado viejo como para cambiar mis hábitos y volverlos saludables.

Me voy a tomar mi tiempo para disfrutar de este pequeño momento de descanso antes de volver a entrar al juzgado. De manera oficial, me he convertido junto con Walsh en la cara pública del caso de las *Mean Girls*.

El juicio contra Teagan Stewart ha ido tal y como esperaba que fuera. Tal y como fue el de Queenie Endler. Al contrario que su amiga, Teagan se ha derrumbado varias veces durante el proceso. Todos los presentes hemos visto cómo la muchacha presentaba un aspecto enfermizo y unas ojeras que contrastaban con su rostro inmaculado.

Teagan Stewart entró en el estrado con la mirada baja, su largo pelo pelirrojo recogido en una cola de caballo algo despeinada. Su mirada cansada no era capaz de sostener la mirada del juez Higgings.

Doy una última calada antes de volver a entrar para conocer el destino de la chica. El silencio envuelve todos y cada uno de los rincones de la sala a la que poco a poco van llegando el jurado popular, los familiares de Lilith y los familiares de Teagan. Walsh está sentada en uno de los últimos bancos, con las manos sobre su regazo y con expresión cansada. Sé lo que este caso ha supuesto para ella, y a pesar de todo, a veces es imposible apartar de nosotros ese lado humano que nos hace sentir empatía cuando deberíamos ser imparciales. Tener temple.

El juicio transcurre sin ningún tipo de sorpresa, hasta que, antes de dictar una condena, el juez Higgings le pregunta a Teagan si desea decir algo antes de escuchar su sentencia. Es entonces cuando la muchacha se levanta del asiento que ocupa junto a su abogado y coge un papel arrugado de la mesa. Se aclara la voz y toma aire.

—Lo siento. —La voz de la acusada es decidida aunque frágil—. De verdad que lo siento. Y sé que ni hoy ni nunca existirán palabras suficientes para poder pedir disculpas por mis actos, al igual que yo nunca podré ser perdonada.

»A veces no somos conscientes de que una decisión puede cambiarlo todo. Por insignificante que parezca. Por mucho que en ese momento pensemos que es la mejor opción. Y es que a veces tenemos otras opciones antes de tomar la que no tiene vuelta atrás. Pero siempre hay otra salida.

»Y me duele no haberme dado cuenta antes.

»Las consecuencias de mis actos no son solo para mí. Sino que muchas otras personas se han visto implicadas por esta mala decisión. Ahora, a mí solo me queda pedir perdón por haber decepcionado y herido a tantas personas. Estoy en el lugar que me corresponde y lo único que deseo pedir es perdón.

»Perdón a mi familia, perdón a mis amigos, compañeros y profesores. Perdón a los Neissel y sobre todo... Perdón, Lilith. Lo siento mucho.

»Ojalá en algún momento, pueda volver a encontrar la paz que yo misma me arrebaté deliberadamente cuando, bajo mi propia responsabilidad, cogí ese cuchillo esa noche de julio. Creo que esa paz solo la podré encontrar cumpliendo con todo lo que tenga que venir a partir de ahora...

Teagan Stewart suspira y deja de leer. Sus ojos vuelven a mirar algún punto perdido de la sala mientras que se sienta y con el dorso de su mano derecha, que permanece firmemente esposada a la izquierda, se seca las lágrimas.

Malas decisiones. La adolescencia, esa época en la que todos los sentimientos se viven tan a flor de piel que muchas veces producen una sensación de vacío interminable. Una sensación de estar observando tu vida como si no fueras más que un mero espectador. Como si todo fuera un juego, una película de ficción sin ningún tipo de consecuencia. Creo que Teagan no era del todo consciente de que había cometido el crimen más atroz que puede cometer una persona hasta que todos pudimos escuchar que se le daba el cargo de asesinato en segundo grado y se le condenaba a pasar treinta años en prisión con la posibilidad de apelar a la libertad condicional en diez años.

Su decisión ha supuesto un precio demasiado alto para una niña de apenas dieciséis años. Pero, aun así, Teagan Stewart podrá rehacer su vida, empezar de cero a los 46 años. Pero Lilith Neissel nunca tendrá una segunda oportunidad.

XXIX

QUEENIE

Nos hemos limpiado a conciencia y cambiado de ropa. Hemos metido nuestra ropa sucia con la sangre de Lilith dentro de una bolsa de plástico y la hemos tirado a un contenedor de basura que hemos encontrado de camino a casa. Con un poco de suerte, a primera hora pasará el camión de la basura y se llevará los últimos rastros.

Como se me ha olvidado echar una camiseta para cambiarme, sigo llevando la camiseta con una mancha de sangre que ya ha comenzado a secarse. Teagan lanza alguna que otra mirada hacia la sangre de Lilith. Hacia la prueba latente de que Lilith no volverá nunca.

—Si decimos la historia tal cual la hemos ensayado, no pasará nada.

—Seremos de las primeras a las que pregunten cuando los padres denuncien la desaparición de Lilith. Nosotras somos sus «mejores amigas».

Hago una mueca cuando Teagan se refiere a nosotras dos como las mejores amigas de Lilith. ¿De verdad que lo éramos? ¿Se apuñalan las mejores amigas por la espalda, como hemos hecho nosotras? Trato de apartar el recuerdo de los últimos momentos de Lilith pensando que, a partir de ahora, todo saldrá bien. Y las cosas se pondrán en orden de nuevo. Y este pensamiento hace que me calme. Estoy en paz.

Antes de que nos demos cuenta, estamos en la ciudad, rodeadas de edificios y de lugares que conocemos. Aquí, todo sigue igual. Aunque, en verdad, esta noche, la vida de algunas personas ha cambiado un poquito debido a nuestros actos. Pero ellos aún no lo saben. Ese poder, ese control, me hace sentir viva. Pienso en los padres de Lilith. Que duerman y respiren tranquilos. Tal vez esta sea la última noche en mucho tiempo que pueden sentir la paz que ahora mismo reina tanto en sus corazones como en el mío. Teagan, al darse cuenta, sonrío con timidez mientras se retuerce las manos en su regazo.

—Así me gusta. Teagan, hoy hemos cambiado el rumbo de nuestras vidas. Ahora podremos comportarnos como nos dé la gana sin que nadie nos haga sentir mal. —Mi amiga agarra mi pulgar con el suyo—. Todo lo que Lilith quisiera decir sobre nosotras ha muerto con ella. Y nosotras no sabemos nada de lo que le ha podido pasar.

—Nada. —La seguridad de Teagan cuando pronuncia estas últimas palabras me sorprende. Sé que no va a fallar a nuestra promesa.

Continúo conduciendo hasta la casa de Teagan. Nos despedimos y en el momento en el que ella desciende del coche, la veo más segura y más fuerte. Aunque de casa de Teagan a la mía no hay ni dos minutos en coche, doy un rodeo. Pongo la música a todo volumen y bajo la ventanilla. Siento el aire helado golpearme las mejillas y alborotar mi pelo. Me siento poderosa como nunca antes me he sentido.

Y peligrosa.

Sonrío cuando esa palabra se forma en mi mente. Siempre me gustó el peligro, pero nunca me atreví a pensar que el peligro en sí mismo, podía ser yo misma.

Al cabo de un rato, llego a casa. Morgan está afuera en el jardín, hablando por teléfono. Seguro que con el chico ese con el que ahora está tonteando... Eliot creo que se llama. Salgo del garaje en el preciso instante en el que mi hermana cuelga y me mira con una sonrisa un tanto boba.

—¿Y tú de dónde vienes? —me pregunta.

—He salido a dar una vuelta, nada más.

Morgan lleva los ojos hacia mi camiseta, y entonces caigo en la cuenta de que está manchada con la sangre de Lilith. Maldita sea mi torpeza.

—¿Y esa sangre?

Me encojo de hombros, trato de dar una imagen tranquila.

—Me ha sangrado la nariz, y se me ha manchado...

Mi hermana me mira a los ojos antes de volver a posar la mirada en la camiseta sucia. Mañana mismo la meteré en una bolsa de plástico y la tiraré en algún lugar alejado. O tal vez la queme. Morgan esboza una sonrisa forzada que no logro entender. Yo le devuelvo una todavía más resplandeciente e inocente, como queriendo quitarle hierro al asunto.

—Bueno, eso en la lavadora sale. Y si no, ni te preocupes. Es solo una camiseta.

Continúo andando hacia la entrada de nuestra casa, aunque noto todavía los ojos de mi hermana clavados en la nuca.

—Sí... Es solo una camiseta.

Cierro la puerta a mis espaldas, dejando a Morgan en el jardín. No puedo evitar volver a sonreír cuando subo en el más absoluto silencio las escaleras hacia mi cuarto.

TENIENTE WALSH

Le doy un trago al café mientras deposito una bolsa de papel con un donut glaseado sobre el escritorio de Ethan. Mi compañero me mira, enarca una ceja y su expresión adquiere un tono cómico.

—Vaya, ¿y esto a qué se debe?

—Digamos que hoy me sentía generosa. —Me encojo de hombros y me dirijo hacia mi escritorio. Él saca su manjar de la bolsa y le da un ávido bocado. Se relame y no puedo evitar sonreír.

—Siento un coro de ángeles cantando el *Hallelujah* en mi paladar.

Amplío mi sonrisa y doy un último trago a mi bebida.

—Te debía algo por haberme cubierto el turno la semana pasada. A veces no sé qué haría sin ti, Eth.

Sonríe antes de propinarle otro bocado al bollo. Me siento en la silla y me quedo por unos momentos observando el auténtico caos que reina en mi mesa: folios, *post-it*, carpetas, apuntes... Todas las semanas igual. A veces creo que soy la persona más caótica del mundo.

Decido dedicar los primeros quince minutos de mi jornada a organizar todo ese desorden antes de ponerme a trabajar. Escucho a Ethan arrugar la bolsa que contenía su dulce y, acto seguido, el sonido sordo de la bolsa al caer sobre la cantidad innumerable de papeles que contiene su papelería.

Levanto las dos carpetas más voluminosas y coloco los papeles desordenados en sus respectivos separadores para, después, meterla en el cajón que tengo a mi derecha. Cuando me dispongo a ordenar la siguiente, veo que un libro sobresale de su interior. Lo agarro mientras pienso en que se me había olvidado por completo que lo tenía aquí: el diario de Lilith Neissel. Aunque sé que debería guardarse en la caja donde tenemos todos los archivos y pruebas del caso, decido entregárselo de nuevo a los padres, ya que, gracias a mi desorden, no ha sido utilizado en el caso.

Miro con disimulo hacia mis compañeros, que se encuentran sumergidos en su trabajo. Giro la cabeza hacia el despacho de Ricci, que permanece con la puerta cerrada. Coloco el diario encima de la carpeta y empiezo a ojearlo de nuevo. La letra de Lilith tiene un tamaño medio y es redondita. Por la manera que tiene de hacer la letra «d» intuyo que debía de ser zurda.

Mis ojos se deslizan por sus páginas, páginas que recuerdo haber ojeado al principio de la investigación y que en un primer momento no me aportaron nada que pudiera ayudarme a resolver el misterio, ya que la adolescente narraba solo un acontecimiento importante que le había sucedido en el día que escribía. Otras veces, veo que las fechas van de semana en semana. Sin duda, la jovencita usaba su diario para exponer sus secretos más personales. Aquellos que de ninguna manera podían acabar en internet.

Es entonces cuando llego a una página que en su momento no me llamó la atención, ya que no hay nada escrito en ella. O eso parece. Tal vez sea por la manera en la que la luz se refleja en su superficie, pero veo que el papel presenta unas muescas que forman letras.

Abro un poco más el diario y veo que hay pequeños trocitos de hoja desgarrada que aún se agarran al resto de hojas encuadernadas del volumen. Sin pensarlo dos veces, cojo uno de los lápices que reposan encima de la mesa y me pongo a colorear la página para revelar

un pequeño párrafo de letras blancas:

Llevaba tiempo sospechando que algo no estaba bien. He llegado a pensar que incluso Queenie y Teagan me estaban desplazando y solo querían quedar entre ellas. Que conmigo ya no estaban cómodas.

Y, sin duda, lo que pasó anoche terminó por confirmar mis sospechas: nos quedamos en casa de Queenie a dormir. Estuvimos bebiendo y fui testigo de algo que no tendría que haber visto: Queenie y Teagan se estuvieron liando. Durante un buen rato y como si yo no estuviera allí. Obvio no tengo problema en que ellas con sus vidas hagan lo que quieran. Tienen novios, experimentan con cosas que a mí no me interesan para nada... Y si quieren experimentar con ellas mismas, que lo hagan.

El problema viene cuando actúan como si yo no existiera y me doy cuenta de que yo no les importo. De que soy un cero a la izquierda. He intentado hablarlo con Queenie, pero se ha hecho la loca, me ha gritado e insultado. Y hemos discutido mucho.

He sentido por primera vez que nuestra amistad peligraba. Me ha dicho que era una «basura de amiga» y que no las merecía. Y yo le he dicho que, entonces, a ver qué pasaría si todo el instituto se llega a enterar de las cosas que van haciendo por ahí. Qué pasaría si su novio se enterara. Si los padres de Teagan se enteraran. Las separarían, a Teagan la sacarían del instituto y quién sabe, igual la mandaban de vuelta a Dublín. Queenie dejaría de ser la reina del instituto y seguro que yo sería la única persona que no la rechazaría. Así sí que haría honor a lo de ser una «basura de amiga».

No es que a mí me importe, porque me da igual. pero la reputación de ambas se hundiría.

Me he refugiado en las canchas del patio y he estado llorando. Becka me ha visto y se lo he contado, y la verdad es que ella no le ha dado importancia al hecho en sí. Pero sí a que tanto Queenie como Teagan no son buenas personas. Y que me van a hacer daño.

Somos amigas. Y el ser amigas implica guardar los secretos de las otras. Y, sin duda, este es algo que podría arruinar la vida de ambas. Yo podría arruinarles la vida pero... no soy ese tipo de persona

Creo que nunca se lo diré a Queenie, prefiero que siga creyendo que soy una arpía mala como ella. Pero la realidad es que no lo soy. Nunca les haría daño. Por mucho daño que me hicieran ellas a mí.

Cierro el diario y me quedo unos segundos mirando su portada. Tal vez este sea el secreto que Teagan decía que Lilith iba a revelar. El secreto que Becka, la amiga de Lilith, me confesó cuando la interrogamos en el instituto.

Tal vez fuera esta la pieza del puzzle que nos faltaba para entender por qué las dos adolescentes hicieron lo que hicieron. El desencadenante de las discusiones y de todo lo que aconteció después. Pero nunca lo sabremos.

Suspiro. Lilith no era mala persona. No se merecía lo que le pasó. Era una niña que perdonaba. Aunque, como todos (y más debido a su condición de adolescente), tenía sus momentos de ira.

Nunca sabremos qué hubiera pasado si las chicas hubieran solucionado sus diferencias de otra manera. Nunca sabremos lo que se les pasaba por la mente a Queenie y Teagan para llegar a pensar que con la muerte de Lilith las diferencias entre las tres se arreglarían. Y es que, muchas veces, no existen los porqués.

El ser humano es un animal impredecible, por mucho que juguemos con la ventaja de ser racionales. Porque esta racionalidad no siempre está presente en nuestros pensamientos o en nuestros actos. El ser humano no deja de ser el depredador más peligroso que habita sobre la faz de la tierra: el único que es capaz de atropellar a una niña pequeña y dejarla morir en el asfalto. El único que apuñalaría a alguien que quiere para evitar solucionar sus problemas de manera racional.

Pero, también, el único capaz de impartir justicia.

Meto el diario de Lilith Neissel en mi bolso. Parece que nadie se ha dado cuenta que en mi cabeza las piezas del rompecabezas han terminado por encajar. Aunque nunca llegaré a saber la verdad. Como en cualquiera de los demás casos a los que me enfrento en mi vida laboral. Decido ir a casa de los Neissel esta tarde-noche y entregarles lo que les pertenece para cerrar el que ya es el caso resuelto más trágico en la historia reciente de nuestra ciudad.

XXX

LILITH

Siento frío, mucho frío. Se me escapa el oxígeno por partes de mi cuerpo que nunca pude pensar que fueran salidas de emergencia para esto que me mantiene viva...

¿Estoy viva? Lo último que recuerdo antes de que todo se volviera negro y repleto de gritos y dolor, gritos y sangre, fue que Queenie me clavaba un cuchillo. Pero eso es imposible. Queenie es mi mejor amiga.

Pero creo que me ha hecho daño... Y Teagan también. Entonces me viene a la mente de manera muy difuminada cómo ambas me estaban clavando cuchillos en los huecos de mi cuerpo que ahora parecen respirar solos. Parece ser que, cuando más quieres a alguien, más poder le das para que te haga daño. ¿Por qué las personas que te dicen que te quieren te matan en cuerpo y alma? ¿Por qué se aprovechan de que te conocen, de que saben tus puntos débiles y los vuelven en tu contra? ¿Por qué siempre les entregamos nuestro corazón a las personas equivocadas?

¿Por qué?

¿Por qué?

¿Por qué?

Creo que sonrío cuando, a lo lejos, escucho unas voces difuminadas que discuten. Tienen que ser Teagan y Queenie, creo que estábamos las tres, como siempre. Muevo un poco los ojos mientras noto un sabor pastoso y metálico en mi garganta que me impide respirar. Me ahogo.

Me quedo mirando al infinito, pero no sé dónde estoy. Veo mi mano y la manga de mi sudadera empapadas en sangre. Creo que es mi sangre, porque estoy tirada en medio de la oscuridad y no se escucha nada. No puedo ponerme de pie. No puedo respirar. No puedo pensar.

Lucho por mantenerme consciente. Pero las voces que gritan hacen que sienta deseos inmensos de irme de ahí. Algo me dice que la escena que se sucede a mi alrededor es horrible y espantosa. Siento tanto dolor que solo quiero que pare... que pare...

«¿Por qué?».

Me muevo. No sé cómo, pero lo hago. Siento que mi cuerpo flota, porque yo no soy capaz de mover ni un músculo. Trato de levantar los párpados, y lo consigo un poquito. Solo veo oscuridad. Mi cuerpo no responde. ¿Sigo viva aún?

Siento que mi cabeza se golpea con algo, y de repente, dejo de moverme. Los párpados ya no me responden. Entonces reconozco las voces de Teagan y Queenie, ahora más claras. Pero mi voz, la voz de mi propia consciencia es más fuerte que las de ellas.

«¡LILITH, LILITH, RESPIRA, RESPIRA! TIENES QUE GRITAR, TIENES QUE SALIR CORRIENDO. NO TE QUEDA MUCHO TIEMPO, PERO PUEDES CONSEGUIRLO. LILITH!»

Pero no. Creo que ya no soy Lilith. Una vez lo fui. Lilith sonreía, reía, sacaba buenas notas. Tenía un trabajo a media jornada, una familia y amigos. Pero yo... Yo solo tengo sangre

escapando de mi cuerpo. Lilith lo habría visto venir, habría escuchado y visto las señales y se hubiera apartado a tiempo porque Lilith era muy inteligente. Lilith nunca habría dejado que esto sucediera.

¿O sí? Lilith siempre fue buena. Lilith tenía la costumbre de amar con los ojos cerrados, poner la mano en el fuego esperando no quemarse por todos aquellos que alguna vez le demostraron un poco de cariño. Lilith no tenía miedo de amar con fuerza. Pero amar siempre a los demás, y nunca a sí misma. Tal vez por eso ya no esté conmigo.

Noto que empiezan a caer cosas encima de mí, pero no puedo apartarlas. Peso mucho. Me estoy fundiendo con la tierra y el fango mientras que más y más cosas me cubren. Tal vez para que no tenga frío y pueda dormir tranquila. Porque estoy congelada. Si pudiera abrir los ojos, seguro que vería que mi cuerpo empieza a estar azul. ¿Tengo hipotermia?

No siento a mi corazón latir, y eso me produce mucho pánico. Creo que respiro, por última vez, ya que siento los aromas como nunca antes los he sentido. Huele a flores. Flores frescas. Rosas.

Mi cuerpo sufre un último espasmo.

Y me elevo. No hay dolor ni oscuridad. Solo el aroma a rosas. Rosas que por algún motivo se ven rojas, rojas y brillantes como nunca antes se han visto. Yo las he hecho aún más rojas.

Siempre pensé que cuando más quieres a alguien, más poder le das para utilizar todo ese amor puro y desinteresado y transformarlo en espinas que, sin darte cuenta, utilizará para desgarrarte el corazón. Para que llores lágrimas rojas y te preguntes los mil porqués que nunca tendrán respuesta.

Todas las rosas se protegen con espinas. Pero algunas deciden no utilizar esta defensa contra las demás rosas que forman parte de su jardín. Porque creen que son poderosas, que nadie podrá herirlas nunca, porque sus espinas se alzan amenazantes formando una coraza impenetrable. Pero lo que no saben es que en realidad son tan frágiles que se pueden marchitar con una caricia demasiado brusca o con la brisa de una noche cualquiera de verano.

Nunca fui parte de un ramo de rosas negras, por mucho poder que representáramos. Yo siempre fui de colores, y eso es lo que ahora me hace darme cuenta de que yo siempre fui una única rosa roja. Fuerte. La única rosa roja que sobresalía entre un campo de rosas negras.

Fui alguien que nunca marchitará sus pétalos. La única rosa del jardín que, a pesar de todo, será, para siempre, inmortal.

NOTA DE LA AUTORA

Personalmente, creo que esta novela es uno de los mayores retos a los que me he enfrentado a lo largo de toda mi trayectoria, ya que está basada en un caso real que ocurrió en Estados Unidos en el año 2012. Te recomiendo que, si no has terminado aún la novela, no leas las siguientes líneas, ya que contienen *spoilers* de muchos de los aspectos más relevantes de la historia.

Algunos de los datos vitales que se exponen en esta novela, han sido adaptados a la historia para que no se perdiera la esencia del caso real:

- La Alerta Amber se aplica desde hace relativamente poco en Irlanda, además está vigente en muchos países entre los que se encuentra España, en el caso de menores desaparecidos. El primer país donde se implantó fue en EEUU en 1996, de manera que este protocolo de emergencia fue aplicado en el caso original en el que se basa esta historia.
- La edad legal para obtener el permiso de conducir en Irlanda es a los diecisiete años, pero decidí que las edades de las protagonistas debían ser las mismas que tenían las tres chicas del caso real, ya que en Estados Unidos se puede obtener el permiso de conducir con dieciséis.
- Debido a que me parecían una pieza fundamental en la novela, las interacciones en redes sociales de las tres protagonistas de la historia son traducciones literales de las interacciones en redes sociales de las tres adolescentes en las que se basa esta historia.
- A pesar de que la historia está basada en hechos reales, los personajes, sus relaciones y sus rasgos personales pertenecen a la ficción.
- El sistema judicial y penal de Estados Unidos y de Irlanda del Sur es muy diferente. Para empezar, en los casos de menores homicidas en Irlanda, nunca se revelan los datos personales del acusado para proteger su identidad. Además, aunque la pena de prisión permanente en menores solo se da como la última opción, la cadena perpetua siempre es revisable.

En el caso de Estados Unidos, cada estado se rige por su propio sistema judicial por ejemplo incluyendo la pena de muerte en 32 de sus 50 Estados.

- Además, en Estados Unidos sí se puede condenar a un menor de edad a la pena capital, teniendo o no la posibilidad de apelar por una reducción de su sentencia o por la libertad condicional una vez que haya cumplido los años que se establezcan de condena. A todo esto, sumamos la participación de un jurado popular, cosa que en Europa no se suele dar.

A pesar de las diferencias notorias en los sistemas judiciales de ambos países, decidí que las condenas de Teagan y Queenie debían de ser las mismas que en el sistema estadounidense, ya que, en mi opinión, le aportaban un peso mucho más serio al caso y a la

historia debido a los acontecimientos que en ella se relatan y a la edad de las protagonistas.

Esta novela no deja de ser una llamada de atención, una alerta que nos invite a tener cuidado y reflexionar. Evidentemente, no todas las personas son malas, ni tratan de hacernos daño, pero nunca llegamos a conocer realmente a alguien. Por eso es importante cuidar de los más vulnerables, seres queridos, conocidos o incluso amigos o familiares que se encuentren en una situación de vulnerabilidad debido a su edad, sexo o que estén sufriendo acoso cibernético.

Cuidarnos y cuidarlos es la única manera de poder salir adelante como sociedad. Y de creer que, a pesar de todo, sigue habiendo bondad en el ser humano.

AGRADECIMIENTOS

Poner punto y final a una historia es siempre un momento emocionante que me llena de terror porque supone dar libertad a mis letras para que vuelen alto y permitir que otros disfruten de lo que he creado. No os voy a mentir, con esta novela pasé la peor etapa del síndrome del impostor que jamás había experimentado; de hecho, jamás pensé en verla publicada. El que hoy la tengáis en vuestras manos es para mí una alegría porque El silencio de las inocentes ha tenido que pasar por muchos procesos de reescritura, borrado de capítulos y hasta un cambio de título para ser la historia de la que hoy me siento tan orgullosa. Así que, en primer lugar, gracias a ti, amigo lector, que consigues que todo merezca la pena. Gracias por apostar por mis letras.

Gracias a todas las personas bonitas de bookstagram que me apoyan desde el principio y me han visto crecer. Gracias por no perderos ninguna de las aventuras de esta brujita lectora.

Gracias a Erya por haber creído en esta historia desde el primer momento y por hacerla brillar.

Gracias a Daniela por su maravilloso trabajo y por darle vida a mis chicas malas.

Gracias a mis Gastadiktas y a mis chicas Marta, Silvia, Sonia, Carla, Noe, Erya (de nuevo) y Cas por enseñarme que las amistades de verdad perduran a pesar de la distancia.

A Ana y Noe (de nuevo) por ser las mejores tías y amigas que podíamos desear.

A Javi por estar siempre.

A mi familia por creer en mí y esperarme siempre con una sonrisa y mucho chocolate.

A Luis por escribir junto a mí la historia más bonita de todas, por ser mi hilo rojo, por darme lo más hermoso de mi vida y ser el mejor daddy del mundo.

A mi hijo. Las palabras se quedan cortas para expresarte lo mucho que te amo. Tus sonrisas me dan la vida.

Nos leemos en la próxima aventura.

¡Escanea este código para acceder a la *playlist* de las canciones que le han puesto banda sonora a esta historia y a sus personajes!



Agradecería mucho que dejaras tu opinión e impresiones sobre esta historia en Amazon para hacer que mis letras vuelen alto y puedan llegar a más lectores.

Este libro comenzó a escribirse el 20 de junio de 2020, y se terminó el 24 de diciembre de 2020.